LUIS SANDOVAL GODOY

PUEBLOS

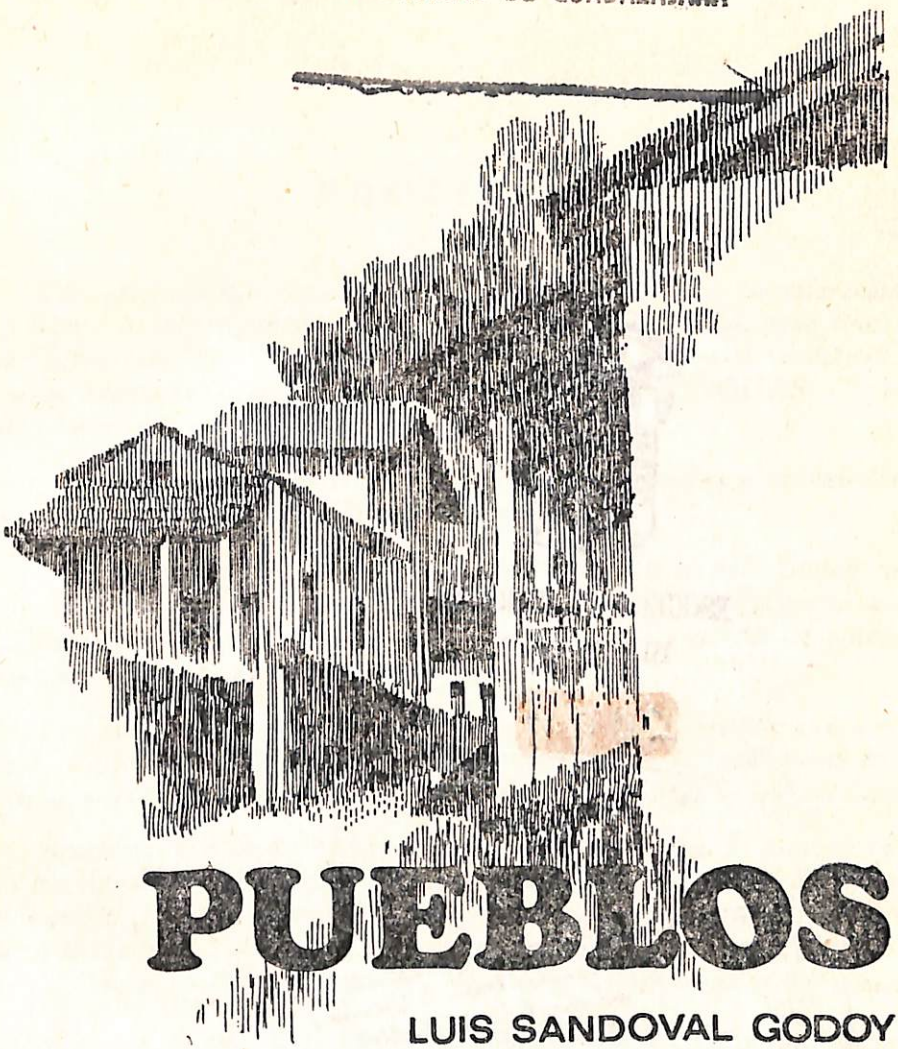
Ilustraciones de Rodolfo Caloca Hernández

235

EDICIONES DEL
BANCO INDUSTRIAL DE JALISCO, S.
GUADALAJARA, 1971.

PUEBLOS

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



PUEBLOS

LUIS SANDOVAL GODOY

EDICIONES DEL
BANCO INDUSTRIAL DE JALISCO, S. A.
GUADALAJARA, 1971.

PROLOGO

Con gran satisfacción no exenta de timidez, pongo a consideración del lector amable algunas reflexiones carentes de autoridad, pero sinceras, sobre este libro limpiamente escrito por Luis Sandoval Godoy del que ya hemos recibido GENTES y LAS MALAS LENGUAS. Obras éstas laureadas con el Premio Jalisco.

¿Qué son nuestros pueblos sino un rostro que cambia y un corazón que marchita el tiempo? Rostros y corazón nuestros.

Consciente, con genial clarividencia, Luis Sandoval Godoy al percatarse de que nuestros pueblos sufren el colapso transformador del falso progreso, se apresura a rescatar lo que aún les queda de auténtico, de venerable, de tradicional.

Los pueblos, sus gentes y el mismo autor, experimentan una simbiosis. Se funden unas veces, se confunden otras con las callejuelas empedradas que entrecruzan con su vuelo errático las viajeras golondrinas.

Sentimos el roce de venerables manos cuyos dedos se tuercen como las ramas de los mezquites de sus campos áridos. Cantan las fuentes remedando a los arroyos que después se despeñan y se pierden por abras tenebrosas. Nubes viajeras que al trastumbar los cerros dejan en los pueblos el sueño de los pastos verdes, de las siembras. Añoranzas.

Susurros de oraciones que no se sabe si salen por los agrietados muros de las viejas iglesias, o es el viento terral cantando entre las milpas verdes. Ancianas centenarias encorvándose sobre sus cayados de otate nos miran pasar desde la penumbra de ahumados cuartuchos. Ladrillos gastados, arcadas que sostienen las vigas añosas de los soportales olorosos a murciélago. Suspiros.

Hombres recios, altivos como pinos de la sierra fría, nos tienden sus manos duras, encallecidas, escabrosas como los lechos sedientos de sus arroyos secos, después en su charla sabrosa nos enseñan sus almas

infantiles, transparentes como el aire que pinta de azul las cordilleras. Personajes de leyenda, solemnes como los cipreses de sus cementerios sombríos, pergeñan nuestra historia en amarillos papeles, con carcomidas plumas de ave. Campanas que suenan como espuelas, espuelas que suenan como las campanillas en los templos: ecos de la viril religiosidad que luego, en los montes, repiten los cencerros de vacadas fantasmales. Flores, pájaros, cantos, lluvia, luceros, se mimetizan para semejarse al rostro, a la voz, a las lágrimas, a los ojos de las mujeres pueblerinas: musas de bucólicos poetas, de los pastores que tocan remedando a los centzontles sus flautas de carrizo. Poesías, leyendas.

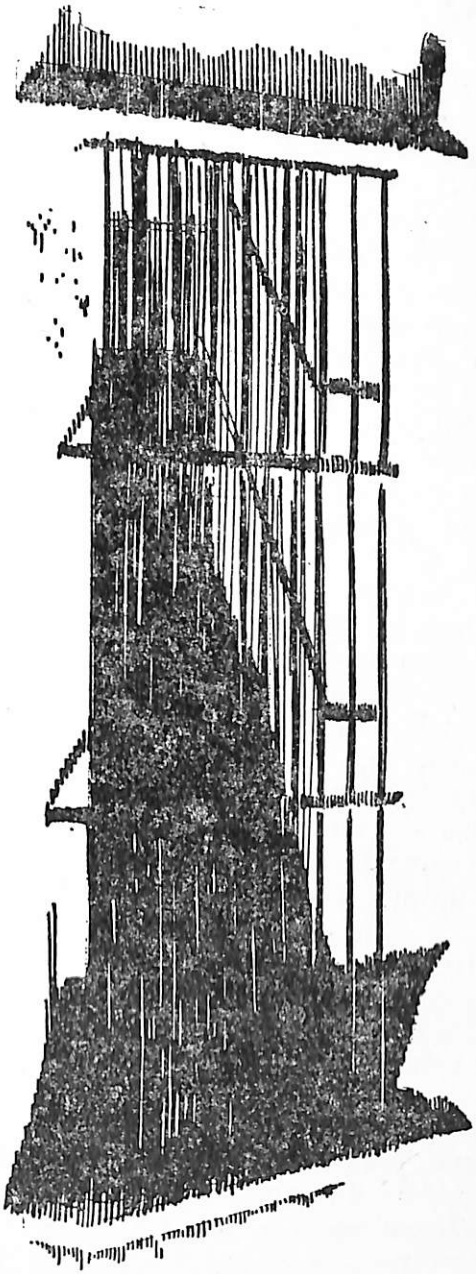
Las cruces forjadas en hierro que se enmohecen en umbrosas ermitas nos dicen de aquellos frailes misioneros, rudos y penitentes, que se volvieron polvo a la orilla de caminos solitarios. Los ejes rechinantes de las carretas, los gritos camperos, el golpear del marro sobre el yunque, los roces de la garlopa que hace rizos de madera, cantan un himno a la labor de los hombres. Y por qué no, también los duendes, los aparecidos, los lamentos de ultratumba tienen su lugar entre las sombras de descascaradas paredes, entre los recovecos de intrincados caminillos que nos sacan de los pueblos, y después se pierden entre el breñal espeso. Veredas.

Todo esto nos lo ofrece a su manera Luis Sandoval Godoy en este libro que viene a ser el eslabón que une dos épocass el pasado lleno de tradición que comenzamos a añorar y un futuro en el que al parecer la máquina hará regresar al hombre a las cavernas.

Pocas obras como ésta tienen el doble privilegio de impactar en su momento y después como el vino, hacerse mejores, más valiosas con el tiempo. Así sucederá con este importante libro Los Pueblos, que tan atinadamente ha seleccionado el Banco Industrial de Jalisco para regusto nuestro.

Invito al lector a volver la página para disfrutar del singular estilo de Luis Sandoval Godoy.

AUGUSTO OREA MARIN.



LA CIUDAD DE LAGOS

Venían galopando unas nubes por el filo de Comanja. Pensamos: esta tarde va a venirse el primer aguacero. Mañana amanecerá la ciudad lavada, con el aire nuevo.

No eran nubes sino unos fantasmas de polvo que revoloteaban por aquel cielo manchado. La sequedad desesperante de estos días. La ilusión de la lluvia. Y el paladar reseco más por la tierra que flota en el viento.

El río de Lagos no es por ahora sino un arenal inmenso, surcado de caminillos y veredas. En aquella parte se estanca un espejo verdoso de agua. Unas mujeres volvían de lavar cargando a la espalda unos fardos enormes de ropa. Por la recinta que dibujó el agua en el temporal, unos matujos que resisten al verano y una arboleda gozosa que va como ondeando su frescura.

A la ciudad de Lagos se le puede contemplar desde muchos ángulos. No nos referimos precisamente a la visión obligada desde el Cerrito del Calvario, desde donde se ofrece el caserío punteado aquí y allá con las ágiles espigas de color de rosa: las torres de sus iglesias.

Decimos que a Lagos se le puede ver desde los varios aspectos que cifran su alcurnia y su nobleza, en la historia, en la cultura, en la tradición, en el encanto entrañable del más puro provincianismo.

Nosotros no podemos agotar aquí ninguno de estos aspectos que han engrandecido a Lagos en la grandeza de sus hombres, en los hechos históricos aquí acontecidos, o en la transparencia de su vivir. Queremos

dejar nada más un testimonio de nuestra emoción: lo que vimos, lo que oímos, lo que sentimos a nuestro paso por estas calles y en nuestra charla con estas gentes.

Gentes que aman a Lagos y que ostentan merecimientos muy reconocidos en los planos de la cultura nacional, han trazado el mejor dibujo de su ciudad.

Tropezamos, sin querer, con esta descripción del Arq. Enrique Aragón Echegaray:

"Estamos en el Bajío... azul profundo en el cielo, tonos violetas en las serranías, verdes, de tonalidades suaves, en los bordes de ríos y riachuelos, vegetación discreta y en partes la tierra árida.

Una serie de montículos característicos nos dibujan silueta particularísima en el horizonte: la mesa larga, la mesa redonda.

En el fondo de un valle, maravillosamente situada en el cruzamiento de varios caminos, una población muestra con singular encanto las torres de la parroquia, el puente grande, el río que la bordea, con sus huertas y sembradíos de un lado y del otro la población que va a la montaña: el Cerro del Calvario con su iglesia a medio hacer y que le da personalidad, su trazo es el característico de nuestras poblaciones, una cuadrícula mal trazada que tiene como centro la plaza en donde se levanta majestuosa la parroquia de grandes proporciones; casas de un piso, patios y corrales que acusan el modo de vivir; la edificación entonada en rosa y ocres. Todo lo que hizo la naturaleza y el hombre construyó, circundado por una luminosidad extraordinaria... es Lagos de Moreno".

Carlos González Peña penetra en el carácter íntimo de la ciudad:

"Sonriente y austera, mística y profana, la ciudad se viste de musical silencio. Lo advertimos, nos penetra, nos cautiva con su mejor y mayor encanto. Es el "maravilloso silencio" de que hablaba Cervantes, y que se creería trasladado de Castilla a esta antigua ciudad de aquende el océano, tan llena de rancia tradición española y, asimismo, tan mexicana".

El poeta de Lagos, D. Francisco González de León, pone su emoción lírica en el encanto de estas calles:

"La calle está desierta.
La calle es de esas mansas
ciudades provincianas
sahumadas de poesía,
donde al transeúnte,
le esperan acechanzas
de ensueño, recatadas
tras la melancolía".

Con pinceladas costumbristas, el Lic. Alfonso de Alba que tan bien conoce los secretos de "La Provincia Oculta", describe esta imagen de Lagos:

"...Allá distinguimos los cuatro arcos del famoso puente que, según las lenguas provocativas, *se pasa por arriba.* Desde sus pretiles de cantera contémplase el río, tendido y ondulante, como serpiente que duerme. En tiempo de lluvias, cuando va *crecido* y pasan los *borregos* de espuma, escuchamos el flujo y reflujo de las corrientes. Desde allá se goza, además con el cruzar —filma típica— de mujeres descalzas que vienen de la *Otra Banda,* camino del mercado, con su canasto a la cabeza colmado de lechugas, flores y legumbres... o con el campaneo —grave y señorial— del templo de la Luz anegado en la verdura de los árboles ribereños".

Se volverían interminables las citas, si fuéramos a cada uno de los escritores de Lagos, a pedirles su recuerdo, su emoción, la imagen que guardan de su amada ciudad.

Por lo demás, esa imagen y esa emoción están vivas y vienen al paso de quien, como nosotros, llega a encontrar la amable penumbra de uno de esos tendajones que hay todavía en Lagos y donde un laguense enamorado de su ciudad sabe escribir y referir las cosas de Lagos.

Ya habíamos caminado por el bordo del río, en este tiempo seco y vencido. Fuimos a Capuchinas y a su rinconada que guarda leyendas y nombres muy venerables como el del Padre Guerra cuyo célebre Liceo reflorece en la animación y bullicio estudiantil, o como el del Dr. Rivera en cuya casa se retuerce todavía una parra de los tiempos del sabio sacerdote.

Nos extasiamos en la contemplación majestuosa de la parroquia, soberbia grandeza de piedra, canto triunfal a la divinidad, que diseñó el famoso Arq. D. Eduardo Tres Guerras.

Fuimos a gozarnos de la suavísima sombra que tienden por toda la explanada de La Merced, esos árboles añosos donde se tamiza blandamente la luz cegadora de estos días. Abajo de esta plataforma, los muros encalados aún con su estilo original y esos balcones, conservados en su autenticidad de hace más de un siglo y desde donde dicen que el Cura Hidalgo arengó a los laguenses una vez que vino a predicar aquí con motivo de la fiesta de La Merced, cuando ya estudiaba circunstancias y conveniencias de lanzar el Grito de la Independencia, precisamente en San Juan de los Lagos.

Emoción y devoción del recuerdo. Una ciudad que guarda en sus calles, en sus enrejados, en sus ventanas, en sus muros modestamente enjalbegados o en sus fachadas de primoroso trabajo de cantera, los signos de su grandeza que no tiene pasado, porque está aquí, se le palpa en cada muro, en el aire, en la luz, en la sombra de sus árboles centenarios.

Así caminando por las calles de Lagos fuimos a buscar el descanso de un tendajón ubicado en una de las calles céntricas. Nos acordamos de aquel rincón, en la tras-botica, donde el Poeta de Lagos, hizo santuario de sus meditaciones y de sus embelesos poéticos. Uno de estos sitios era el mejor para hablar de Lagos.

No es éste un tendajón de abarrotes. Hemos venido más bien a un expendio de pinturas, aceites, colores, diluyentes, barniz, aguarrás y mil menjunjes que vienen a comprar aquí quienes se dedican al arte tanto como los que en brocha gorda viven de este oficio.

Una sola puerta a la calle. La primera impresión es de oscuridad hasta que los ojos se habitúan a la penumbra. Entonces puede verse la limpieza y orden de este singular tendajón. Ya pueden verse entonces los cuadros que tapizan las paredes: paisajes, acuarelas, un retrato de González León a lápiz, imágenes antiguas, programas de fiestas religiosas y profanas.

Todo eso y los anaqueles donde se disponen los botes de la pintura; un mostrador de madera con rastros todavía de las molduras que lució. Y por fuera, tres y cuatro bancas de madera, lustradas por el tiempo y por quienes desde muchas generaciones han venido a sentarse aquí.

Parlotean, no lejos, los pájaros de la frondosa arboleda de La Merced. Una algarabía de trinos que hace vibrar el silencio entrañado de la media mañana, en el recinto de esta ciudad.

La luz derrocha caudales de deslumbrante plenitud; pero aquí, esta única puerta la deja entrar tamizada y todavía tras el filtro vegetal de la arboleda.

Así escuchamos la voz amable, sencilla, cordial, que nos narra episodios históricos, refiere tradiciones, enumera personajes, recuerda costumbres y da en todo ello la cifra señera de esta noble ciudad.

Se puede decir —comienza nuestro amigo—, que no ha cambiado mucho el estilo del pueblo, pero aún así, a principios del siglo esto era todavía más pacífico y sosegado.

Yo era un chiquillo desmañado y juguetón, y guardo de entonces, como en esos calendarios donde el paisaje se destiñó por el tiempo, sensaciones muy particulares de aquel lejano Lagos.

El toque de la campana mayor de la parroquia, no sé si cuando suena al alba o en las llamadas de la misa de cinco. En mi alma de chiquillo había un extraño escalofrío a los sonidos de una campana en la bruma misteriosa del amanecer.

Cuando clareaba el día y aún antes, empezaban las gentes a barrer y a regar las calles apenas empedradas que dejaban lucir la limpieza y esmero con que las aseaban los vecinos.

El polvo contra el primer sol, el restallido de aquellas altas escobas de popotes, los baldes de agua vaciándose en regocijo musical y la fragancia de la tierra húmeda; todas estas son sensaciones no por distantes menos vivas en el recuerdo.

Verá usted que entonces casi no pasaban coches por las calles; si acaso, carruajes tirados por mulas, y gentes a caballo. ¿Usted nunca ha escuchado el repiqueteo tan sonoro que hace una bestia herrada sobre el empedrado de una calle?

Venían muchas personas de los ranchos y había vendimias populares en algunas calles. Recuerdo las de los domingos en Constituyentes y 5 de Mayo que antes se llamaba Herrera y Cairo; por toda esa extensión hasta llegar a la Placita de García donde está hoy el Mercado Roque García.

¿Alguna imagen personal de Don Panchito, como llamábamos aquí a Don Francisco González León? Verá usted que yo lo traté muy poco. Quien tuvo amistad con él y llegó a concurrir muchas veces a las reu-

niones de literatos y artistas que tenía en su botica, fue mi hermano Manuel. De todos modos puedo decirle que Don Panchito fue un hombre muy fino y cortés con todas las personas; daba gusto saludarlo nada más de la gentileza y amabilidad con que respondía a todo mundo, sin fijarse en quien fuera.

Sí, sí, eso que usted dice; no sé por qué ha existido la idea de que en Lagos hay diferencia de clases: los aristócratas y el populacho como quien dice. Yo no he sentido nunca eso y recuerdo que en la escuela nos sentábamos juntos y compartíamos en el mismo plano los niños de familias acomodadas y de relevancia social con los que no teníamos nada de eso. Creo que si acaso hubo distinciones de ese género, en la escuela se acabaron y de ahí seguimos tratándonos todos los vecinos de Lagos en franca cordialidad...

La exposición que nos viene haciendo este amable laguense se ha interrumpido varias veces, ya porque ha tenido que levantarse a despachar a su clientela, ya por las frecuentes demandas de socorro por parte de menesterosos. A este respecto nos dice que es costumbre antiquísima de Lagos que todas las personas que viven de la caridad pública dediquen precisamente los sábados a solicitar esta ayuda del vecindario. Así se explica la reiterada presencia de estas personas.

Lo explica y luego nos habla de las tradiciones que se guardan todavía entre las gentes humildes de Lagos.

Por ejemplo, corresponde a un cierto sector la representación anual de Las Pastorelas, con un trazo, música y textos que han pasado de una a otra generación y que no han perdido el tiernísimo acento de piedad y devoción ingenua.

También se acostumbra todavía el canto de El Alabado, cuando se está velando a un difunto. Se relatan en él los pasajes principales de la Pasión de Cristo, entonados en una queja tristísima, que se alarga como un llanto, que va ululando lastimeramente en la noche de aquella barriada, aluzada nada más por el vislumbre de las cuatro velas del difunto. Hay personas que se dedican a este piadoso servicio y se hacen presentes por sí mismas y se ponen a cantar y a repetir a todo lo largo de la noche El Alabado, sin esperar ni pedir ninguna recompensa.

Tradicionales de Lagos pero ya en un ámbito más general, con la participación de todo el vecindario, son las fiestas religiosas y profanas que se celebran anualmente.

Está la fiesta de Jesús del Calvario, imagen muy venerada que después de visitar todos los templos es llevada con mucha solemnidad hasta su iglesia en el cerrito del mismo nombre, para la sonadísima celebración del 6 de agosto.

También hace mención de la suntuosa fiesta del Corpus Christi, cuando el Santísimo es sacado en procesión por la plaza principal; o la del Patrón de la parroquia, San Sebastián, el 20 de enero. Sigue la de San Hermión, cuyo cuerpo embalsamado conservan en una urna, el 28 de febrero. La fiesta de la Asunción el 15 de agosto y la de Santa Catarina el 25 de noviembre.

De carácter cívico y cultural, menciona la celebración conmemorativa de la Fundación de Lagos, el 31 de marzo o el homenaje a Pedro Moreno el 27 de octubre. Luego, los festejos, veladas y academias del Seminario de Cultura en el Teatro Rosas Moreno que es por cierto una joya arquitectónica de notable valor.

A propósito de todas estas celebraciones que van registrándose a lo largo del tiempo, quiere nuestro amigo señalar el renombre, la popularidad y fama que han alcanzado no sólo en la región sino en todo México, los *coleaderos* donde se pone en alto la gallardía, arrojo y temeridad de quienes intervienen en ellos.

Y las serenatas. Aquí se duele este laguense amable de lo que fue una tradición muy hermosa de Lagos y ahora va perdiéndose en el olvido....

Ya verá usted que antes hubo aquí una banda de música muy completa y de un nivel artístico muy reconocido en todo el Estado. Fue en los tiempos de Don Apolonio Moreno; usted ha oído hablar de él sin duda alguna, pues cuenta entre sus composiciones más famosas, la Marcha Toros y Abrazos, Tres Piedras, Chotis María, Oriental, En la Quinta, etc.

Quién sabe a qué se deba, pero parece que ya pasó el tiempo de las bandas de música. No sé de un pueblo que tenga actualmente una buena banda.

En los tiempos de que le hablo, había únas serenatas que reunían a todas las familias de Lagos en el jardín municipal; se escuchaba buena música, se disfrutaba de la frescura y fragancia del jardín, se conversaba amistosamente. Hoy no queda nada de eso. Ahora se tienen

aparatos de sonido cuya estridencia no puede compararse nunca a lo que eran antes las bandas de música.

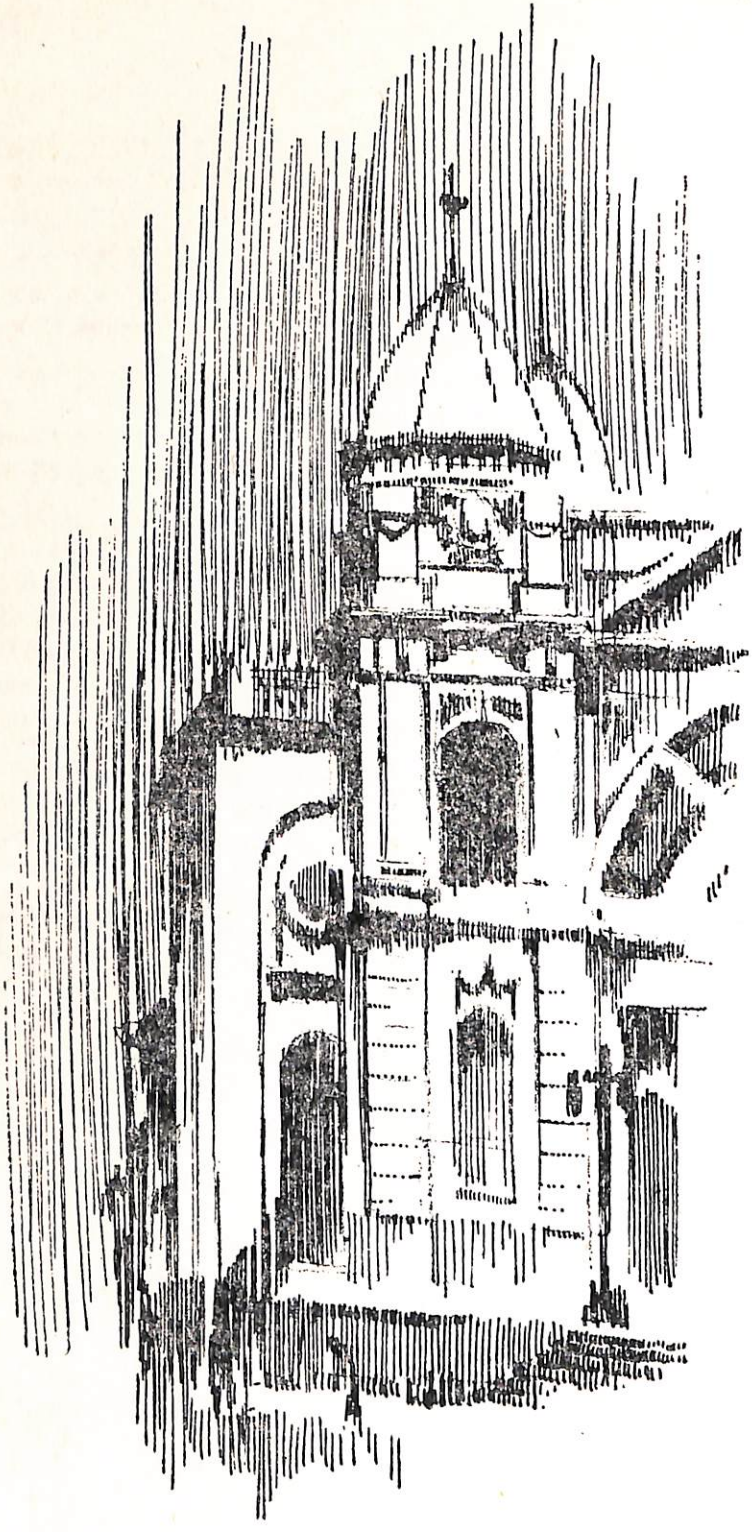
Nosotros hemos querido respetar este dejo nostálgico con que Don Esteban Wario, que así se llama el amigo que nos ha recibido cordialmente en su tendajón penumbroso, ha mencionado lo primero que se puede lamentar en el Lagos de hoy con respecto del Lagos de ayer.

Se ha abierto una pausa de silencio. Los pájaros no se cansan en su algarabía de primavera. Llega hasta nosotros un viento húmedo, anunciando acaso la proximidad de las primeras lluvias. Si aquéllas que vimos galopar por Comanja fueron las nubes del primer aguacero...

Cerramos esta charla con la enumeración de algunos de los hombres célebres de Lagos, entre los que recuerda y menciona nuestro amigo al Padre Agustín Rivera, al Padre Miguel Leandro Guerra, a Don Pedro Moreno, a Don Francisco González León, a Don Antonio Mariano y Oviedo, a Don Vicente Veloz González, a Don Mariano Azuela, a Don Salvador Azuela, a Don Ignacio Gómez Portugal y a otros muchos más que no alcanzamos a anotar.

A ellos y por ellos, tiene Lagos de Moreno en el Monumento Conmemorativo del Cuarto Centenario de su Fundación, una placa donde se dice que este monumento fue levantado....

" A la memoria de los claros varones por cuya emoción y trascendente impulso, Lagos se hizo ensueño, prestigio cultural y limpia conciencia".



ZAPOTLAN EL GRANDE

A lo largo de su historia, ha recibido Zapotlán diferentes nombres. Alguno de sus historiadores enumera lo menos nueve denominaciones diferentes. Parece que los zapotlenses deberán deslindar las cosas y quedarse de una buena vez con el nombre definitivo que les corresponde.

Pensamos que el nombre que más conviene a esta importante ciudad es cabalmente el de Zapotlán el Grande. En él se mantiene su título más tradicional, conservado durante siglos, y se afirma ese sello de grandeza que ha alcanzado en todos los órdenes desde su más lejana antigüedad.

Por cierto que la historia de Zapotlán es milenaria. El Director del Museo de las Culturas de Occidente, asegura que hay piezas encontradas aquí que pertenecen al horizonte pre-clásico, que comprende del año 1,800 al 100 antes de Cristo.

Y asegura que los conquistadores encontraron una población organizada, con sistemas de vida, de religión y de gobierno, que les sorprendieron ciertamente.

Que su nombre primitivo fue *Tlayólan*, que quiere decir, tierra que da mucho maíz, pues parece ya un signo característico de este valle desde la más remota lejanía del tiempo, el de su fertilidad y condiciones excepcionales para la agricultura.

Cuando se afirmaron los trazos de la ciudad colonizada y evangelizada en el amor y el avenimiento de indios y españoles, vino el nombre de *Tzapótlan* que ha dado lugar a diferentes interpretaciones.

La más común es la de aquéllos que la hacen traducir como, lugar donde abundan los zapotes; explicación que no satisface a don Esteban Cibrián que conoce profundamente de estas cuestiones y que apoyado en la autoridad de indigenistas muy reconocidos, asegura que el nombre debe traducirse como, lugar de frutas redondas y dulces.

Dice que en su primitiva lengua, los indios hacían una distinción de las frutas de la tierra, con una raíz genérica para las dulces y azucaradas y otra para las ácidas y amargas. Que la raíz que corresponde a las frutas dulces es la de *tzápotl*, dentro de la cual pueden catalogarse tanto como los zapotes, todas las frutas dulces y redondas que se dan en la región.

Aún aclara que la misma raíz a que se aludió, corresponde a la marcada influencia que dejaron aquí los indios zapotecas, que desde Oaxaca se desplazaron por estos rumbos, ahuyentando a los chichimecas.

Así lo sostiene Topete Bordes y así lo confirma don Esteban Cibrián al señalar como rastro de esta invasión, los nombres de clara procedencia zapoteca, como Tzacoalco, Tzapotiltic, Tzayula y otros varios, escritos así por los historiadores de la Colonia. Todavía más, en el Museo de Zapotlán, se exhiben variedad de piezas de cerámica con las características peculiares del barro negro y las formas de la cerámica zapoteca.

A principios de enero de 1522 llegó a Zapotlán el conquistador Cristóbal de Olid. Los indios lo recibieron en son de paz, aceptando el hecho de la dominación y plegándose al nuevo estado de cosas.

Con la misma cordialidad recibieron en 1529 a Fray Juan de Padilla que vino a asentar en firme la obra evangelizadora, realizada con amor y espíritu de servicio y entrega al mejoramiento de los indígenas, actitud que ellos entendieron y aceptaron aun cuando la nueva fe venía a raer desde sus cimientos los rituales religiosos practicados muchas centurias atrás.

Al tratar de enfocar nuestra visión de Zapotlán, particularmente al campo de sus tradiciones y testimonios indígenas, hemos preguntado a don Esteban Cibrián si sabe él que se hayan registrado aquí sacrificios humanos.

Se nos indica en esto la serie de deidades que tuvieron los primitivos habitantes de este valle. Figuraba en primer lugar, *Xipe-Tótec*, que quiere decir, Nuestro Señor el Desollado.

A él rendían adoración desde las comarcas más distantes de esta zona, y aún, de acuerdo a una aseveración de Fray Bernardino de Sahagún, se llegaron a encontrar figuras de este dios, en Centro y Sudamérica.

Aparte de su dios principal, tenían aquellos hombres el dios de la lluvia que fecundaba sus tierras para el cultivo del maíz; el dios del fuego que se manifestaba aterradoramente en las periódicas erupciones del Volcán; y al que ellos llaman el dios niño, síntesis de la ternura y de la sensibilidad que caracterizó el alma de estos indígenas.

Hacia el año de 1577 Felipe II expidió una cédula en la cual ordenaba una investigación que pusiera en claro si antes de la venida de los españoles se habían practicado aquí sacrificios humanos.

La real cédula se ejecutó en 1580, siendo alcalde mayor don Jerónimo Flores, mismo que comisionó a su escribano don Domingo de Xerez para que hiciera las averiguaciones ordenadas.

Fueron reunidos los caciques y principales del pueblo indígena y se tomó razón escrita de sus declaraciones en un documento en el cual consta que entre las formas de adoración que tenían hacia Xipe-Tótec en particular, estaba el ofrecimiento de mantas, chalchihuites y plumas.

También se sabe por este documento que los prisioneros tomados en sus guerras con otros pueblos eran sacrificados a su dios, en esta forma: primero les quitaban el corazón para ofrendarlo al ídolo, y luego se ponían a arrancarles cuidadosamente la piel en la cual se envolvía el sacerdote principal, entregándose a bailar, así revestido, con cantos y música, frente al dios.

Que había en esta danza una intención poética, pues ese vestido humano aludía al revestimiento de la tierra en la primavera, un rito pagano de primavera que florece en verdor de lozanía y de frutos nuevos, alegrando los corazones y bendiciendo el nombre de un dios, llamado por esto Nuestro Señor el Desollado.

Acaso estas ceremonias que debieron presenciar los conquistadores, llenaron de espanto su ánimo y a pesar de la benevolencia y amistad con que fueron aceptados, no dejaron, sin embargo, de emplear toda crueldad y dureza contra los indios.

Dice don Esteban Cibrián que Nuño de Guzmán nunca vino a Zapotlán, pero que aún así extremó su crueldad y sus instintos sanguinarios hacia estas gentes.

Lo hizo cuando mandó a González López y a Antonio de Godoy a exigir tributos muy elevados a los indígenas de este lugar. Vino el primero y obligó a los indios le entregaran una crecida cantidad de

fanegas de maíz y de gallinas; vino el segundo y quemó las casas, sacó a los indios principales y en número de más de 600, los encadenó, los herró y los llevó a trabajar duramente a Zacatula.

Todas estas circunstancias dolorosas para el corazón compasivo y tierno de Fray Juan de Padilla, hicieron a este fraile cuyo nombre y acción no han sido reconocidos por los zapotlenses en todo su significado, emprender viaje a la ciudad de México apenas llegó aquí como primer Virrey D. Antonio de Mendoza, para exponerle vivamente esos abusos.

Y pidió el fraile al Virrey autorizara el establecimiento de un gobierno de indios que rigiera por sí mismo su vida, sin depender directamente de los españoles, garantizando él la buena conducta y sometimiento de los indígenas.

Todavía más, llevó consigo a un indígena de notable inteligencia y de cualidades humanas muy señaladas, presentándolo como candidato para encabezar esta forma de gobierno. Accedió el Virrey a las proposiciones de Fray Juan de Padilla y así se estableció desde entonces la autoridad indígena de Zapotlán, compartida entre cinco indios cuyas funciones se distribuían entre sí, correspondiendo al primero las relaciones con el gobierno civil, al segundo las relaciones con el gobierno religioso, al tercero las cuestiones de educación, al cuarto la vigilancia de caminos y al quinto el cuidado y defensa de los bienes indígenas.

Pasaron los siglos y la tradición de este gobierno perduró en Zapotlán a través de la persona de los *Tlayacanquis* que han representado la autoridad indígena, reconocida todavía en nuestro tiempo por los gobiernos civil y eclesiástico. La forma de esta autoridad mantiene casi los mismos términos tradicionales, si bien se mencionan ahora puestos específicos como el de prioste, alguacil, primera vara, mayordomo, y siempre el tlayacanqui como suprema autoridad.

Con su gobierno, conservan los indígenas de Zapotlán, aun cuando en manifestaciones ya desleídas y un tanto modificadas, una serie de celebraciones relacionadas con tales y cuales festividades del calendario litúrgico, y con tales y cuales capillas o imágenes reconocidas como de propiedad indígena.

Hubo hasta no hace muchos años, en Semana Santa, la procesión de los cristos negros, impresionantes esculturas de procedencia guatemalteca parecidas al famoso Cristo de Esquipulas, con la particularidad

de que algunas partes del cuerpo llevan injertadas las correspondientes partes humanas, tales como los huesos descarnados de las costillas, las uñas de los pies y el corazón disecado de algún piadoso indígena.

Típica también de Semana Santa fue la Fiesta de las Pedradas, tiroteo inofensivo con naranjas u otras frutas, entre los vecinos de los barrios antagónicos de Zapotlán y Analco.

La procesión de los penitentes correspondía al Viernes Santo; en ella se manifestaban públicamente los indios que debían alguna manda, ligándose a la cruz central por medio de un listón o cordel; y de éstos había tantos cuantos eran los centenares de indios penitentes en manifiesta expiación o súplica.

Sería interminable la relación de costumbres y celebraciones curiosas que tuvieron los indios y de los cuales hoy quedan sólo pálidos destellos. Don Esteban Cibrián ha hecho una cuidadosa relación de todas éstas para que en los vientos de modernidad y en la enconada oposición que se ha tomado contra la población indígena de Zapotlán, no vayan a perderse en el olvido.

Menciona este acucioso historiador las fiestas anuales de la Capilla de la Purísima Concepción, Fiesta de los Santos Reyes, con su hermoso ceremonial conocido como la Fiesta de Latas de Reyes, las Fiestas de la Candelaria, las de la Virgen del Platanar, las de Todos los Santos, etc., etc.

Aquel mundo de sencillez y candorosa piedad, tenía relación estrecha con las diferentes comunidades tuteladas cada una por una advocación religiosa y dedicadas a honrar y venerar al santo que les correspondía.

Estas comunidades tenían cada cual sus propiedades, extensiones de terreno, siembra, agostaderos y centenares de cabezas de ganado que administraban de una manera solidaria, viviendo todos de la misma fuente económica y participándose entre sí, lo mismo el trabajo y el cultivo de las tierras que los beneficios que solicitaban sus necesidades.

Con las Leyes de Reforma y la embestida dirigida a desposeer a la Iglesia de todos sus bienes, alcanzó también el golpe a estos indígenas sin tomar en cuenta que esos bienes no pertenecían propiamente a la Iglesia, sino a ellos.

Como fuere y aun con lo que se ha dicho a lo largo de toda nuestra historia y de los derechos del indio y de la protección que merece, paso a paso se le fue despojando de todo lo que poseían.

En pleitos sucesivos, demandas y promociones encaminadas a recuperar las propiedades indígenas, cuestiones éstas que ocuparían extensos volúmenes, en 1959 se llegó a hacer un recorrido por los linderos dentro de los cuales se comprenden los terrenos de esas comunidades.

Funcionarios del Departamento Agrario, el Tlayacanqui e indígenas principales de Zapotlán hicieron este reconocimiento precisando la ubicación de las mojoneras y sacando de todo ello una superficie aproximada 50,000 hectáreas.

Hoy no queda a los indios nada de eso. Estas propiedades debidamente "legalizadas" pertenecen a otras personas que nada tienen que ver con las comunidades primitivas.

La historia es larga de contar, pero muy interesante.

Hay episodios que indignan, triquiñuelas y maniobras de gentes de quien podía esperarse un mínimo de rectitud. Hay hasta casos de traición por parte de los mismos indígenas que llegaron a venderse para "legalizar" tal o cual maniobra.

El último intento por rescatar las propiedades de los indígenas data apenas de un decenio. Actuó en estos trámites, por parte de los indígenas, su Tlayacanquis, el Sr. Luciano García Gómez, quien dicen, fue engañado y burlado miserablemente por un Don Antonio Arias Pedroza que hizo valer quién sabe qué intervenciones decisivas ante el Departamento Agrario, desconociendo a los Tlayacanquis que encabezaban la ventilación jurídica y nombrando un gobierno espúrio.

Don Luciano García Gómez fue el último Tlayacanqui; murió de la pesadumbre de ver aniquilada y desconocida toda una organización indígena que había enraizado tan profundamente en este valle desde una antigüedad que viene de más allá del Nacimiento de Cristo.

Hoy tiene Zapotlán el Grande muchas cosas de que enorgullecerse. Su desarrollo económico ocupa los primeros lugares en Jalisco. Su ciudad es moderna y dispone de todos los servicios. Sus iglesias, sus edificios, pueden compararse entre los más valiosos arquitectónicamente.

La lista de los hombres ilustres de Zapotlán, enrola los nombres de los Padres Arreola y Díaz, de José Clemente Orozco, de José Ro-

lón, de Juan José Arreola, de Consuelo Velázquez, de Aurelio Fuentes, de Guillermo Jiménez y otros muchísimos más.

Todo eso tiene el Zapotlán de hoy en su vocación de grandeza que le han reconocido en todos los ámbitos del país.

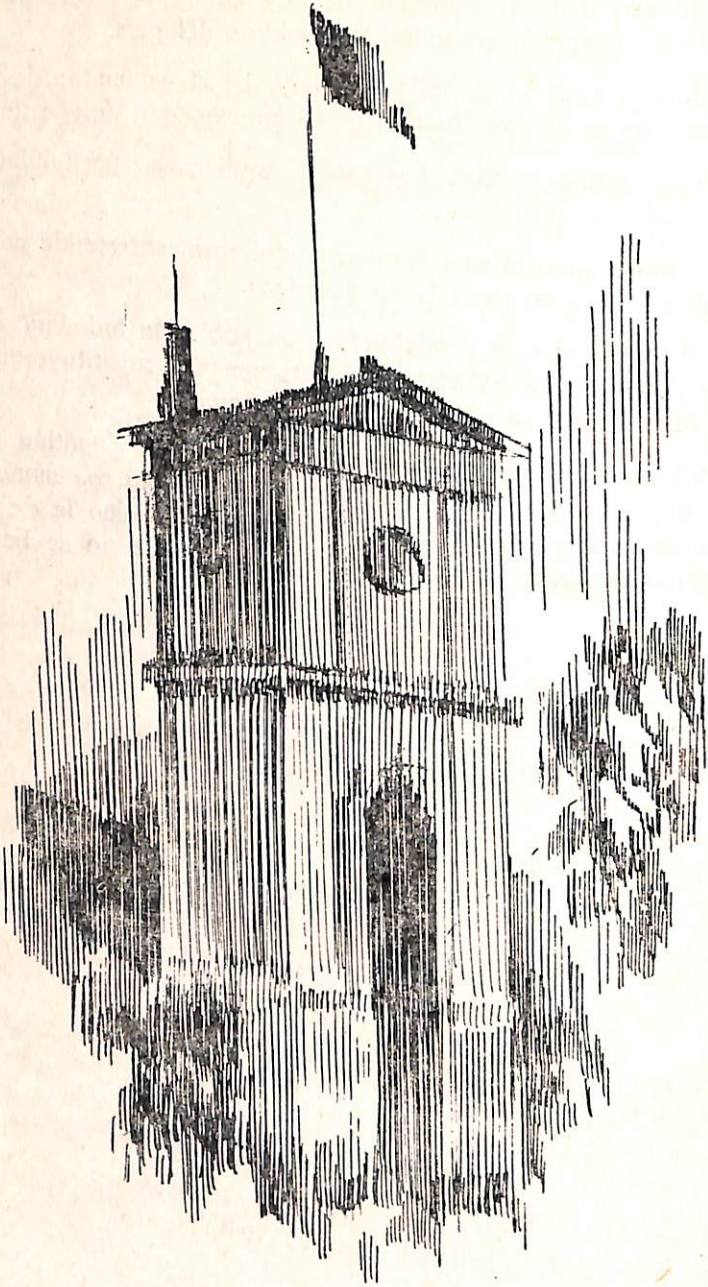
Todo eso tiene el Zapotlán de hoy, en el esplendor de este valle fertilísimo que se ampara bajo el perfil augusto del Volcán de Nieve.

Méritos señaladísimos, historias y tradiciones, posibilidades y recursos, escritores y artistas....

Pero tiene también una llaga muy dolorosa, entretejida con su mismo nombre y con su destino de grandeza.

Es el olvido en que va dejando a su población indígena, es el desprecio y despojo que ha permitido para quienes constituyeron el tronco venerable donde se asienta esta generación.

Podrá avanzar mucho todavía; podrá llegar Zapotlán todavía a cumbres más excelsas, pero siempre cargará consigo esa mancha, siempre le escocerá esa llaga, una mancha de sangre como la de Macbeth, que se intentará lavar de muchos modos pero que no se borrará con nada.



AUTLAN

La primera noticia de Autlán corresponde a la fecha de la edificación de su iglesia que según el Padre Tello se inició el año de 1543. Una iglesia al principio como en todas las fundaciones de entonces, y en torno de ella las viviendas que van rodeándola y van ensanchando más y más las dimensiones de la población.

Con este dato, ya viene también el desconcierto de los historiadores que dicen unos que el pueblo fue cambiado de una parte a otra, mientras aseguran los más que Autlán ha ocupado el mismo sitio desde su fundación.

La confusión viene de la primera noticia de tres grupos de chozas y una epidemia que casi acabó con los habitantes del chocerío denominado Autlán. Y tan sentida y trágica fue la mortandad que empezaron a llamar el sitio con el nombre de Miztlán que quiere decir "lugar de los muertos".

Se acabó el primitivo Autlán, dicen por eso unos historiadores. El de ahora no fue sino el sitio doloroso donde se agazapó la dolencia y el llanto de aquel primer puño de indios....Que no hubo tal replican de nuevo los historiadores, porque no tenía caso caminar unos tramos en huida de la enfermedad y de la muerte, si después de todo aquellos grupos de casas estaban tan próximos los unos a los otros.

Minucias, podemos decir nosotros. Rigorismo histórico que después de todo nada significa ya en la distancia de cuatro siglos, cuando este Autlán de ahora ha impuesto su señorío sobre la región; y tiene la importancia eclesiástica que lo ha convertido en cabeza de una diócesis, y tiene un desarrollo comercial y un urbanismo que adelanta, sin duda alguna a muchas poblaciones de su época.

Es por demás decir que la importancia de Autlán pudo ser más significada en otros tiempos que en éste. A lo largo de su historia aparecen muchos sucesos prodigiosos que debieron refilar el nombre de

Autlán a cumbres de grandeza y de significación por arriba de las cosas comunes.

Uno de ellos lo refiere el Padre Tello que fue guardián de esta iglesia. Tiene relación con una imagen de la Virgen del Rosario que tuvieron con mucha veneración los vecinos del lejano Autlán.

Pues nada, que el escultor encargado de esculpir la imagen no daba trazas de entregar el trabajo. Era cuestión de detalles nada más. Que la fimbria del manto se doblaba toscamente sobre los pies de la Señora; que aquel detalle nimio en la mano que ofrecía amorosamente el rosario; acaso un toque de luz más viva en el rostro.... Pequeñeces nada más.

Pero el escultor se hacía el remolón dejando pasar un día y otro también; los misioneros que habían encargado el trabajo se desesperaban, porque ya pasaba mucho tiempo y ellos querían celebrar rumbosas festividades en honor de la Santísima Señora.

Un recado y otro pero el escultor sólo tenía promesas, sólo sabía dar plazos que se iban alargando de temporada en temporada.

Así las cosas hasta que el guardián del convento llegó a reconvenir con energía al maestro tallador. Un plazo definitivo, la última fecha: o terminaba aquella imagen o tendría que recurrir a procedimientos conminatorios de otra especie.

Acongojado y sudoroso de la pena que tan terminante presión le causaba, hubo el escultor de descubrir toda la verdad.

No terminaba aquella imagen porque él sabía en confidencia que recibió de la misma Virgen Santísima mientras modelaba su imagen, que el día que terminara de hacerla ese día iba a morir.

Dice el Padre Tello que hubo de terminar aquella escultura y que sí, efectivamente, ese día se acordó Dios del escultor, llevándolo a su gloria.

Todavía asegura el Padre Tello que esta imagen de la cual no se tienen hoy noticias, fue muy venerada de los autlecos, allá por los años del siglo XVII. Y que ocasiones repetidas llegaron a darse de que siendo tan escasas las lluvias en esta región, e implorando los vecinos la gracia de la lluvia, sacaran la bendita imagen del templo parroquial a la iglesia de Las Montañas que era entonces capilla del

hospital. Salía la procesión al rayo vivo del sol, en las sequedades de un aire, en la pureza azul de un cielo donde no llegaba a verse ni una nube.... Así comenzaba el acto suplicatorio, mas para cuando llegaban a Las Montañas, iban los fieles enmedio de un tormentón y aguacero que revivía felizmente las sementeras.

Otro hecho prodigioso registrado en Autlán en tiempos de la Colonia, es el que se refiere a la célebre Cruz del Astillero. También da noticia de él el Padre Tello.

Estaban construyéndose las primeras naves para Filipinas. Numerosos operarios participaban en agotadoras faenas. La fuerza del hombre, su habilidad tenía que suplir todo aquello que no se obtenía de los instrumentos y herramientas entonces todavía rudimentarios.

En aquel grupo había gente de toda, pero sin duda alguna que muchos eran creyentes y tenían consigo la devoción entrañada de la Santa Cruz, pues los franciscanos les habían inculcado la mayor reverencia hacia el símbolo cristiano. Y discurrieron sin más ni más fabricar una cruz de buena madera, carpinteros al fin, para ponerla en sitio principal del astillero.

Pasaron las naves concluidas al archipiélago de Luzón. Se desparramaron las gentes, se desmantelaron las sencillas instalaciones del obrador y la cruz se quedó sola. Una cruz en lo alto de unos palos, como un mástil victorio en medio de todos los despojos que quedaron.

La divisa desde lejos el pirata holandés Francisco Chambrio, un hombre que dicen reaccionaba con espumarajos de odio, contra todo lo que tuviera algún sentido cristiano. Desembarcó el pirata en Navidad y se vino por tierra con su saña y su espuma a destruir la cruz que había columbrado desde el mar. Mandó juntar toda la leña que hubo alrededor encima de la cruz y le prendió fuego.

Cuando las naves aquí construidas regresaron de Filipinas y muchos de sus tripulantes devotos de la cruz venían a reverenciar aquélla que habían levantado al construir los barcos, la encontraron sí, sobre un montón de cenizas. La rodeó el fuego pero no llegó a tocarla.

Unos y otros aquellos marineros quisieron quedarse dueños de la cruz. La obtuvo para sí un tal Chavarín y le levantó una enramada a modo de ermita donde iban aquellas gentes a rendir su devoción y a implorar sus favores. Pero aquí también un incendio fortuito pudo consumirla, y por segunda vez quedó ilesa de las llamas aquella santa cruz.

Con el nombre de la Cruz del Astillero pasó esta cruz al convento de Autlán en lo que hoy es la parroquia. El mismo Padre Tello la relabró y le hizo poner cantoneras de plata, no sin antes sacarle algunas astillas que colocó dentro de otra cruz, que mandó regalar al convento de Sayula. y todavía usó de esta deferencia con varios vecinos autlenses, a quienes también obsequió fragmentos de la milagrosa cruz.

Se han hecho muchas conjeturas acerca del destino que tuvo esta milagrosa cruz y aun ha llegado a apuntarse la posibilidad de que todavía pudiera identificarse.... Acaso suposiciones nada más, pero en un estudio que hizo el Dr. Rubén Villaseñor Bordes del archivo parroquial encontró en el inventario que se practicó cuando el Pbro. D. Justo Urtiz vino a hacerse cargo de la parroquia el 13 de marzo de 1871 referencia clara e indubitable a esta cruz. Van enumerándose todos los objetos de culto que tiene la parroquia, y entre ellos.... "una cruz con cantoneras de plata".

o o o

En el vértigo de un torbellino de vueltas que vienen a doblarse temerariamente sobre la altura del precipicio, camina la carretera que desde hace unos años pasa por Autlán rumbo a la costa.

Lo mismo al llegar a la población que al salir de ella, ha de santiguarse el viajero, porque es tan enredada la cinta asfáltica, tan peligroso el paso de curvas, tan agobiante la ascensión a cumbres que se juzgarían inalcanzables....

Todo hace pensar que Autlán quiso ponerse al resguardo enmedio de aquel nido de montañas inaccesibles. No es un pueblo que se entrega fácilmente. Por cualquier lado por donde se quiera penetrar, ha de costar sus buenos sustos y han de venir los espontáneos Ave María Purísima, que tan accidentado camino arranca de los labios.

Pero con ello ofrece también la contemplación de paisajes bellísimos. Por cualquier lado, en cualquier tramo del camino, vienen a los ojos del viajero las dilatadas inmensidades de un paisaje pintado de ese verdeazul de las lejanías.

Cadenas de montañas que se rodean en cerco infinito que va a perderse en el horizonte lejano donde dicen que ya está rebulléndose el mar. La feracidad de llanadas interminables, donde se cultivan con

rendimientos de milagro las más diversas especies.... Eso fue así, por lo menos en tiempos en que el orden y la responsabilidad de un dueño cuidaba el beneficio de las tierras que hoy, en algunos casos han sido tristemente destruidas y esterilizadas por toda esa politiquería y desenfado devastador con que el agrarismo llega a echar a perder la riqueza agrícola de grandes regiones.

La Huerta, La Resolana, Purificación.... Y entre aquel mar verde de una diversidad maravillosa, el camino trazado en línea recta hacia el mar.

De este lado queda Autlán. Uno no sabe ni en qué momento va a encontrar la antigua ciudad. Subió a la cumbre y empezó a bajar; un bajar por lomas que en otros tiempos debieron estar cubiertas de tupido monte, pero que hoy parecen ya pelonas y resecas, porque nuevamente aquí la codicia vino a arrancar de cuajo la riqueza vegetal de toda esta zona, sin medir consecuencias.

Sobre el asiento mismo del pueblo y su ubicación, vale traer estos párrafos de una historia de Autlán escrita por el Dr. Rubén Villaseñor Bordes:

"Los franciscanos llegaron en los albores de la Colonia, cuando el sitio donde está Autlán era un erial entre dos pueblecillos insignificantes y una ciudad de jacales; su habilidad de fundadores plantó convento e iglesia en la parte mejor, donde el aire refrescante y fuerte del mar, llega y atenúa los ardores del sol de un cielo sin nubes, donde la lejanía de los arroyos aseguraba la sequedad del suelo, preventiva para las enfermedades. Los indígenas eran guerreros, gente de costumbres paganas, que se avaloran en obscenas estatuillas, algunas de ellas informan del traje que servía sólo de adorno, no para cubrir la desnudez y menos para suavizar los rigores del ambiente".

"Los restos arqueológicos que desde hace diez años he visitado, con sus metates huilanches y sus saetas de pedernal, nos hablan de un pueblo alimentado de presas de cacería, que la guerra y la caza siempre vivieron unidas. Los vasitos que se encuentran y servían para recoger sangre que ofrendaban a sus dioses después de hacerla manar por los mismos indios; haciéndose punciones en las orejas y otras partes; nos gritan de sus ritos salvajes. Defectos que no logran disimular la riqueza de ornamentación de su cerámica...."

Así es la visión más antigua que dibuja a esta población situada

"en la lejanía de los arroyos", puesto que cercanos hay torrentes que sólo tres o cuatro días del año, ven correr agua por sus resecos cauces.

Las prácticas paganas y el primitivismo sangriento, viene a cambiarse pronto en el adelanto de una ciudad, que ya en el siglo pasado ofrece el testimonio de un trazo urbanístico, de un adelanto y de una arquitectura a nivel de las ciudades más adelantadas de Jalisco.

Hoy quedaron todavía las huellas palpables de aquel adelanto. Se le puede ver en esa finca que llaman hoy El Instituto y que está dedicado a la enseñanza escolar. Un pórtico de elegante y bello trazo en cantera morada y una arquería sin igual en los cuatro corredores del patio. Sabemos que esta construcción fue guiada por el mismo arquitecto que dirigió aquí la edificación del Hospicio. Una prueba de su profesionalismo arquitectónico está en los mismos arcos cuyas bóvedas calculadas en precisión asombrosa, se equilibran una con las otras sobre el vano del arco.

También existen todavía casas como la de la señora Castañeda o como la que habitaron los dueños de La Resolana, que muestra una clara influencia andaluza. Tienen patios enormes y corredores de una línea morisca que le hacen a uno sentirse en cualquiera de las célebres ciudades del Sur de España.... Lo hacen a uno sentirse como indudablemente quisieron sentirse en aquellos lugares los españoles que vinieron a aquí, dejando la huella de su patria, el sabor de Andalucía, en tan bellas muestras de su afán cultural.

Una observación del hermoso patio que tuvo la casa de los dueños de la hacienda de La Resolana, nos hace acordarnos del nombre de Casimiro Castillo, el famoso líder que bautizó con su nombre aquel emporio agrícola.

Muchos en Autlán conocieron a Casimiro Castillo. Se acuerdan de él como un hombre insignificante que vendía verduras sobre una tabla en la esquina del mercado. Se hizo popular con el apodo de "El Renco", sobrenombre que le vino por un defecto que le quedó en una pierna. Entre verduleras y cargadores andaba siempre el nombre del Renco, un individuo guazón y comunicativo, pero lerdo y carente de la más mínima cultura.

Un día empezó "El Renco" a dar sermones a aquel público compuesto de gentuza, campesinos, hortelanos y arrieros. Se presentaba con la Biblia en la mano y deletreando a mal poder algún texto sagra-

do, empezaba a perorar sandeces, con tan afectado fervor que aquellas gentes se conmovían y doblaban en devoción sencilla.

Así empezó a formarse un público alrededor de Casimiro Castillo y sus bíblicas arengas en el mercado, en la plaza, en las calles. La docilidad y la buena fe de aquellas gentes llegó a envanecerlo y pasando adelante, se animó luego a administrar con mano sacrílega algunos sacramentos y a ejercer algunas formas del ministerio sacerdotal. "El Renco" vendedor de jitomates y lechugas, empezó de esta manera a arrastrar multitudes y adquirir una popularidad que su facilidad de palabra y su impostura sacrílega soliviantaron de una manera increíble.

Eran los tiempos difíciles en que estaban abriéndose los caminos para el reparto de las grandes propiedades, y pensaron las autoridades que ninguna persona era más útil que Casimiro Castillo para inflamar las multitudes y lanzarlas a la lucha como convenía a sus propósitos.

Llegaron a hacerlo miembro de la Cámara de Diputados y entonces cambió su sencillez por los gestos de autoridad, por los lances atrabiliarios. Un engreimiento efímero, porque luego algunos de sus mismos compañeros tramaron su muerte cuando ya "El Renco" llegó a hacerse insoportable en el recinto de la Cámara, por su ánimo revoltoso y su verborrea barata.

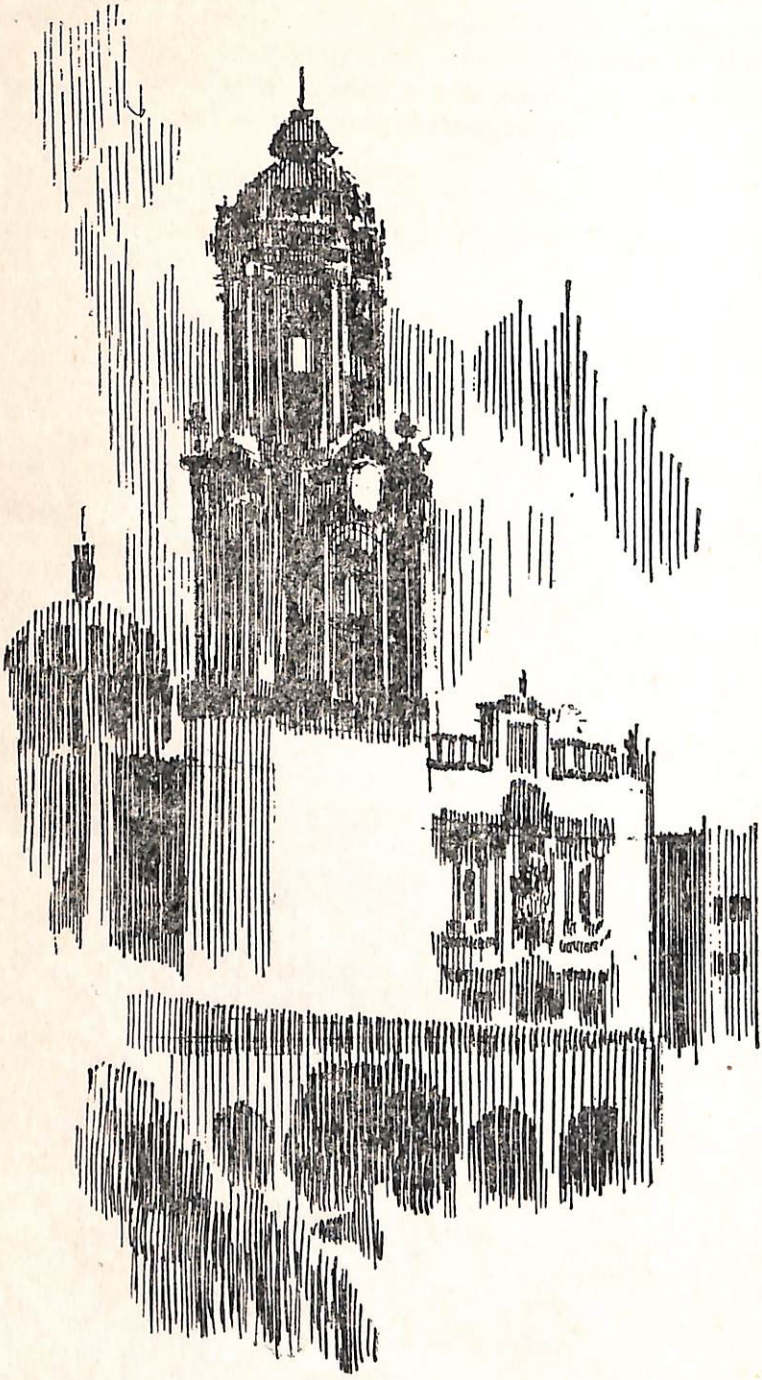
Fue Casimiro Castillo un personaje pintoresco al servicio de los planes sectarios de aquel tiempo. Toda una figura de tristes y vergonzosos excesos, que queda nada más como un testimonio célebre de lo que en tales épocas llegó a vivirse.

En otros aspectos, tiene Autlán y ha tenido hombres de auténtica grandeza, cuya enumeración requeriría de muchas hojas.

Queden solamente para dar cima a esta visión de Autlán, el nombre de un pintor, Zárate, autor de un bello cuadro de la Virgen del Rosario que vimos nosotros en un muro de la capilla de la parroquia.

El nombre de José Atanasio Monroy, que pintó con el sabor auténtico de una pintura antigua, en preciosismo y calidad de colorido, el cuadro del Crucificado que está también en la parte principal de la sacristía, con una Sagrada Familia, y una Ultima Cena en la iglesia de Las Montañas.

Entre estos ejemplares pictóricos, habrán de señalarse también la Transfiguración, por Balderas, y en el Centro Escolar Chapultepec, de Autlán, el conjunto de murales que ornan el cubo de entrada. En éstos particularmente notable es la referencia a escenas y personajes claramente identificados entre vecinos más connotados del lugar.



LA BARCA

Había andado por ahí la curiosa historia. Uno oye con frecuencia muchas de esas pintorescas leyendas que guarda nuestro pueblo; se detiene un tanto, se goza en la ingenuidad entrañable de esas fantasías, y las deja pasar.

Así llegamos a oir contar la historia de "El Burro de Oro". Que el tal fué un hombre hecho de leyenda y fantasía. Que no, que existió realmente en carne y hueso. Que llegó a reunir una fortuna increíble. Que muchas de las gentes que lo conocieron, no hace todavía muchos años, que murieron y éstas contaban.... Que no.... Que sí.... Que decía don Fulano que los tacones de sus zapatos eran de puro oro.... Que don Zutano aseguraba haberlo divisado con una escolta de cien hombres a su servicio.... Que don Mengano afirmaba que el famoso Burro de Oro se carteaba de tú a tú con el mismísimo Maximiliano.... Y entre todos los decires, un rumor como escondido sobre unos asaltos a las diligencias que pasaban por aquí....

La figura de un hombre desdibujada en la niebla imprecisa de las leyendas que van de generación a generación. Y el asombro y los superlativos por las cantidades de dinero que poseía, por las extensiones inmensas de terrenos y el número de cabezas de ganado pertenecientes a él, los rasgos personales que de él se conservan, el decir de quienes aseguran que usaba botonaduras de puro oro y que unas barras de oro macizo sostenían su lecho principesco.

Fuimos a la señorial ciudad de La Barca siguiendo el rumor de grandezas que hemos oido referir acerca de ese legendario individuo a quien apodaron "El Burro de Oro".

Dejamos que las campanas sonoras de su iglesia, magnífica e imponente como una basílica romana, toquen esos tradicionales toques del atardecer que hemos escuchado en muchos pueblos. Hemos pasado por alto la frescura llena de flores y árboles de su espaciosa plaza principal, y hemos venido a la penumbra de un corredor, en casa de D. Ca-

tarino Trujillo, para escuchar la información más autorizada que puede tenerse acerca de este legendario personaje.

Don Francisco P. de Velarde, fue el nombre verdadero de "El Burro de Oro. Nadie sabe a qué corresponde esa inicial que antecede al apellido. Se sabe sí, que tenía el grado de General y que perteneció y fue adicto simpatizador del Partido Conservador; aún se llega a decir que mantuvo correspondencia y amistad muy cordial con Maximiliano.

Sin precisar las fechas de su vida, se le sitúa en el año de 1860. Fue hijo de padre español y de una mujer mexicana originaria de Guadalajara. Se dice también que fue muy enamorado Don Francisco P. de Velarde, pues sus esposas llegaron a contarse en veinte y hasta treinta mujeres, pero nunca tuvo un hijo.

Todavía, no hace muchos años, vivió en La Barca una viejecita de voz tembloroza y ojos chispeantes que decía haber sido esposa de Velarde. Era conocida ahí con el nombre de Chana simplemente. Platicadora y comunicativa la tal Chana, refería muchas historias personales de su relación con "El Burro de Oro". A la gente le gustaba oír la conversación de aquella señora, pero nadie se tomó el cuidado de indagar, ni tomar apunte, ni verificar que tan exacto era lo que contaba esta señora.

Hay algunas constancias más o menos vagas acerca de la riqueza de este fantaseado personaje. Se dice, por ejemplo, que sus posesiones se extendían desde la Hacienda de Oblatos, aquí en las goteras de Guadalajara, hasta la ciudad de Zamora. Suyas fueron las antiguas Haciendas de Poncitlán, de Atequiza, de Atotonilquillo, de Ocotlán, Jamay y todo eso.

Y se enumeran sus ranchos en una letanía que comienza en el primer kirieleisón y va a terminar en el último Cordero de Dios... Entre los nombres, figura el rancho de San José de las Moras, en el cual pasaba el Gral. Velarde la mayor parte del año. Le gustaba mucho este rancho. Amaba la paz de estos campos y el verde renegrido de la arboleda que lo rodeaba.

De San José de las Moras vino con el tiempo el nombre La Moreña, la finca que edificó en La Barca, y que se conserva como testimonio de aquel personaje singular.

En las Haciendas de Buenavista, El Molino y San José de las Moras, reunía aquel hombre sus inmensas cosechas. No había troje

que pudiera contener tanta abundancia y amontonaba en corralones el vasto rendimiento de sus lejanas propiedades.

Ya estaba la cosecha ahí y no había en qué ocupar a las gentes que iban a pedir trabajo; dicen que entonces ordenaba Velarde que se juntara el maíz y el frijol en un solo montón y que los peones trabajaban y ganaban el sustento separando pacientemente los granos.

Nos dice el señor con quien estamos conversando que una vez lo entrevistaron para la televisión y que él refirió todos estos datos. Que le preguntaron entonces qué tan cierto era que este hombre se hacía seguir por una escolta de 100 individuos y que él, aunque no tiene seguridad de ello, dijo que era muy probable todo esto dado su ascendiente, su grado militar, su significación política en aquellos tiempos y la amistad que tenía con el mismo Emperador.

Pero que luego le espetaron a quemarropa la aseveración de que Don Francisco P. de Velarde utilizaba aquella gente para asaltar diligencias que pasaban por La Barca rumbo a México y que de ahí provenía en gran parte su riqueza. Que él en este punto se rebeló y protestó con todas sus fuerzas; porque esto no es creíble; porque sabe que Don Francisco fue un hombre de buenas costumbres, de intachable moralidad, incapaz de esas tropelías.

Hombre bueno, bajo todos conceptos el Gral. Velarde, un día tuvo también que llegar su final. Vivió en tiempos tormentosos y su militancia en el Partido Conservador vino a ser su ruina.

Muy quitado de la pena había amanecido aquel día tomando su tazón de chocolate con panecillos de sal y manteca, como le gustaba, cuando recibió Velarde la noticia de que el Gral. Ramón Corona venía con sus tropas por Guadalajara rumbo a México y que traía su nombre en la lista de los enemigos de la causa liberal a quien había de ejecutarse; que se escondiera con prontitud.

De nada sirvieron las precauciones que se tomaron de inmediato, la rapidez con que Don Francisco trató de ponerse a seguro. En un santiamén, cuando nadie lo esperaba, los contingentes liberales se apoderaron de La Barca, apresando al Gral. Velarde.

Fueron todos los movimientos tan rápidos, que la misma sorpresa no dio lugar a salida o escapatoria. Cuando se habló de interevenir ante el Gral. Corona, o buscar influencias, de hacer tales o cuales ofreci-

mientos a cambio de la libertad de Don Francisco, ya iba éste caballero de un mal caballo, enmedio de los guardias a quienes se hizo responsables de su persona.

Don Francisco P. de Velarde iba entre aquellos soldados con el corazón hecho un nudo de angustia. Tenía por cierto que en el momento menos esperado iba a ser asesinado. Un sudor se le venía y otro se le iba de sólo imaginarse frente a los fusiles que lo ejecutarían. Se le descomponía el pulso y por más que tratara de disimularlo, un temblorcillo nervioso le estremecía la enmarañada barba que no tuvo tiempo de acicalar aquel día con la pulcritud que acostumbraba.

En aquel recodo del camino, cuando pudo quedar más cerca del oficial que mandaba el pelotón, se apalabró con él para decirle con voz baja pero clara y segura que no era justo lo que iba a hacer, que le dejara la vida como un bien humano del que ni él ni nadie podía disponer. A cambio de la generosidad que esperaba, le ofrecía en barras de oro el equivalente del peso suyo y el de su caballo.

Quién sabe cómo haya sido esto. Hay gentes que dicen que el oficial de referencia llevaba en la bolsa el indulto de Velarde, mismo que debía negociar por la mayor cantidad de oro. Esto haya sido o no; haya parecido corto el ofrecimiento que hacía el reo o a la buena hora haya habido alguna circunstancia inesperada, lo cierto es que el Gral. Conservador D. Francisco P. de Velarde fue ejecutado en un jardín de Zamora que llevaba o lleva el fatídico nombre de "El Teco".

:—:—:

El Gral. Velarde no tuvo hijos que heredaran sus inmensas propiedades. Toda su parentela se reducía a una hermana y un sobrino, pero nadie sabe si éstos pudieron poseer después los bienes de aquella fortuna. Nadie sabe a ciencia cierta cómo se desbarató este capital ni porqué caminos vino a quedar en posesión de diferentes dueños.

La hermosa finca de sabor colonial, conocida todavía con el nombre de La Moreña, que se encuentra en La Barca, perteneció hace algunos años a la señora Emilita Acuña, Vda. de Arce, originaria de La Barca.

Los barquenses pensaron desde hace muchos años, que aquella finca era un bien que correspondía al Municipio, que podía y debía cuidar las valiosas pinturas atribuidas a Jacobo Gálvez, el autor de la cú-

pula del Teatro Degollado y que en afán de cultura y refinamiento artístico, hizo pintar Velarde en los cuatro corredores del patio central.

Una serie de trámites por parte de las autoridades municipales y de los vecinos de La Barca, y el interés puesto por los gobernadores de Jalisco, Lics. Yáñez y Medina Ascencio, hicieron posible la adquisición de La Moreña rescatándola de su abandono y de los más diversos y denigrantes oficios, como el de cantina.

Se hizo la limpieza posible, se escombraron los patios interiores, se dio luz y ventilación a los corredores donde están los famosos murales, y se acreditó esta finca como Museo de Antropología e Historia.

En realidad se trata de una construcción suntuosa, cuyos salones, estancias, recámaras interiores, dejan ver en su decoración, en sus techos, la riqueza y buen gusto con que fue dispuesto todo.

Pero, en realidad también, es poco lo que puede mostrar al visitante fuera de la finca misma y de sus célebres pinturas. A veces hay aquí exposiciones de famosos óleos proporcionados por el INBA, algunas piezas de arqueología en uno de sus salones; otro de estos salones llega a ocuparse a veces en la presentanción de conferencias culturales.

Lo demás son galerones vacíos, recámaras oscuras, patios escondidos en la penumbra de aquellos elevados muros; y todo desmoronándose, los techos a punto de desplomarse y de convertir aquello un montón de escombro.

Y por cierto que vale la pena conservar esta finca por muchos títulos interesantes entre las manifestaciones de arquitectura colonial jalisciense. Las pinturas de sus corredores merecen ser restauradas.

En cuanto a la paternidad de estos murales ha de decirse que no tienen firma alguna, que no hay prueba segura de que hayan sido pintados por Jacobo Gálvez aunque así se ha dicho siempre.

Son cuadros de un costumbrismo encantador. Muchachas de caras risueñas, sonrosadas y mofletudas, en escenas familiares. Damas encopetadas de vestimentas al estilo de la época, pordioseros, campesinos vendedores y todo aquel mundo que configura aquí una época, un estilo, un sabor, un testimonio de lo que fue México y fueron nuestros pueblos en el siglo pasado.

Al paso del tiempo y de las vicisitudes históricas La Barca no ha perdido su importancia ni el señorío que ostenta sobre los pueblos de toda esta región. Su señorío y relevancia nada tiene que ver con los bienes económicos, sino más bien con una alcurnia espiritual hecha de un afán de cultura y de una preocupación por los valores más nobles del hombre.

El trazo de la ciudad en el tiempo, los primeros apuntes de su historia, las hermosas leyendas que componen su pasado; todo eso y el perfil de sus edificios principales, la figura gallarda de su templo parroquial, el relicario bellísimo que hizo del Santuario el P. Manuel Prado, un sacerdote que lleva más de 25 años entregado a impulsar la cultura y los bienes del espíritu en La Barca... Eso todo, da al visitante, desde el primer encuentro, una pista para descubrir el genio y la nobleza de la ciudad.

Las escuelas, los eventos culturales, el número de profesionistas esclarecidos originarios del lugar, como éstos muchos datos más pueden darse acerca del nivel alcanzado por La Barca en los campos del pensamiento.

No es este un municipio rico; por lo menos eso dicen los moradores de aquí que contemplan a distancia de unos kilómetros el desarrollo de empresas y factorías de importancia, los planes por muchos millones de pesos que se tienen para el que será famoso "corredor industrial de Jalisco".

Y sin embargo, hay fuentes económicas de mucha consideración que dan a La Barca una seguridad y un buen puesto entre los municipios con mayores recursos.

La leche, en sus diversas y conocidas aplicaciones, ha dado renombre al nombre de La Barca. Dulces y natillas de leche, pero sobre todo quesos y panelas de este lugar, han alcanzado un gran prestigio en los contornos de Jalisco y fuera de ellos.

Y luego su agricultura prodigiosa en especies y variedades de maíz que han llegado a ensayarse aquí con el mejor éxito, aprovechando desde luego la bondad del clima, la fertilidad del terreno y la bendición incomparable del Río Lerma que favorece aquí todos los cultivos.

Pasa el Lerma y va dejando a su paso extensiones de exuberante verdor, plantíos inmensos de alfalfa, de cebada, de milo, de hortalizas

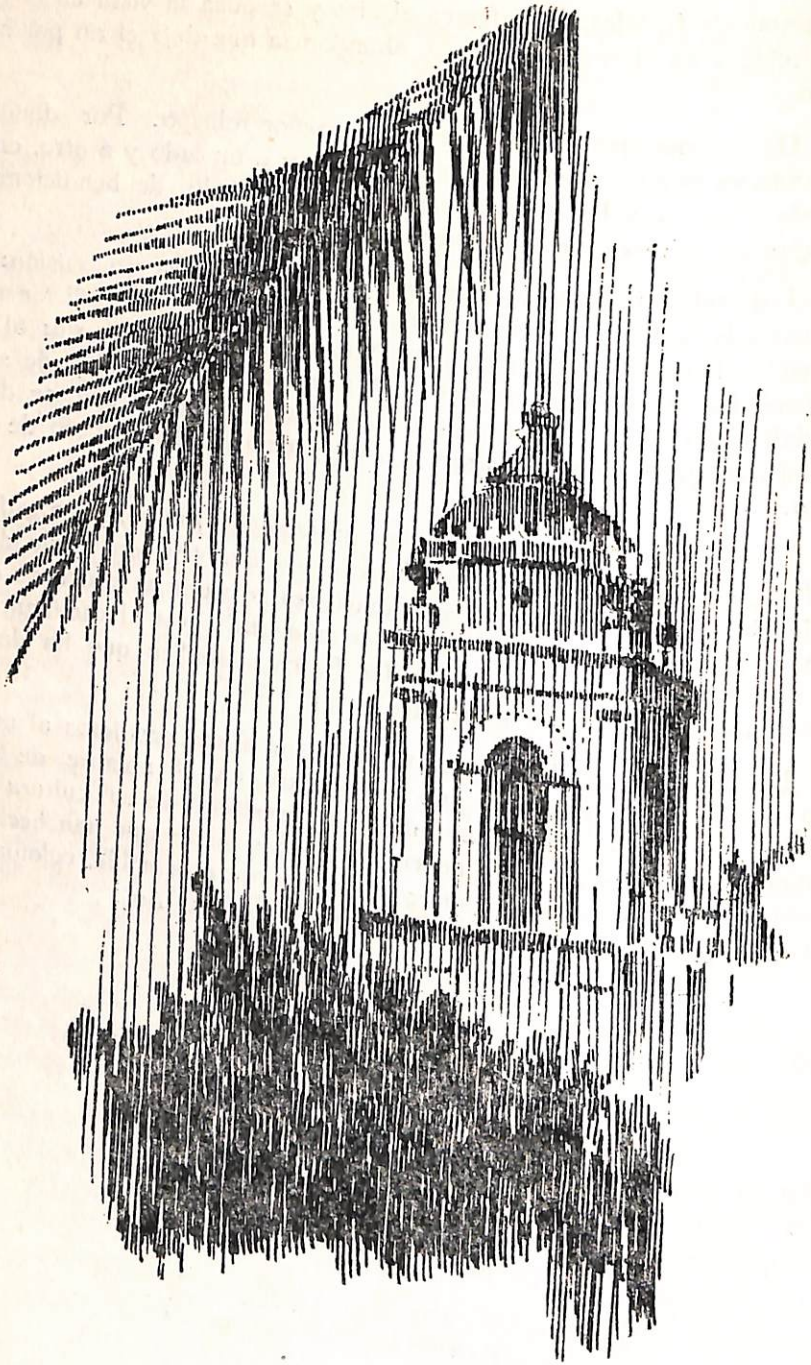
y huertas de frutales. Se refresca el aire y se goza la vista en el ribazo verdecido y en el canto de vida y abundancia que deja el río por su camino.

Un río pensamos que es como un señor obispo. Por donde va pasando va siempre derramando bendiciones; a un lado y a otro, en este recodo y en aquella llanada, siempre un cúmulo de bendiciones, y siempre un florecer de abundancia.

Los señores obispos cumplen de esta manera su misión: pasar entre la multitud que se arrodilla a su paso dejando bendiciones. No tienen hechas las manos sino para bendecir. También un río: al paso de poblados y villoréos, no puede menos que dejar el canto de su fecundidad y el florecido renacer de árboles y arbustos que se doblan también, como si se arrodillaran, porque ya no pueden el peso de tanto fruto.

La situación de La Barca en un extremo de Jalisco, puente de por medio con una población de Michoacán, da también otro título de importancia y tanta, que en sus inmediaciones se sitúa un cruce de carreteras que son como una estrella, la estrella que avisa al caminante que ha llegado a Jalisco a través de La Barca simbólica que ha dado el buen paso al que viene a nuestro solar.

No la barca mitológica que va a vaciar a sus pasajeros al averno, sino La Barca bendita, la que se ampara en el nombre de Santa Mónica, que viene a darle a Jalisco el prestigio de su cultura y el ejemplo de una dedicación y un esfuerzo a las tareas que han hecho tan grande como el nombre de Jalisco el nombre de esta noble, colonial ciudad que florece como un lirio en las márgenes del río.



EL GRULLO

Para llegar a El Grullo, es necesario enredarse en las mil vueltas que da la carretera antes de enfilar a la población misma. Como culebra de aguas, prieta y resbalosa, así se anuda el camino asfáltico, se retuerce, se dobla, se balancea sobre el abismo, se lanza contra los peñascos que quieren cortarle el paso...

Pocos kilómetros adelante de Unión de Tula empieza el camino sinuoso que se cuelga sobre el despeñadero de este imponente nudo montañoso, en un número incontable de peligrosas curvas. La carretera sigue a Autlán y se revuelve más allá en la agitación de este cerco de montañas que habían cerrado el acceso a nuestras costas.

En un punto dado, el corte de caminos y ya en mansedumbre de horizontes la carretera que lleva a El Grullo.

El aire se nubla en el vaho caliente de las tierras junto al mar. La vegetación tiene el grito verde y enmadejado del trópico. Las palmeras abanican el cielo, una extensión interminable de sembradíos en plenitud hace sentir la feracidad prodigiosa de esta región.

Pero el pueblo, el pueblo mismo carece de una fisonomía configurada. Va uno por las primeras calles y no sabe si llegó al centro de la población o llegó acaso a la otra orilla.

—Oiga, señor: ¿por esta calle llegamos a la plaza?

—Por ahí va bien. Camine adelante y allí donde da vuelta la calle, a su derecha, y luego a su izquierda hasta llegar.

—Qué raro está esto. ¿No le parece que el pueblo está "desacomodado"?

—Sí, así es esto; si buscaba un pueblo derecho, con calles bien cortadas, vaya a Unión de Tula. Con nosotros no...

Aquel hombre se sintió ofendido. Habíamos pensado en una observación que nos alcanzara gracia y desde allí entablar el diálogo, pe-

ro nuestro amigo no estaba para bromas; habíamos tocado la fibra entrañable del amor a su pueblo. ¿Por qué había de venir un forastero a ponerle defectos a El Grullo?

Con los datos que recogimos después, en la charla más cauta que cruzamos con otras personas, tuvimos la explicación de lo que a primer encuentro nos había desconcertado en este pueblo.

Primero una hacienda. La pequeña plaza, la iglesia. Luego, a medida que fué ensanchándose la importancia agrícola, el crecimiento de aquel primer núcleo de casas. Con relieves fantásticos se ponderaba la fecundidad de la tierra: con una mano se tiraba el grano y con la otra se podía recoger ya el fruto. A este són, fueron abriéndose nuevas tierras al cultivo y fué llegando gente de todos los rumbos del Estado y aún de fuera de él.

Cada nueva familia que asomaba por estas tierras encontraba aquí trabajo y un modo de vivir más o menos desahogado. Así nuevas casas levantadas una junto a la otra, sin plan ni trazo anticipado. Aquí cortamos una calle. Este solar se presta a las maravillas para otra casa. En seguida se están construyendo otras más... En esta forma, al término de unos cuantos años creció la población, vino la erección del Municipio de El Grullo y siguió extendiéndose el pueblo sin aviso ni forma lógica de ninguna especie.

A estas fechas. 12,000 habitantes en el pueblo,... 15,000 en la jurisdicción y sobre todo, el envidiable potencial económico de El Grullo, colocan a este municipio entre los más importantes de Jalisco.

:—:—:

Entre todas las particularidades que señalan a El Grullo, resalta la de su carácter como un pueblo hacia el futuro, un pueblo que lleva el sol de frente, un pueblo que encierra en sí optimistas realidades.

La mayoría de las poblaciones suelen vivir de recuerdos. Busca uno la conversación de los vecinos, pide datos acerca de la vida de aquel pueblo, y se encuentra siempre con una nostálgica actitud hecha de remembranzas. Casi todos nuestros pueblos llevan la vista hacia el pasado, casi todos se ponen a hacer relación de viejas grandezas, de significados triunfos en éste o en aquél aspecto. Hoy se sienten sombra de lo que fueron y nada más.

El Grullo nada tiene que recordar. Su vida alcanza a poco más de 50 años. Los viejos de hoy vieron el nacimiento del municipio. El pasado lo tienen todavía fresco en la memoria. Y cómo va creciendo el pueblo tan notablemente, cómo cada día conquista nuevas cifras en su desarrollo económico, El Grullo vive del entusiasmo, de la esperanza, de la vitalidad magnífica que le da su agricultura.

En 1913 se hizo la erección de este municipio. Las dimensiones geográficas de él son pequeñísimas. Desmembrado del Municipio de Autlán, tiene apenas cuatro rancherías de alguna importancia: Las Pilas, Puerta del Barro, Palo Blanco y Hacienda Nueva.

Pero la fecundidad de sus tierras, el clima, las condiciones naturales en general, lo pintan entre los pueblos de agricultura más próspera.

—Oiga usted, de que esto es bueno para la agricultura, es bueno; ni para qué dudarlo. Aquí de una pura yunta alcanzan a sacarse hasta 250 hectólitros de maíz. Entre nosotros una yunta se mide por 200 pasos en un sentido y en otro... Y lo ordinario es que de cada surco salga un hectólitro; si son 200 surcos, ya tiene usted que cuando menos... O a ver, métale lápiz para que saque la cuenta...

Habíamos interrumpido la plática de dos señores en la plaza, una plaza espaciosa y de pretensiones ornamentales calcadas en la Plaza de Armas de Guadalajara. Los señores nos midieron de arriba a abajo. Les extrañaron nuestra presencia y nuestras curiosidades. Eso al principio, porque después se dieron vuelo contándonos maravillas acerca de la fecundidad y riqueza agrícola de la población.

—Como le estaba diciendo, oiga usted... Uno va por allá a los rumbos de la capital y hasta lástima le da echarse un elotito de alguna siembra que ve a la pasada. Porque así es, oiga usted, unos elotitos de éste tamaño; y verá usted las milpas de acá: las mazorcas así de grandes y hasta de a dos y tres en cada milpa.

Uno de estos hombres es más reservado y cauto, en tanto que el otro, medio güero él y de sonrisa fácil y palabrerío abundante, no se cansa de contar y repetir los datos que refilan la grandeza económica de El Grullo.

Hemos procurado una información más sólida y hemos venido a dar a presencia de un señor que, a su sencillez y benevolencia, añade un conocimiento muy completo de las condiciones económicas, posibili-

dades y fallas que presenta El Grullo en su horizonte. Este señor se llama Daniel Arreola.

:—:—:

La feracidad de la tierra, el clima, la regulación de sus períodos de lluvia, las grandes extensiones cultivables, todo esto convierte al Municipio, en un emporio de riqueza agrícola.

Sin embargo, lo que ya se tenía naturalmente vino a afirmarse mejor, primero con la Presa de Tacotán y luego con el uso casi generalizado de los fertilizantes.

Acerca de la Presa de Tacotán, nos dice nuestro informante que es de una capacidad impresionable, pues su almacenamiento se calcula en 140 millones de metros cúbicos de agua. Se alimenta con los gruesos caudales del Río de Ayuquilla o Río de Ayutla.

Nadie sabe para quién trabaja. Otros municipios de la región han contribuido en todo para la construcción y funcionamiento de esta Presa y es sólo El Grullo, casi en exclusiva, quien se aprovecha de sus beneficios.

De este modo las fértiles llanadas, que remedan todas las excelencias de las tierras de la costa, pueden rendir aquí hasta tres cosechas al año. Uno tras de otro, sucesivos cultivos van entregando al hombre el fruto de estas tierras. Ya no hay limitaciones de temporal. Los canales de la Presa, tendidos desde 1966, llevan el fresco rumor del agua a toda la planada de El Grullo.

Claro está que las tierras se cansan de producir. Por muy alto que sea su índice de fertilidad llega el momento en que se agota la capacidad productora de un terreno.

Nuestro informante habla de los viejos tiempos de El Grullo. Dice que hace años no había problema: un solar cualquiera era sometido a aquel viejo sistema por el cual dos años se le cultivaba y otros dos se destinaba a agostadero. Así se rehacía la tierra, el hierbajal, los deshechos animales, el mismo descanso, le daba fuerzas renovadas para el siguiente período de siembra.

Pero creció la población. Como un hormiguero humano, llegaron gentes de todos los rumbos y se impuso la necesidad de cultivar la tierra en forma ininterrumpida. Ya no hubo tiempo de que la tierra se

fertilizara sola. Se vino la necesidad de exigirle mayor producción. Así entró a El Grullo el empleo de fertilizantes.

Aquí apunta el señor con quien estamos platicando al sol de este domingo, más acá del murmullo, como de un colmenar de centenares de campesinos que van y vienen por las calles, que llenan la plaza, que merodean por los portales convertidos en mercado... aquí apunta este buen amigo —lo repetimos— dos errores mayúsculos que a la postre pueden dar al traste con la fantaseada riqueza agrícola de El Grullo.

El primer error consiste en la falta de técnica para el empleo del fertilizante. Nadie se preocupa por un análisis previo de sus terrenos. Nadie se pone a preguntar sobre los diferentes tipos de fertilizantes y cuál es el que conviene precisamente a su tierra. Con ello, no hacen otra cosa que dar latigazos a tontas y a ciegas a la capacidad productora del suelo. Al momento podrán obtener un rendimiento más o menos halagador, pero después tendrá que venir la esterilidad más espantosa de estas tierras.

Dice este señor que ya el gobierno ha comenzado a preocuparse por esta ligereza y sus consecuencias fatales en la economía nacional, y que se ha empezado a capacitar a algunas personas dentro de cada ejido. Se trata de una capacitación técnica sobre el empleo de fertilizantes y el cultivo bien planeado de las tierras en general. Un agrónomo responsable en cada ejido, con un conocimiento científico de las modalidades que convienen a cada tipo de terreno y a cada cultivo en particular, podrá llevar nuestra agricultura al éxito.

Otro de los errores funestos de nuestra agricultura que este amigo nuestro ha podido constatar entre los campesinos de El Grullo, es el de su aferrada inclinación a un solo tipo de cultivo.

Dice que él conoce tierras donde por más de 30 años no se ha sembrado otra cosa que maíz. En lo general nuestros agricultores no quieren saber de otra cosa. Año tras año, cubren sus tierras con maíz, frijol y unas matas de calabaza; así el vicio ancestral que tarde o temprano llevará nuestra agricultura a la ruina.

Nadie acepta, nadie piensa, nadie admite un sistema rotativo de cultivos. Si sabemos que hay plantas de raíz profunda, otras de raíz superficial; si está demostrada la necesidad de algunos componentes químicos de la tierra; que algunos cultivos requieren más que otros, parecería cosa lógica el estar variando de una manera inteligente esta y

aquella planta... Eso pensamos nosotros, eso establece en forma elemental una planeación agrícola, pero nuestros hombres de campo no quieren ni saben de otra cosa, que no sea maíz, frijol y calabaza.

Por esta razón observa nuestro informante, la agricultura de México no ha podido alcanzar el rendimiento que podría esperarse. Y da el dato: en Estados Unidos, un 11% de la población se dedica a los trabajos del campo y mantienen henchidos los graneros norteamericanos, satisfacen sus necesidades de consumo y tienen altos excedentes para exportación. En México, por el contrario, los campesinos se estiman en un 52 y hasta un 57% de la población, y no alcanzamos todavía, en algunos renglones, a satisfacer las demandas de nuestra propia casa.

Con todo lo que pueda decirse acerca de los errores que existen en la explotación de nuestras tierras, no cabe una visión pesimista y menos cuando, como acontece en El Grullo, la vista puede perderse en sembradíos interminables, de pujante esplendor.

No cabe una visión pesimista cuando sabemos que los depósitos de Almacenes Nacionales instalados en El Grullo, alcanzan a mantener sus bodegas con elevadas existencias de maíz de un año a otro.

Por si lo dicho fuera poco, cabe la esperanza, además, del esfuerzo educacional que están haciendo las autoridades de México. Las escuelas se desparraman ya por todos los rincones de nuestra geografía, y en poblaciones como El Grullo, puede hablarse de dos secundarias y unas ocho primarias entre las de incumbencia federal y estatal.

Estamos en un cruce decisivo para el porvenir de México. Pero el trabajo, la dedicación, el esfuerzo de todos los mexicanos, en la solución de nuestros problemas, podrá darnos la firmeza para alcanzar el éxito que todos anhelamos. En El Grullo pudimos palpar un ejemplo manifiesto de la prosperidad que puede lograrse con el trabajo del hombre.

Hace algunos años, apenas se conocía el nombre de esta población. En poco más de diez lustros ha podido colocarse entre las más prósperas de Jalisco y ciertamente un centro de abastecimiento de productos agrícolas, no sólo para esta región, sino para todo el Estado.

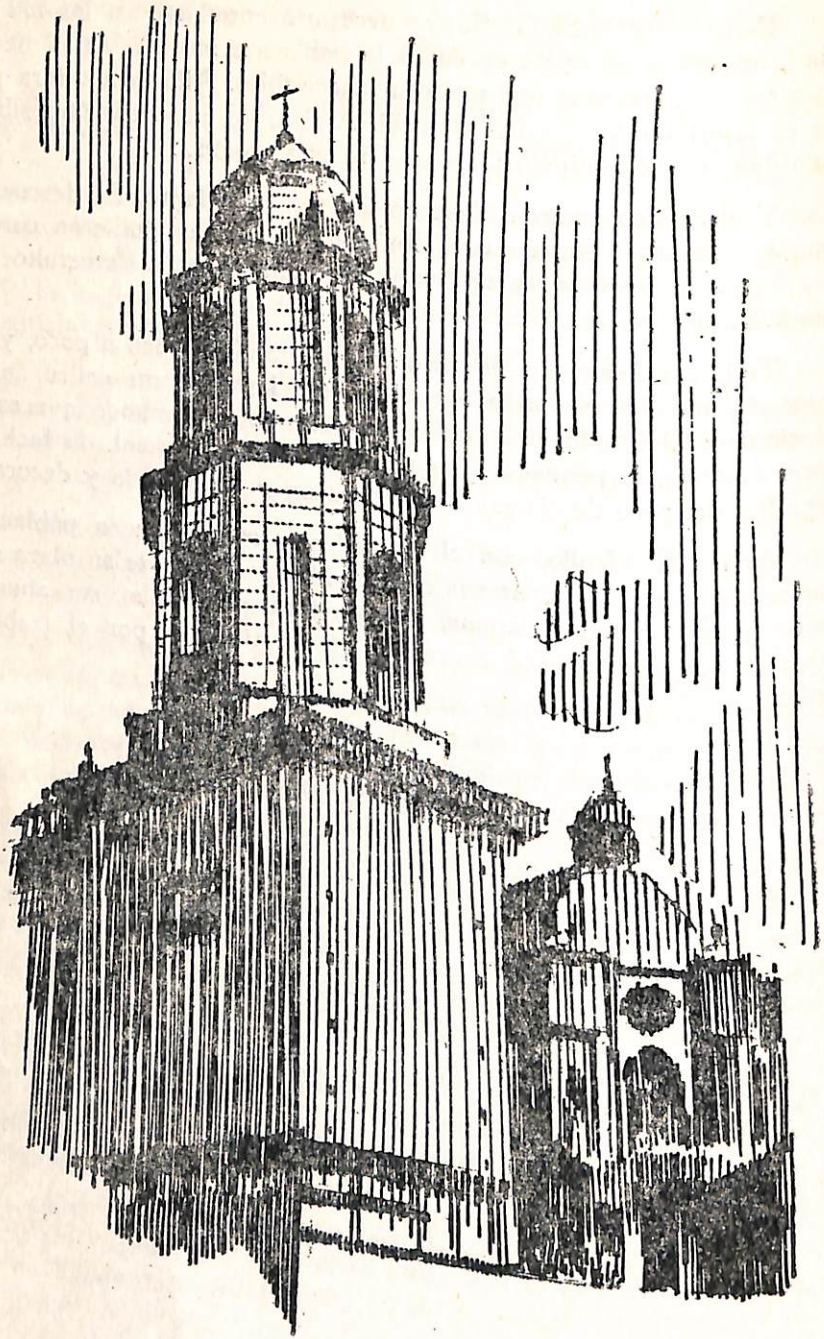
Sus relieves en la economía hizo necesaria la carretera que ahora comunica a El Grullo. Una carretera de las más difíciles y pintorescas que se han construido en Jalisco.

Para llegar a El Grullo, es necesario enredarse en las mil vueltas de la carretera antes de enfilar a la población misma. Va bordeando el camino por barrancas que parecen inaccesibles. Allá la hondura peligrosa en lujuriante vegetación tropical. Arriba, los peñascos imposibles que guardan con celo adusto la puerta de esta región....

Y el camino retorciéndose en vueltas de milagro. Se descuelga por una hondonada y topa contra los cantiles que no pudieron cortarle el paso, porque luego burla aquí y aparece allá el listón de asfalto de esta maravillosa carretera.

Todo así, hasta que el suelo va aquietándose poco a poco, y al término de una llanada va a encontrar uno las primeras calles de la población de El Grullo; unas calles en precipitado acomodo que esconden a un extremo, la pequeña iglesia de apariencia informal, de fachada insignificante, pero de elementos valiosos en su imaginería y decorado.

Así es El Grullo, con el movimiento intenso de su población, de sus camiones de carga, de sus tiendas bien surtidas, de su plaza que remeda nuestra plaza de armas, y su poderío económico, sus abundantes cosechas, su prosperidad arrancada de la tierra y por el trabajo del hombre.



TEOCALTICHE

Esta es una ciudad de 19,000 habitantes, de edificios bien construidos, de intenso tráfico comercial en la región, de industrias muy nobles y muy reconocidas dentro y fuera del país. A pesar de todo esto, Teocaltiche da la impresión de estar desmoronándose, parece que un aire ruinoso está carcomiendo su importancia, que un olvido injusto la ha dejado en rezago de siglos.

Contra todo ello lucha Teocaltiche, contra el tiempo, contra las inclemencias naturales de una zona más bien árida, contra la distancia e incomunicación, contra el olvido en que la han arrumbado las autoridades de Jalisco.

Lo que a primera vista desconsuela, lo que duelen las desolladuras y grietas en edificios de indiscutible nobleza arquitectónica, el trazo irregular de sus calles, el amontonamiento de vendimias en plena vía pública.... todo eso que a primera vista desagrada y hace pensar en el derrumbamiento de esta población, viene a modificarse luego; porque puede uno comprobar que debajo de aquello está removiéndose el decidido afán de los teocaltichenses por sostener, contener y retener a pulso, su título de tradicional importancia en la región.

Nos dijeron: aquí cada casa es un taller. Aquí no hay miseria. Todos trabajamos aquí. Diversas industrias han enaltecido el nombre de nuestro pueblo y son una fuente de ingresos en todos los hogares.

Esta laboriosidad de los teocaltichenses no es de ahora; ya es virtud acendrada en el pueblo. Los datos que pudimos recoger acerca de la antigüedad de las artesanías que se desarrollan en este lugar, hablan de este espíritu de trabajo, hecho herencia, tejido en la sangre, constituído en noble tradición.

Que desde tiempo inmemorial se trabajó aquí la cuchara, el trompo, la escobeta, el sombrero de palma de trenza de malilla, la churumbela...

Pero luego, viene un dato concreto, una fecha y un nombre que

marca el principio de la industria del torno, uno de los timbres de orgullo y de renombre para Teocaltiche, en Jalisco y en todo el país. La información se debe al Dr. Pedro Sánchez Flores, en su libro "Cuarto Centenario de Teocaltiche" que ofrece una interesante relación histórica de las grandezas de este pueblo.

Así tenemos el nombre de Eugenia Engracia que vivió en el número 71 de la calle Juan A. García. Esta mujer es merecedora de un homenaje y de un reconocimiento como creadora de la industria más importante de Teocaltiche; pues fue ella, en 1895, quien "comenzó a trabajar el juguete de vara amarilla, la admiración de las gentes por su talla pequeña y su acabado perfecto".

Asienta el Dr. Sánchez Flores en su libro, que a esta mujer.... "manos le faltaban para terminar los pedidos que le hacían de diferentes lugares del país".

"Ella es la precursora de la industria del torno en Teocaltiche, pues en la forma en que ahora se trabaja la madera, haciendo cafeteras, juegos de te, floreros, jarrones de tipo japonés y de tipo egipcio, fruteras, ensaladoras, azucareras, macetones, tibores, juegos de escritorio, de tocador, cigarreras automáticas, maracas, claves para instrumentos musicales, huirus, etc., haciendo milagros de arte con su pequeña herramienta de bigornias, releses, gurbias, unetas, degolladoras, cabeceadoras, leznas, etc., en esta forma es ella la precursora de esta industria".

Sucedieron a doña Eugenia, como depositarios de esta herencia artística, Bartolo Hernández, Carlos Hernández, Rodrigo Ortega, Prisciliano García, Maximino García.... aunque todos ellos en la forma rudimentaria del principio, sirviéndose del instrumento primitivo que fue el "Biolín", en banquillo individual, con una cuerda y un taladro. Después vino la segunda innovación traída del Rancho de El Rosario, que consistió en el banco de rueda, con una banda de tres, cuatro y más metros de largo.

Y no fue sino hasta 1932 cuando esta industria nacida, sostenida por los teocaltichenses sin ayuda, estímulo o reconocimiento de quien ha tenido obligación de alentar estos trabajos, no fue hasta 1932, decimos, cuando el Sr. D. Miguelito de Alba mecanizó la industria del torno, instalando en la casa del Sr. D. Pablo A. Ramírez, Venustiano Carranza No. 1, el primer motor de caldera y leña para hacer funcionar mejor las manos del obrero que perfecciona el acabado de la obra.

Es digno de mención en esta lista de hombres que han impulsado el progreso de Teocaltiche, el del Sr. D. Severo Flores, iniciador de la industria del zarape que es aquí anterior y ha llegado a niveles de perfeccionamiento no alcanzado por ninguna otra de las poblaciones que quieren ser creadoras de esta artesanía.

Los zarapes de Teocaltiche muestran un preciosismo de verdad maravilloso, en floreados, paisajes, retratos de imágenes o de personas. A la fecha, el telar de D. Apolinar, en Juárez No. 3, es el representante de esta industria que en términos generales conserva sus sistemas primitivos, con sus aviaduras, sus peines, sus canillas, sus lanzaderas, sus malacates.

En la industria del sombrero de palma, primero cocido a mano y desde 1906 a máquina, Teocaltiche ha sido desde la más remota época y sigue siendo, surtidor en todo el país. Sombreros de perfecto acabado y de todas clases salen para Sahuayo, Guerrero, Chihuahua, Durango, etc.

No queremos terminar el capítulo sin mencionar siquiera, en enumeración simple, los nombres de algunos artesanos que en este tiempo se han significado en otras más de las industrias que se tienen establecidas en Teocaltiche. Así, en la industria del hueso, los nombres de Pedro Coronado y Juan Delgadillo; en la del sombrero, Andrés Santos y J. Jesús López; en la zarapera, J. Guadalupe Serna y José Jiménez; en la del torno, Andrés de Anda.

Habría que destacar por último las cualidades artísticas de la mujer teocaltichense que ha sabido realizar en bordados y filigranas, verdaderas obras de exquisita gracia y sensibilidad.

:: :: ::

No podríamos apurar en estas cuartillas todos los acontecimientos importantes de la historia de Teocaltiche que convienen siempre a ese gesto de laboriosidad y dinamismo con que esta población se ha levantado, por sus propias fuerzas, a un sitial de grandeza.

Queremos esbozar una imagen apenas. Queremos apuntar los rasgos de ese carácter enérgico y decidido de los teocaltichenses. Queremos delinear el perfil de un provincianismo de lo más entrañable, de lo más hondo, de lo más amoroso, que pudimos presentir en Teocaltiche.

A ello van dirigidas las siguientes anécdotas que en su ingenuidad, en su espontánea frescura, tienen el significado de un color, la importancia de un matiz, indispensable en la configuración de esta fisonomía.

La primera anécdota tiene relación con el culto centenario que profesa Teocaltiche a su Patrona, la Virgen de la Soledad.

Bien quisiéramos ponernos a bordar consideraciones sobre lo que viene a ser para Teocaltiche la devoción a la Virgen Dolorosa y a la Imagen de Jesús Nazareno. La historia de este pueblo está entretejida en el sentimiento piadoso de la Pasión de Cristo. La historia de Teocaltiche ha venido por la Vía Dolorosa, en seguimiento de un Jesús Nazareno que se agobia en el peso de la cruz y de una Madre angustiada cuyo pecho es traspasado de dolor. Teocaltiche sabe que tras la muerte está la vida; más allá de la cruz el triunfo. Después del Viernes de Dolores viene el Domingo de Resurrección.

Así, en este acendrado amor a Jesús Nazareno y a la Virgen de la Soledad, celebraron los teocaltichenses en 1948 el cincuenta aniversario de la traslación de la venerada Imagen al grandioso templo parroquial, recién reconstruído y esta vez decorado en un lujo y una belleza que pocas iglesias pueden ostentar.

Una procesión por la calle ancha, adornada de lazos de papel de china, arcos triunfales. Y el fervor del pueblo y las lágrimas y las oraciones a voz en grito, y los cantos, y la música, y los cohetes y repiques de campanas.

Unas señoritas nos están contando con detenimiento de detalles la fastuosidad de aquellos cultos en honor de la Virgen de la Soledad. Dicen que ellas nunca habían presenciado un acto tan solemne.... Lo recuerdan, y su voz toma calidades de una emoción que se renueva a la luz de aquellos festejos.

Al referirnos al incidente registrado en el transcurso de esta procesión, nos aclaran las señoritas que a los vecinos de Teocaltiche, se les ha dado el mote de "los chapulineros". Ellas no saben de dónde vendría este apodo. Quién sabe si porque en alguna ocasión resultó allí la plaga de los chapulines con mucha ferocidad. No conocen el origen de esto, lo único que tienen que aclararnos es que a los vecinos de Teocaltiche les dicen "los chapulineros".

Ahora sí volvemos a la procesión de la Virgen de la Soledad. La Imagen va avanzando lentamente sobre aquel oleaje humano que se re-

mueve y sacude en estremecimientos de amor, a presencia de su soberana Patrona.

En un momento dado y en medio de aquel tumulto ensordecedor que aclama y grita sus pesares a la Virgen Dolorosa, en medio de las ofrendas de confeti y de flores lanzadas a la Virgen, salta un chapulín de este tamaño y va a prenderse en el pecho de la Imagen. Las gentes se quedan mudas de sorpresa. Hay un instante de indecisión. ¿Cómo pudo aquel animal venir a posarse en la Imagen? ¿Y por qué tuvo que ser precisamente un chapulín?

Esperan un momento. El animal sin duda va a ahuyentarse. El ensordecedor tumulto, el estallar de la pólvora, el caer de flores y confeti sobre la Imagen, lo van a espantar seguramente. Pero no. Dicen las señoritas que el chapulín se prendió del rico ropaje de la Virgen y así siguió por todo el trayecto de la procesión.

Las señoritas sienten y así nos lo manifiestan, que aquello tuvo el valor de un mensaje divino. Que la Virgen de la Soledad quiso mostrar de esa manera que lleva a los teocaltichenses en su corazón. Así lo quiso demostrar haciendo que un chapulín —el apodo de los vecinos— volara hasta la Imagen y se prendiera fuertemente de Ella, como los teocaltichenses mismos, en su historia, se han prendido fuertemente del amor mariano.

En respuesta de aquel simbólico suceso que al igual que las señoritas, pudieron presenciar millares de personas, se ha colocado ahora un rico chapulín de puro oro y resplandeciente de piedras preciosas, en el pecho de la Virgen de la Soledad.

Y encontramos otra anécdota de diferente naturaleza, pero con la misma entonación de entrañado provincialismo, con el impulso progresista que ha signado en la historia, el nombre de Teocaltiche.

Se trata de esto, del estupor que llenó el ánimo de los teocaltichenses el día que un estrépito inesperado empezó a resonar quién sabe de qué rumbo, en las calles dormidas de la población, allá en los principios de este siglo. Sí, un ruido muy extraño, y luego aquella porvareda que empezó a señalarse en la distancia. ¡Y avanzaba! ¿Qué sería aquello?

Pero el asombro llegó al culmen, la admiración del vecindario vino a los extremos del delirio, cuando al acercarse "aquello", pudieron darse cuenta de que se trataba de un carretón, pero un carretón que caminaba por sí mismo, sin necesidad de mulas.

Así refiere el Dr. Sánchez Flores este acontecimiento que registra la historia de Teocaltiche, puntualizando que fue precisamente un señor a quien llamaban Gonzalito Jiménez quien introdujo a la población la primera "araña", un carro de dos cilindros y de cadena que causó la admiración y el temor de muchas gentes que nunca habían visto hasta entonces "un carretón sin mulas". Señala también que el Sr. D. José G. Larios introdujo en 1917 el primer camión de carga.

Y un último suceso, también de asombro, también de espanto que, como el anterior, estremeció la vida quieta de Teocaltiche.

Esto sucedió el día 20 de enero de 1913. Un día que amaneció con el esplendor transparente de los días invernales. Y a media mañana, un vaho extraño en el aire. Una neblina empezaba a borrar las lejanías y a cada momento iba haciéndose más densa, más densa.

Se miraban los vecinos unos a otros con expresión de inquietud. Qué extrañas se perfilaban las sombras en los rostros. Qué siniestras las manchas que empezaban a oscurecer más y más los contornos de la parroquia, de las casas.

Aquello era el fin del mundo. No cabía ya más duda. Se trajo el texto evangélico y se leyeron las palabras proféticas: El cielo se oscurecerá, el sol no dará más luz. Allí estaba el caso. El mundo llegaba a su término.

Y empezaron a sacudirse los corazones en el temblor de la última hora. Empezaron a invitarse a penitencia unos a otros y a la contrita confesión de sus pecados. Las campanas empezaron a plañer con lúgubres acentos. El toque aterrador de las campanas iba buscando entre las sombras de aquella oscuridad, los corazones, y los iba estremeciendo en el aviso irremediable del último día.

Que sacaran a la Virgen de la Soledad, que se organizara en aquel mismo momento una procesión por las calles del pueblo. La sacaron enmedio de la angustia, de los llantos, de las aclamaciones de misericordia que hacían los teocaltichenses en grito desgarrador. Y qué brillo tan raro el de las candelas y los cirios. Cómo temblaban las luces en la oscuridad. Qué fulgor tan extraño el de las lágrimas aluzadas de aquella manera.

El Padre don Teofilito llevaba la Imagen, conmovido él mismo en la certeza del fin del mundo que ya estaban presenciando, llamaba a

los fieles al arrepentimiento de sus pecados. Las palabras del sacerdote tenían una insinuación dolorida: "Hínquense, hijitos, les voy a dar una absolución general".

Así transcurrió, en noche, la parte de aquel día, y así vino la noche; sin que se advirtieran ninguna de las señales que, según el aviso evangélico, tendrían que aparecer en el cielo.

El día siguiente amaneció con débil y apagada luz una esperanza de salvación. Vino el nuevo día y Teocaltiche, sus calles, su plaza, todo el pueblo, apareció envuelto en un fino polvo negro. El Volcán de Colima había hecho erupción. A eso se debió todo.

Días después se conoció y empezó a cantarse un corrido popular que decía:

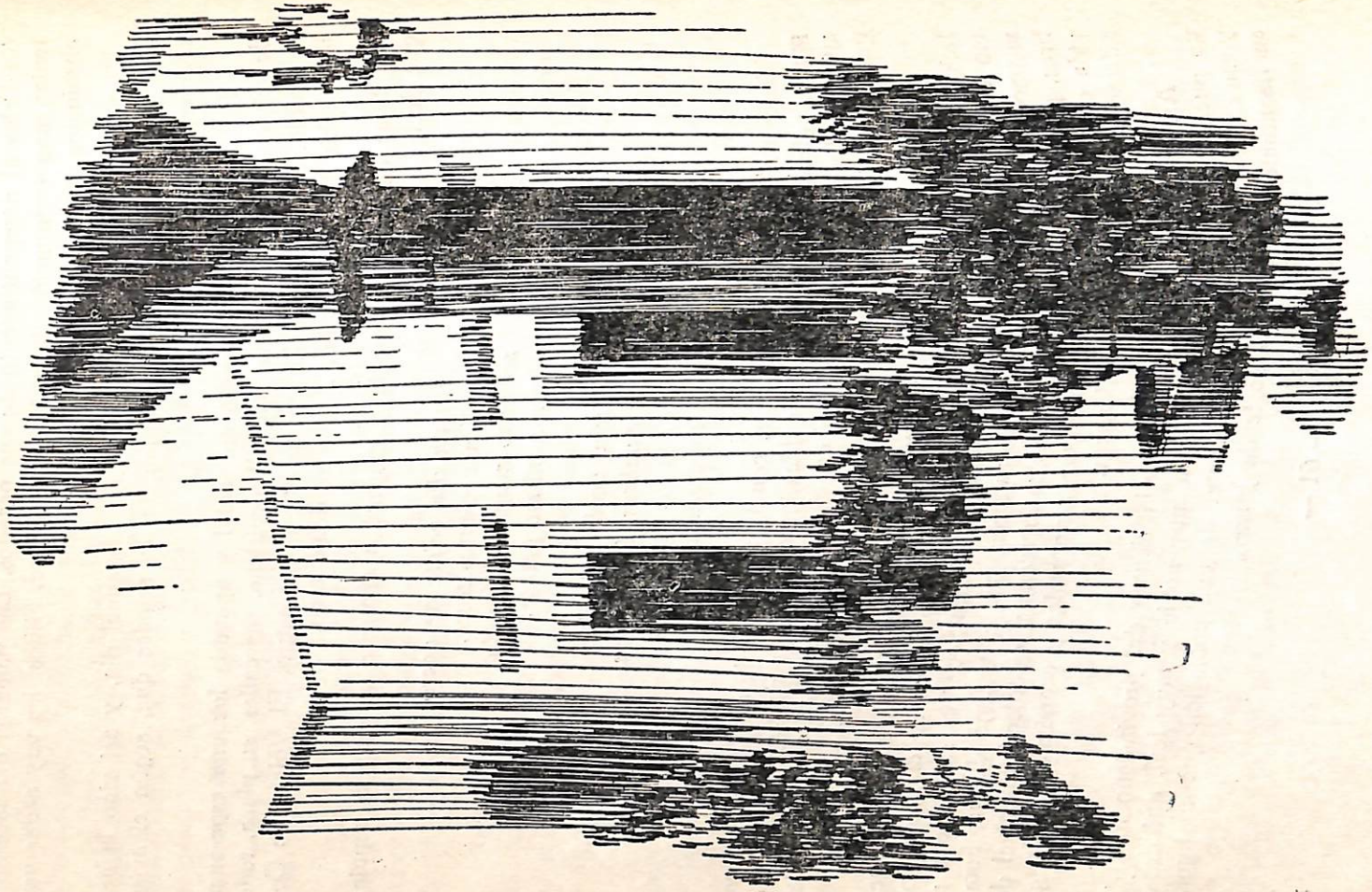
En un día veinte de enero
de mil novecientos trece,
se quiso acabar el mundo
según a mí me parece.

Vuela, vuela palomita,
a las cumbres de la sierra.
Estas son las mañanitas
de la tormenta de tierra.

Teocaltiche, con sus recuerdos, con la tradición de una grandeza que puede palparse todavía en las nobles construcciones de sus edificios, de sus templos, de sus casas; vive en el empeño por mantener ese sitial que desde hace muchos siglos ha ocupado en la región.

Si por parte de las autoridades estatales no ha recibido los beneficios a que tiene derecho, si se le ha abandonado en su distancia como el postrer municipio de este rumbo, Teocaltiche ha sabido por sí mismo, por el esfuerzo de sus moradores, por el trabajo de sus hombres, por la amorosa dedicación a sus artesanías, establecer un nivel de vida que otros municipios con recursos naturales y económicos más significados, no han logrado alcanzar.

Así es Teocaltiche. Y así guarda dentro del provinciano aire de un pueblo con pasado, con tradición muy noble y muy leal, anécdotas y sucedidos que confirman el carácter de una población que configura su fisonomía señera en el norte de Jalisco.



ARANDAS

Mucho se ha escrito acerca de las peculiaridades que caracterizan la zona de Jalisco conocida comúnmente como la Región de Los Altos. Dicen que aquí todo es diferente al resto del Estado: topografía, clima, recursos naturales, paisajes, gentes, cielo y hasta el color de la tierra...

Nosotros no pretendemos repetir lo que personas entendidas han estudiado y publicado acerca de esta señalada región de Jalisco. Queremos decir tan sólo que, si el color rojo de la tierra constituye uno de los títulos de singularidad de Los Altos, en ninguna otra parte como en Arandas, tiene la tierra esa deslumbrante tonalidad que llega al púrpura.

Y los poetas, esas criaturas privilegiadas que saben encontrar semejanzas que nadie esperaba, y ponen toques nuevos, aplicaciones novedosas en lo que el común de los mortales ve y aprecia en su realidad común; ellos, los poetas, han cantado a esta tierra, y la han visto teñida de rojo como campo de amapolas, y han dicho que es la sangre de sus hombres, los hombres que en gestas heroicas de nuestra historia supieron morir por la defensa de sus derechos, la que tiñó de rojo, la que amasó en generosidad, en entrega, en lucha llameante, estas extensiones donde, sí, por cierto, se han registrado lances épicos de incuestionable grandeza.

Por el camino nuevo que tiende su negrura asfáltica sobre aquella uniformidad de rojo, se divisa a grande distancia, el perfil de Arandas.

A varios kilómetros de la población se alcanzan a ver sobre la meseta, aquellas dos agujas del majestuoso santuario nuevo. Son como dos brazos levantados al cielo, son como dos saetas disparadas a la inmensidad, son como dos suspiros que se lanzan al infinito azul en ansia de lo eterno, en anhelo de liberar el lastre fatigoso de nuestra mezquindad para dialogar arriba de las nubes, cara a cara con Dios.

Sorprende en verdad la magnificencia de este santuario que se viene construyendo desde hace cincuenta años y que, en el esplendor y riqueza de su arquitectura, hizo decir a un Presidente de la República, que no puede ser, que no parece ser ésta una región pobre y de recursos naturales exiguos, cuando en esta fábrica tuvieron que gastarse increíbles cantidades de dinero.

Quizá el alto funcionario apresuró su juicio, sin duda que en su apreciación no llegó a entender que la grandeza de pueblos como Arandas, está cabalmente en sobreponerse a la inclemencia de las condiciones naturales, en sacar fuerza de su debilidad, riqueza de su pobreza, desquite airoso contra la negación de los bienes naturales, en la gallardía altiva de las conquistas del espíritu, del pensamiento, de los valores eternos.

El santuario de Arandas, sobre la sequedad agrietada de la tierra, sobre las menguadas posibilidades económicas, vale como un símbolo no sólo de la población misma, sino de toda esa región donde se levantan los santuarios más grandes, más espléndidos, que, ni en mejores circunstancias, pueden hallarse en ninguna otra región de nuestra patria.

Así venciendo en lucha tenaz las contrariedades naturales, así enfrentándose con gallardía viril, así en revancha magnífica contra lo que les niega la naturaleza han sabido ser, Arandas y todos los pueblos de este rumbo, ejemplo de laboriosidad y progreso, y de los más altos niveles alcanzados en los valores del espíritu.

)) o ((

Llegamos a Arandas en el mediodía de un domingo. Un hervor humano se apretaba y removía trabajosamente por la plaza principal y las calles circunvecinas. La gentileza de aquellas personas nos sorprendió agradablemente.

En la libreta llevábamos el nombre y la dirección de unas personas que podrían recibirnos y de cuya conversación, podríamos obtener muchos datos, informes, impresiones, que nos servirían para bosquejar esta estampa de la aristocrática población alteña.

Pero no fue así. Las señoritas se sorprendieron de nuestro reiterado empeño por preguntar, por inquirir, por saber.... Quién sabe cuáles serían nuestras intenciones; ellas no podían confiarse demasiado

en unas gentes que llegan de fuera, libreta en mano, haciendo preguntas tan extrañas.

Sólo por título de curiosidad, queremos transcribir algunos fragmentos del diálogo que se estableció entre una de las señoritas y nosotros:

—Somos fulano de tal y perengano. Quisiéramos suplicarle algunos datos acerca de la población.

—Bueno, ¿de qué se trata? Primero dígame qué es lo que pretenden.

—Tratamos de escribir un reportaje sobre Arandas; como si dijéramos, una imagen del pueblo....

—Huuuummmm. De mí no saca nada. Yo no sabría decirle nada.

—Ya verá que sí, señorita. Si nos permite pasar un momento....

—Pásense, pero yo no voy a darles ningún informe. Soy muy mala para expresarme; además, por mi edad, no tengo memoria de las cosas. Les conviene mejor ir con otra persona....

Nosotros nos hicimos desentendidos. No aceptamos el rechazo, y con toda la frescura del mundo, fuimos a arrellanarnos en unos equipales que estaban en el corredor, frente a un espacioso patio rodeado de macetones florecidos de malvas.

Y así, como quien no quiere la cosa, empezamos a forzar la conversación:

—Hemos visto que el pueblo se está transformando admirablemente. Allí está la apertura de la nueva calle que pasa a un lado de su casa.

—No, no es esta calle la que se va a abrir, es la de Obregón.

—¿Y se está trabajando en forma? Porque hemos visto varias fincas derruídas.

—Ya tienen algún tiempo los trabajos. Hay mucha gente pobre que no puede reconstruir su casa.

—Teníamos entendido que esta es una región rica.

—Al contrario, es bastante pobre.

—Las tierras son buenas; eso nos pareció al menos.

(Una negación de cabeza, traída con visible esfuerzo).

—Bueno, pero ahora hay abonos químicos que lo resuelven todo.

—Sí, pero como los abonos cuestan mucho, por más que una persona quiera abonar su tierra, no puede hacerlo.

—Sin embargo, hay casas muy bonitas, fachadas lujosas que hacen pensar que aquí hay gente de recursos....

—¿Dónde vio esas casas? Dígame para ir a conocerlas.

—Leímos en algún periódico descripciones interesantes sobre la arquitectura de Arandas. Recordamos, por ejemplo, lo que se dijo acerca del panteón de Arandas.

—No se crea, son puras mentiras.

—Entonces ¿no es cierto que el panteón de aquí es una joya arquitectónica de mucho valor?

—Es horrible....

—Quizá haya algunas tumbas por las que se hizo el elogio....

—Bueno, ¿y para qué quieren saber todo eso?

—Le repetimos, señorita, que tratamos de dibujar una estampa de Arandas.

—No, no me esté diciendo. Ya sé de dónde viene todo: tratan de buscarle ruido a la gente por eso que escribieron sobre la ingratitud de Arandas que no ha construído una tumba digna del Sr. Cura Ramos.

—Le aseguramos que no es esta nuestra intención, aunque desde luego creemos que un benefactor del pueblo, tan esclarecido, merecía ciertamente....

—¿Ya ve cómo no andaba errada....? Pues sépase que si no se ha levantado esa tumba es porque a su tiempo van a ser trasladados los restos del señor cura a la parroquia.

—Nosotros sólo dijimos lo que nos pareció a primera vista.

—Sí, hablan sin saber, como el que escribió eso. Los "escribidores" son unos vulgares pica-buches; de ellos hay que rezar el "líbranos de mal, amén".

De este modo, con evasivas y a presión más o menos directa, pudimos tener algunos datos generales de Arandas; por ejemplo, el de la ruina de sus industrias, en otro tiempo prósperas, del tequila y los sombreros, que han quedado casi nulificadas por los altos impuestos que gravitan sobre ellas; en fin, lo que se refiere a sus fiestas típicas, al temperamento artístico de los arandenses que tienen en la línea de los más altos valores nacionales, a escritores, poetas, científicos, hombres destacados en la política. Y así vinimos a hablar de un sonado homenaje que se rindió no hace muchos años a Manuel Esperón, autor de la canción que dice: "Ay, Arandas, pueblito bonito". Se recordaron los nombres de Cuco Jiménez y de Toño Hernández, originarios de este lugar y autores de las canciones que comienzan: "Arandas, tienes tu admiración...." y "De ese jardín de Los Altos...." respectivamente.

Pero entre todo esto, volvía el escozor de la extrañeza a incomodar a la señorita.

—Bueno, pero tanto interés por preguntar, no me da buena espina.

—Le hemos dicho que queremos escribir sobre Arandas.

—Pero ¿por qué les interesa precisamente Arandas?

—Porque es un pueblo muy bonito.

—Ustedes ni son de aquí.

—Eso debería halagarle.

—No, no me halaga; me parece extraño.

—Es que usted no ha entendido nuestro propósito....

—Pero lo adivino: provocar a la gente para que hable de la demás, y crear enemistades.

—El carácter de nuestro reportaje no da lugar a esto, señorita.

—Entonces, ¿para qué vino a hacerme preguntas?

—Yo hablaré del pueblo, de su fisonomía, del estilo provinciano de sus casas. Por ejemplo, considero que esta casa suya es muy hermosa.

—Muy vieja también.

—Este patio, esos macetones, la amplitud, el enladrillado....

—Sí, viera que es un patio muy bonito para un baile o para velar a un muerto, pero al tratar de barrerlo... viera que le salen a uno callos....

—Ese candil de hierro forjado.

—Más antiguo que la dueña.

—Muy valioso.

—Pero más viejo que la dueña, y ya la dueña no se coce con una agüita.

—Los techos de su corredor; aquellos muebles; las molduras y adornos de ese ropero que se ve desde aquí.

—Le digo que son como la dueña, tan dura que no se coce de un hervor; o se la comen dura, ni modo que no....

De aquí, con bromas sencillas, en risueña y cordial conversación, fue a desenvolverse lo que había empezado bajo el signo de la tirantez y la desconfianza.

Cuánto, de esta manera, pudimos aprender acerca del estilo de los arandenses; un tanto reservados al principio, prudentes en las palabras, medidos en el ademán; pero cuando han encontrado sinceridad, cuando pueden sentirse en terreno seguro, qué gentiles y comunicativos, qué generosos y amables.

—» o «—

Hubo, desde otro punto de vista y en distinta fuente de información, datos muy interesantes sobre la vida actual de Arandas.

Se nos dijo que en este municipio, con unos 22,000 habitantes en la cabecera y 51,000 en la jurisdicción, ha habido siempre gente de costumbres sanas que viven al aire limpio de aquella altura: limpieza en el espíritu y salud en el cuerpo.

Que Arandas ha sido un pueblo donde se guardan las auténticas virtudes provincianas: un recogimiento dentro de sus propios linderos, una tranquilidad y un gozo entrañables emanados de la diafanidad interior de sus moradores; un estrechamiento sincero entre todos sus habitantes que viven y se tratan como miembros de una misma familia.

Así es Arandas, así se vive en Arandas.... Así fue al menos hasta hace pocos años, pues hoy empieza a sentirse la afluencia y la influencia de corrientes que llegan de fuera. Por la cinta asfáltica de su carretera, ha empezado a llegar el vértigo de otra vida desconocida, el bullicio de otros rumbos, las costumbres distantes que ya inquietan, que ya agitan y remueven el embeleso cordial que caracterizaba a Arandas.

Y no es cosa de oponerse ciegamente a la marcha del tiempo; nadie puede detener el ritmo que impone el paso necesario del progreso. Sí puede y debe empeñarse toda lucha para equilibrar ese movimiento inmigratorio, dando bases firmes, estableciendo drenes, dando a la juventud que es la primera en encandilarse con el canto enloquecedor de las sirenas del modernismo, ideales nobles, aspiraciones dignas, anhelos de sólida grandeza.

A esta lucha se han conjuntado los esfuerzos de las autoridades civil y eclesiástica; aquélla con la edificación de la Unidad Deportiva que reúne los mejores atractivos que puede desear un joven; la eclesiástica, con su Casa de la Juventud Arandense, para la cual se disponen, aparte de varias canchas deportivas, baño, gimnasio, una biblioteca, salones de proyección y tiempo adelante, un lujoso auditorio. Todo esto en una extensión de terreno de casi 100,000 metros cuadrados.

Nos dijeron que este es un momento decisivo en la historia de Arandas; que de aquí puede perderse para siempre el acervo de las nobles virtudes que habían caracterizado esta población, o puede conseguirse también que dentro de los vientos de actualidad, y con todos los logros del progreso, enmedio de la rosa abierta de los vientos, siga siendo Arandas lo que fue, mantenga su espíritu provinciano, persista fiel a su espejo diario, como cincuenta veces es igual el Ave taladrada en el hilo del rosario....

—» o «—

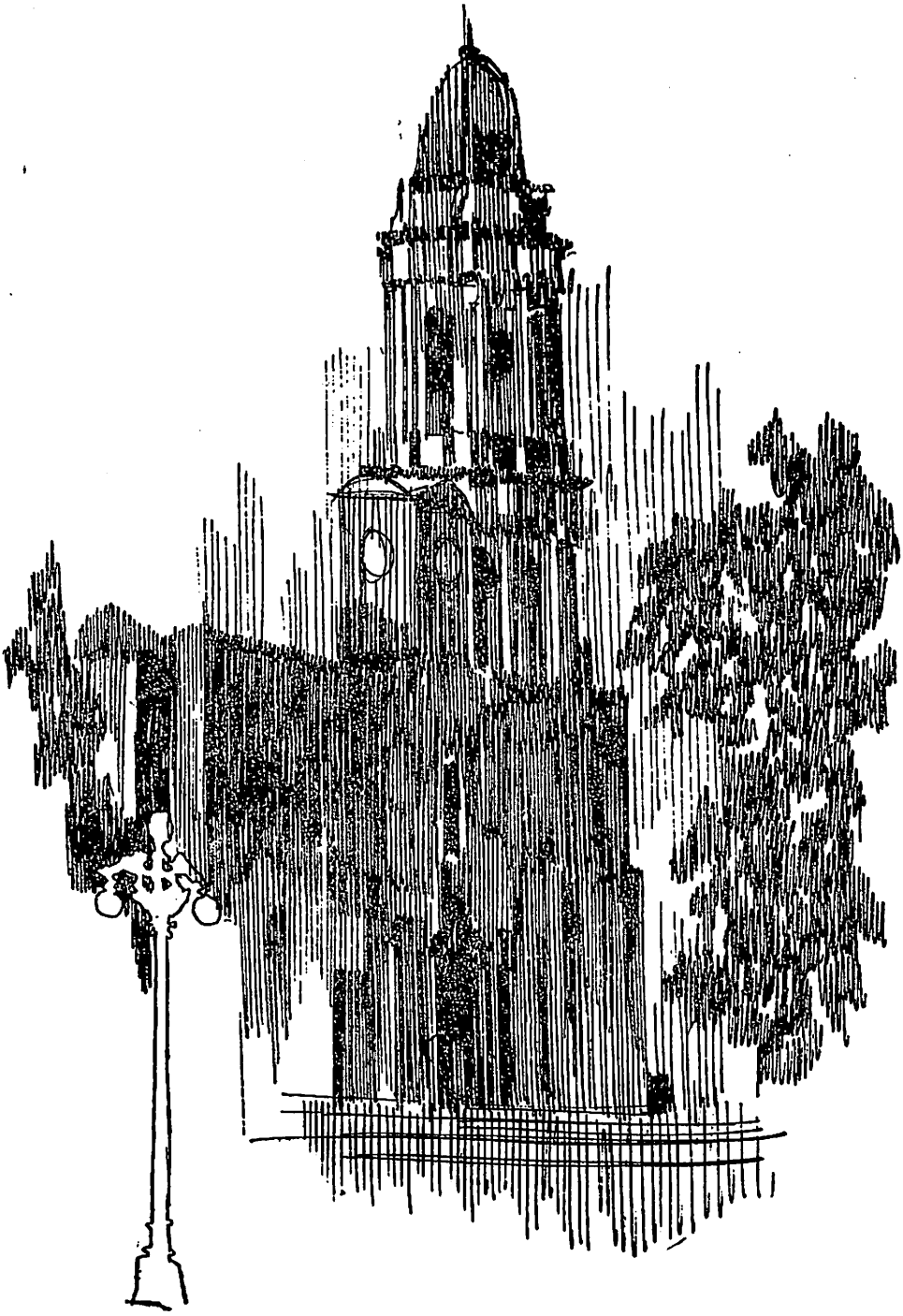
Bajo otros aspectos, bien quisiéramos recorrer una lista de los hombres célebres de Arandas que han proyectado su capacidad intelectual, política o artística, a todo el ámbito del país.

También nos gustaría hacer un esbozo lírico de los sitios pintorescos que tiene Arandas en sus alrededores, o dibujar siquiera en líneas gruesas, el trazo de su población con ese misterioso encanto de su blanco caserío sobre la tierra roja.

Acaso pudiéramos delinear el perfil de algunos tipos pintorescos que hay aquí como en todos los pueblos; la historia de don Sabinito que asegura haber hablado con el Sagrado Corazón; o la sencillez de aquel bolerito que se acomidió a asearnos el calzado, mientras nos hablaba de sus aspiraciones, de sus ensueños, tan ingenuos y puros, que nos gustó ver en él a un ángel disfrazado de bolero....

Todo lo que en estos terrenos pudiéramos decir, vendría a redundar en lo que ya, en pluma autorizada, ha dado lugar a una serie de "temas mínimos", de singular belleza.

Bástenos decir, para terminar, que si el color rojo de la tierra ha sido un título de peculiaridad en la región de Los Altos, en Arandas se refina el color, hasta llegar al púrpura; como se afinan también y se acendran en esta población las virtudes provincianas que hacen destacar dentro de la geografía humana de México, esta región de Jalisco.



ZACOALCO

Las cosas viejas se arrinconan a una esquina. Allí pasan los años y nadie se acuerda de ellas: el polvo y el abandono las cubren de un aspecto lastimoso....

También hay pueblos que han llegado a quedarse olvidados en un rincón. Son pueblos herrumbrosos, llenos de polvo y del silencio de las cosas viejas. El tiempo los ha ennegrecido, les ha matado su luz, los ha vuelto taciturnos y tristes.

Como la gente son los pueblos. Tienen su tiempo, tienen su juventud, el momento de gloria en que pasa la luz por el cenit. Pero luego viene el descenso, se empieza a caminar con el sol a la espalda.

Y como un hombre cuya existencia va a declinar, cuyos miembros empiezan a entumecerse, así los pueblos van apareciendo un año y otro a las centurias de su historia, cada vez más ruinosos, más empolvados, más decrépitos. Se les puede inyectar nueva vida, se les puede trasfundir sangre joven, se les buscarán estímulos adecuados en busca de nueva vitalidad.... Vendrá el engaño de un tinte de juventud en las mejillas, quizá un impulso de energía y dinamismo inesperados, quizá la alharaca ruidosa de un muchacho que se da el lujo de dar y desperdiciar las fuerzas que le sobran....

Pero no, aquello es falso, aquello es artificial.

Como la gente, los pueblos tienen su tiempo. Nadie podrá librarlos de la herrumbre, del desgaste natural, del polvo con que los años encanecen sus aleros, vuelven rugosas y encanecidas sus fachadas.

—» o «—

Anduvimos de una a otra por las rectas y amplias calles de Zacoalco. Su torre de digna arquitectura. Sus casas revestidas de un sello de nobleza.

Zacoalco es un pueblo importante. Hay un señorío al encuentro de quien lo visita. Recogimos datos acerca de sus fuentes de riqueza, su nivel económico envidiable, sus servicios públicos al pedir de las exigencias modernas, un innegable ritmo de vitalidad.

Con todo eso, tiene Zacoalco en su aristocracia, en su perfil señorial, el gesto endurecido de los pueblos que llevan encima una carga de siglos. Es la suya una rancia nobleza, una dignidad de centurias, una fisonomía venerable de hombre viejo.

La antigüedad de este pueblo viene a la vista del visitante. Por primera y categórica referencia a la altura del cielo, está su torre que ya fue remozada una vez, y de nuevo aparece ennegrecida de polvo y de lluvia, el polvo y la lluvia que han corrido en centurias.

El interior de su iglesia tiene la penumbra de los templos antiguos, la arquitectura de las construcciones antiguas, las imágenes descomunales que producen una sensación de misteriosa angustia.

Y las gentes de Zacoalco; también en sus gentes se advierte quién sabe qué barniz, quién sabe qué actitudes, quién sabe qué rasgos étnicos que hablan de otros siglos, de otras civilizaciones, de una sangre remansada allí desde una remota antigüedad.

Sábese que en el convento de Zacoalco residieron los tres grandes cronistas de esta Provincia de Jalisco, Fray Antonio Tello, Fray Mariano de Torres y Fray Nicolás Ornelas; y que aquí, sin duda, fueron redactadas buenas partes de la obra de tan ilustres historiadores. El sabor de la historia pervive en la población.

Pero nosotros no fuimos a despertar datos históricos. Lo único que obtuvimos fueron algunos datos esenciales como el de la fecha en que se comenzó la construcción de esta iglesia, por Fray Miguel de Lovato, primer guardián del convento, el año de 1550; y la fecha de su terminación en la gestión apostólica de Fray Juan de Abrego en 1595. Eso y el año de la erección de la Parroquia en 1683.

Más fuimos a Zacoalco con ánimos de conocer su vida, sus costumbres, sus tradiciones. Quisimos recoger testimonios vivos de lo que es hoy esta importante población. Quisimos oír de labios indígenas la deliciosa descripción de festividades, de sucedidos, de leyendas.

Al paso de la carretera por un lado, y de la vía del ferrocarril de Manzanillo por el otro, entre mezquiteras y sembradíos de alfalfa y de garbanzo, se extiende en amplia superficie la población de Zacoalco que cuenta, según censo reciente, con unos 10,000 habitantes.

Apenas sabemos de otro lugar que tenga tantas subdivisiones y guarde nombres tan tradicionales para sus diferentes barrios, como este pueblo de Zacoalco. Su extendido caserío, se conforma de este modo, con los barrios de La Cebolla, el más caracterizado de todos y también el más distante, pues está situado al otro lado de la vía. Luego el barrio de El Baluarte, el barrio Alto el de la Cruz Verde, el de la Milagrosa y el barrio de la Calle Honda. Tiénese de mucho tiempo una rivalidad entrañable entre algunos de estos barrios; por ejemplo, la que ha existido entre los de La Cebolla y Barrio Alto, con incidentes, pugnas y a veces cómicas e ingeniosas cuchufletas que bien merecerían un capítulo por separado.

De un barrio a otro se señalan algunas características particulares. Alguno se ha hecho peculiar por su estilo revoltoso y alegre; otro por la ocupación casi general de sus moradores en la fabricación de equipales, vieja e importante industria doméstica que ha llegado a dar fama a Zacoalco. En otro se tiene como distintivo de sus habitantes el trabajo en la elaboración de petates y ladrillo, por cierto ya famoso en la región. Otro más se distingue por la dedicación de sus gentes a la siembra de hortalizas, o más exactamente, de garbanzo y alfalfa. Por fin, el barrio de las Pitahayas que son tan dulces y excelentes como las mejores, teniéndose allí por cierto que aunque las de Sayula se dicen famosas, no tienen sino eso, porque las de verdadera calidad son de Zacoalco.

Y luego las historias y el afán con que los vecinos de este barrio o de aquel, quieren sobresalir a los demás.

—No señor, aquí las cosas se hacen bien. Pregunte nada más que tan solemne resulta la fiesta de San Francisco, cuando toca que el mayordomo sea de nuestro barrio. Mire, las cazuelas así de grandes; unas de sopa, otras de picadillo, el atole dulce, el pan... Qué se entiende una fiesta... Y nada de que a tí sí, y al otro señor no; nada de eso, amigo; aquí al que va llegando se le sirve su plato y si quiere, más se le sirve otra vez... Y esto durante todo el novenario. Mire: no me lo crea a mí, vaya a preguntar a la gente que usted quiera, nada más muévales por este lado, como que usted no sabe nada, como

que quiere saber qué tal celebramos por aquí la fiesta de nuestro Padre San Francisco...

Ni tantito que lo dudamos. Cómo no vamos a creer en el arraigo que debió alcanzar desde los tiempos del célebre convento establecido aquí en mil quinientos y tantos, la devoción y honda veneración a San Francisco de Asís...

Y cómo no vamos a creer y a imaginar la encantadora celebración tradicional con cazuelas "así de grandes", de mole, de picadillo y claro el atole dulce y las piezas de pan.

Hablamos del pan y nos acordamos del grito musical del panadero que en la tarde de nuestra visita a Zacoalco, recorría las calles con su canasto o tabla cubierta pulcramente con una servilleta, pregonando su olorosa y apetecible mercancía.

—Mire, estos son unos tostaditos de manteca; o si prefiere, pruebe estos enredos, son muy azucarados. Ah, ya sé, usted busca semillitas de canela.

El panadero descubre ante nosotros aquel paraíso de sabores, olores y colores y nos dice que los sábados son los mejores días; que comienza a recorrer los barrios de Zacoalco desde las cuatro de la tarde, y apenas para las siete, ya tuvo que ir a renovar tres veces el surtido...

Y se aleja con su grito característico: ¡el paaannn! que pone sobresaltos de gula en el paladar de los chiquillos y hace salir a las señoras a la puerta de su casa, a escoger muy parsimoniosas y solemnes, las piezas de pan que colocan en un platón y cubren con una servilleta de puntas deshiladas.

Abordamos a un señor que, parado en una esquina, disfruta la serenidad de estas tardes de invierno en Zacoalco. Le decimos que al pasar por la carretera, nos quisimos detener porque nos llamó la atención el trazo de estas calles, estos empedrados limpios y bien conservados, sus casas, su iglesia. Le decimos que nos parece que este es un pueblo de comodidad, que aquí deben existir fuentes de trabajo muy importantes...

—Pues, no, no nos quejamos. Mire usted, aquí lo que nosotros hace fuertes es la agricultura. Viera que tenemos buenas tierras. Son tierras muy fuertes a las que no hace falta sino agua. Aquí no andamos con abonos químicos; si usáramos eso se nos quemaría la siembra.

El agua, eso sí... De que nos llueve, ya nos fue bien. Tenemos una presa, pero sucede que se le filtra el agua y no nos sirve de nada. Pero la tierra responde y si no fuera por la sequedad, podríamos tener unos regadíos que, cállese la boca... Así y todo, verá que con las lluvias de enero, sacaremos la cosecha de garbanzo, de milo y sostendremos unas buenas tablas de alfalfa...

Todo esto, gracias también a unos pozos artesianos.

A este hombre, con todas las trazas de un agricultor más o menos próspero, le ha halagado sobremanera nuestra curiosidad por oír hablar de su pueblo. No hay pregunta que le hagamos que no se ponga a contestarnos con abundancia de detalles...

—Me preguntaba de los equipales, y sí, tiene razón, ya se hicieron famosos los equipales de Zacoalco. Verá usted que los camiones salen cargados todas las veces con una cantidad de equipales; hablo de los camiones de pasajeros; fíjese y verá que todos traen puesta esa cosa de arriba, la canastilla o como le llamen, y siempre todos los que salen a cualquier rumbo, llevan su buena carga... Yo calculo que ha de haber aquí unos doscientos hombres dedicados a ese trabajo.... Y le sacan, tenga la seguridad de que sacan sus centavitos, porque luego los verá el sábado y el domingo muy dados a la borrachera...

Los datos sobre la bonanza económica en que vive Zacoalco se completaron con el decir de otras personas que nos hablaron del excelente comercio dominical que se tiene en la población al que concurre gente de infinidad de pueblos y rancherías vecinas. Un verdadero torrente humano que confluye de todos los vientos y que puede calcularse por el volumen de ventas registradas aquí. Nos hablaron de una sola tienda —suponemos sea la mejor— que alcanza a vender los domingos hasta veinte mil pesos.

También pudimos saber que, en términos generales, no hay en esta población gente desocupada. Quienes terminaron los trabajos de la siembra y cosecha de temporal y no se ocupan en la industria de los equipales, de los petates, del ladrillo; quienes tampoco hallaron colocación en los cultivos de invierno o en los establos que a últimas fechas están constituyendo otro renglón muy productivo, se viene a trabajar a Guadalajara que la carretera les acercó a una hora de distancia, o se van al norte, o a donde quiera que pueden encontrar trabajo.

A este empeño de los laboriosos vecinos de Zacoalco, corresponden diversos e importantes servicios que bien han sabido merecer, sostener, y en casos, abrir y establecer de sus propias aportaciones.

—Sabe, yo me acuerdo de esto... ha de ser cosa de unos quince años más o menos... Llegaba uno a Zacoalco entre unos terregales espantosos, por el camino aquel intransitable. Por la noche asombraba el pueblo, oscuro y renegrido como demonio. A veces una que otra lucesita roja en las esquinas, la lucesita que daban unos focos de una planta térmica que funcionaba hasta las diez de la noche. Y luego el agua... Ni un jarro de agua para beber, si no lo comprábamos de unos pipones que recorrían las calles...

—» o «—

Puesto que la industria de los equipales es lo más característico de la población, quisimos entrar en pormenores; conocer los pasos que requiere su fabricación, los materiales, el costo... Sin acuerdo anticipado, llegamos de buenas a primeras a tocar a una casa donde nos indicaron podríamos presenciar detalles del trabajo.

Pero la señora no quería hablar. Nos vio facha de inspectores fiscales o de algo por el estilo. Evasivas, silencios, rodeos, pero nada preciso. Parecía que nunca llegaríamos a obtener de aquella señora una conversación fluida en torno a nuestras curiosidades.

Era aquel un tejabancillo nada más. En el patio, en la tierra renegrida de Zacoalco, jugaban cuatro o cinco niños a medio vestir. Un señor mecía en los brazos otra criatura de meses.

En aquel tejabán lleno de equipales a medio terminar, una máquina de coser, unas monturas, dos macetas cuyas plantas desmedradas no representaban ningún estímulo en la sordidez del ambiente. Y los muros descascarados y sucios, llenos de calendarios con imágenes de santos y retratos de muchachas muertas de risa.

A nuestra llegada, pudimos sorprender a la señora dibujando el respaldo de un equipal. Para el caso, se servía de una especie de punzón calentado eléctricamente y con él, en toda frescura y desparpajo, iba dejando el perfil de aquellos cerros, o punteando la aspereza de unos mezcales, de unos venados en vuelo sobre los árboles; unas casitas campesinas de desproporcionada pequeñez frente al garbo altanero de

la figura de un indio que tendía los ojos a un horizonte de cerros escarpados por donde se abría un abanico de sol.

—Mire, señor: yo sé lo que le digo; ni esté perdiendo su tiempo. Han venido hasta los de la forestal y no han tenido por dónde hacernos ningún cobro.

Todas nuestras mejores argumentaciones para convencer a aquella asustada mujer. Si nosotros éramos unos simples viajeros, inocentes además, que andábamos conociendo el pueblo y teníamos deseos de ver todo el proceso aquél... Nada sabíamos nosotros de tributos, ni nos interesaba saberlo...

Palabras de ida y de regreso, para que al fin aquella mujer accediera a darnos algunos datos curiosos, no sin dejarnos venir más de alguna mirada temerosa todavía y de evadir con reticencias lo que pensaba que podía comprometerla.

Supimos de esta manera que el trabajo de la fabricación de los equipales está dividido en dos partes. Un capítulo importante es el de la construcción de las armazones a base de tabletas de mezquite que tienen que jimarse muy rudimentariamente y luego se forjan y amarran con lazo de ixtle.

Aquí se reciben los esqueletos en blanco y sólo atados así, luego, en una segunda parte, son reforzados por medio de una pasta con que se recubren todos los nudos y junturas. Nosotros creíamos que esa pasta llevaría una composición de brea con chapopote; pero la señora sonríe de nuestra ignorancia; sonríe por primera vez en el curso de la charla y nos explica:

No, no, señor; sabrá que en el cerro hay un árbol que se llama *tepemezquite;* es cuestión de ir a buena distancia, hasta una ranchería que se llama Las Moras, donde se crían estos árboles. Ah, bueno, pues estos árboles dan unas bolas; las trae uno y las pica o taja como si fueran papas, y las pone a secar. Después se tuestan en el comal y se muelen en el metate; y cuando ya se tiene aquella masa, se le pone un poco de tizne para darle color, y con eso que es muy duro y macizo luego que se seca, con eso reforzamos y damos seguridad a los esqueletos.

Cuando se ha practicado toda aquella larga operación, viene el recubrimiento de piel, precisamente de piel de cerdo que ha de estar bien

mojada. Así se van poniendo las piezas, lo más tensas que es posible. Se cosen con correas, de la misma piel.... Y sí, es cierto, del mismo cuero salen las correas, pero el sacarlas tiene su chiste, pues como no deben darse nudos ni ataduras sobre la piel, las tales correas tienen una longitud que se obtiene cortándolas en vuelta y vuelta de la piel completa.

Un día duran los equipales para sacarse, y esto tiene que ser en la sombra, porque en el sol quedaría la piel manchada; cuando esto se ha conseguido, viene ya el adorno o dibujo sobre el asiento y el respaldo.

Nos dice la señora que hay varios tipos de dibujos; se tiene el nacional, con motivos de la vida campesina de México: una casita, un árbol, o una vaca; y se tiene el azteca a base de grecas y figuras de la mitología indígena, águilas, penachos, indios....

—No, no señor; usted cree que iba a andar copiando cada cosa; uno ya sabe lo que ha de dibujar, y el dibujo va saliendo así, de la pura memoria....

De todo el proceso de elaboración que se ajusta a una serie de actos mecánicos, creemos que éste es el más valioso y el más digno; cae éste dentro de los términos de la creación artística; y aquella mujer, con toda su tosquedad, con su rudimentaria educación, viene a plasmar sobre la piel de cerdo y con el más primitivo punzón, lo que en el interior de su alma es llama de idealismo, un sueño, fantasía y sensibilidad.

De precios, de costos de material, ni una palabra. En este terreno vuelve a caer en su primer hermetismo:

—Yo no sé nada, señor; si tanto lo desea, espérese que venga mi marido. Usted cree que nos va a quedar mucho, si el cuero está carísimo y hay que comprarlo *quiliado*. Y luego, verá que en la semana, apenas alcanza uno a terminar un par de equipales....

Allí están los equipales de Zacoalco. En la última casita del barrio, en ésta donde hemos venido a llamar sin previo aviso, se almacenan quince o veinte piezas terminadas, y otras en proceso. Con razón nos dijeron que ésta era una de las industrias tradicionales de la población, a través de la cual se sostienen unas doscientas familias.

Pero Zacoalco es más que todo eso; Zacoalco es tradición y leyenda; costumbres seculares y relatos ingenuos de devoción y ternura.

Supimos que en la celebración de sus fiestas principales; la festividad de San Francisco, la del Señor de la Salud, la del doce de enero en el Santuario del Cerrito, existe todavía la costumbre de nombrar mayordomos por sorteo, que se hacen cargo de la organización de la festividad misma, y tratan de emularse los de un año con los del anterior, y todos a porfía tratan de echar la casa por la ventana.

Supimos de la pervivencia, en la fiesta de San Francisco, de la antiquísima tradición de Los Moros, representados por cuatro señores a caballo, vestidos de una extraña manera, con unas como coronas y una curiosa capa, que recorren la población al tañer doliente de una chirimía y al rítmico acompasar de un tamborcito.

—¿Usted ya sabe la historia del Cristo que mató a un hombre? Sí, señor, así como lo está oyendo. Vaya a la iglesia para que lo vea; es el Señor de la Salud a quien nosotros tenemos una gran veneración. Ya le digo, cuentan de esa imagen que un día mató a un cristiano.

Hemos contemplado largamente esa figura descomunal de un santo Cristo de proporciones que calculamos en dos tantos de una persona. Causa una sensación extraña este crucifijo, de labios levantados, de mirada vidriosa, de impresionantes magulladuras de sangre.

Se trata de una imagen que al decir de los historiadores data del siglo XVII y fue fabricada en Pátzcuaro. Una imagen de peso ciertamente leve, pero de una cruz pavorosa y mal forjada en madera de mezquite.

Dicen que en una cierta ocasión que quisieron sacar este crucifijo...

—Sí, sabe usted que lo querían sacar por la fuerza. Y El, con su poder, quiso impedir aquello. No iba a moverlo nadie de su sitio, porque El quería estar donde está. Y que empiezan los hombres a moverlo, y El que empieza a forcejear; aquéllos empeñados en su intento y El a no permitirles, hasta que, mientras uno lo desclava de un brazo, le va cayendo éste en la cabeza a otro hombre que estaba parado, y ¡zas! que lo deja allí agonizando....

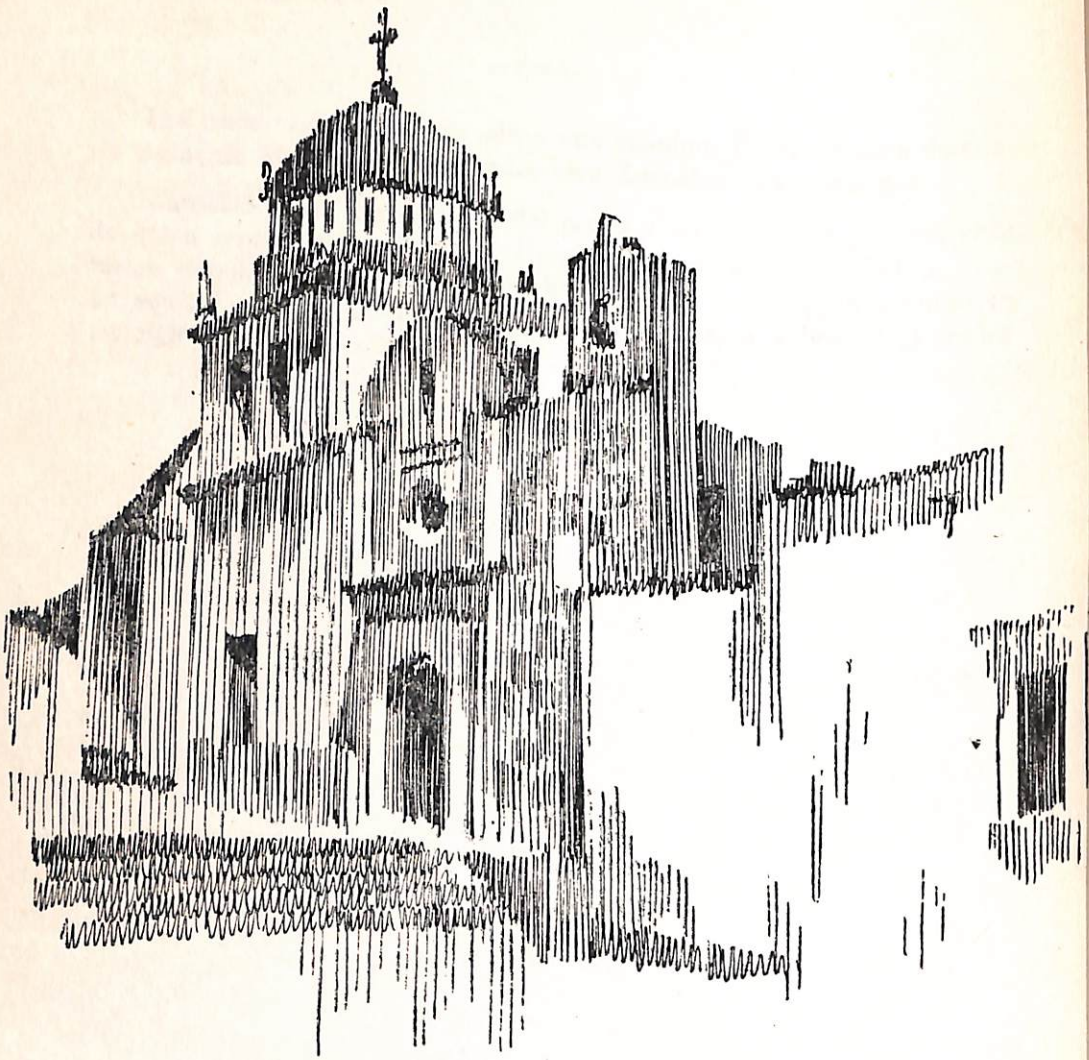
Hay amor, pero también hay temor y temblor hacia este Cristo enorme conocido como el Señor de la Salud. Allí están los cirios, las veladoras, los jarrones de flores de papel, adornando el nicho que El quiso retener como suyo, según dice la leyenda, y que puede contemplarse en

la penumbra, al costado izquierdo de esta franciscana iglesia construída desde el siglo XVI.

—» o «—

Las cosas viejas se arrinconan a una esquina. En la esquina de cuatro siglos de historia y de leyenda, vive Zacoalco sus recuerdos.

Zacoalco es un pueblo lleno del polvo y muestra a la primera vista de quien recorre sus calles, una rancia nobleza, una dignidad de centurias, una fisonomía venerable de hombre viejo que se ha sentado en un equipal, en uno de aquellos típicos equipales, a saborear el sol de los siglos.



CHIMALTITAN

Era noche de luna llena. Más de dos horas llevábamos caminando a caballo desde San Martín de Bolaños. Unas veredas retorciéndose entre el pedregal y las espinas. Aquella hondonada; la cuesta que sube y se pierde entre los garruños; todavía más adelante otro declive y otra ladera que se empina más entre peñascos y arrecifes.

Ya los miembros adoloridos. Un calor desesperante. La boca se reseca.... Hace mucho rato que oscureció y no podemos saber cómo atinan las bestias el paso seguro por el camino tan quebrado. Vimos el vislumbre del sol en la cinta del río. Oímos cantar las palomas. Sentimos venir encima de nosotros la oscuridad cerrada de la noche....

Era noche de luna llena, pero nosotros caminábamos por el túnel estrecho que se abre apenas entre dos acantilados....

Allí son más breves los días; allí se tarde más la luna; el peñón de uno y otro lado se roba allí un buen pedazo de estrellas.

—¿Acaso no vamos a llegar nunca a Chimaltitán?

Nuestra impaciencia hacía gracia al mozo que nos acompañaba; aguantaba la risa abajo del sombrero y trataba de darnos ánimo:

—Ya falta muy poco. Viene a quedar al otro lado de aquella mesa. La sombra que se levanta hacia aquel rumbo.... Allí está el peñasco de Chimaltitán. Al pie de eso....

Y otra vez el silencio grandioso de la barranca. Otra vez el repicar de herraduras en chispas de luz que saltaban entre las piedras. Otra vez el arrullo lejano del río y el sisear del viento que movía apenas los espinales de la cuesta.

Empezaron a ladrar los perros. Una luz roja temblaba en la distancia. Tratábamos de convencernos a nosotros mismos de la cercanía del pueblo, y ya estábamos en las primeras callecitas.

Serían como las nueve de la noche y la primera claridad blanquecina de la luna nos entregó una plaza espaciosa y el perfil fuerte y vigoroso de una iglesia como fortín español de tiempos de la Conquista.

—Ustedes dirán dónde quieren quedarse. El guía nos esmeraba las mejores atenciones.

—Si nos llevara de una vez a un hotel, a una casa de asistencia.

—No señores, aquí no hay nada de eso.

—Tendrá que haber un sitio donde se hospedan los viajeros, gentes de fuera que llegan al pueblo....

—Es que nunca viene nadie a Chimaltitán. Aquí no llegan viajeros de ninguna parte....

—Entonces nos veremos en la necesidad de dormir en la plaza....

—Yo no digo eso. Tal vez quieran recibirlos en alguna casa; será cuestión de buscar..

Unos catres temblorosos a mitad de una pieza enorme. En aquel lado una anciana se quejaba sin descanso de sus dolencias. En ratos suspiraba y se quedaba así en pausas prolongadas. Era la media noche y ya la luna en el cielo alto rasguñaba en filos de luz las hendiduras de la puerta. Nos dominó el cansancio y no supimos más hasta que unos pájaros que tenían nido en las vigas del techo, empezaron a cantar y a urgirnos en revoloteo madrugador para que les abriéramos la puerta a la libertad regocijada del nuevo día....

La imagen de Chimaltitán; un pueblo deshabitado, en una noche de luna llena, sin luna.... Y el sonriente amanecer de Chimaltitán con cantos de pájaros, gritos y juegos de chiquillos, mujeres que barren y riegan las calles....

La imagen de Chimaltitán, el pueblo que se ampara en un peñasco rojo cortado a plomo. Aquella peña es como un escudo guerrero, como una rodela que cubre a la población....

Nos dijeron que aquél se llama precisamente el cerro del Chimal y que esta palabra corresponde a morrión o penacho. Que el nombre le viene a Chimaltitán por aquel cerro.

Por datos históricos que pudimos recoger, sabemos que la avanzada misionera que partió de México a Michoacán y de allí a Guada-

lajara en 1531, vino desde el Teúl al Cañón de Bolaños donde estableció en 1616 la Doctrina o Curato de Santiago de Chimaltitán. Los religiosos que aquí tomaron asiento procedían de San Luis de Colotlán, convento fundado en 1591.

Desde Chimaltitán se desparramaba la acción evangélica de los franciscanos a los diversos núcleos indígenas escondidos en los repliegues de aquella profunda barranca, trepaban por riscos, bajaban a los recovecos más escondidos donde quedaron establecidos los centros primitivos de S. Antonio Tepec, Huilacatitán, Pochotitán, Mamantla, Cocoaxco, Potreros y Tepizoac.

La iglesia actual de Chimaltitán tiene una imponente pesadez, como de fortaleza levantada en piedras enormes; los muros bajos y muy anchos, la torre misma tan cargada que parece imposible que pudiera levantar el vuelo.

Todavía hay en el interior del curato una arquería tosca, de piedras ennegrecidas, que perteneció al convento primitivo. En lo que se tiene actualmente en servicio y en la misma iglesia pueden distinguirse las partes que construyeron los franciscanos y lo que continuaron después los sacerdotes del clero secular cuando en 1782 se hicieron cargo de este curato.

El valioso archivo de Chimaltitán que debió contener documentos muy importantes de tiempo de la Conquista, la iglesia y el curato, fueron incendiados y arrasados por Anacleto Herrera y Cairo, apodado "El Alacrán" y por más señas, ex-alumno del Seminario de Guadalajara. Esto fue en los tiempos tormentosos de la Guerra de Reforma por 1857 y 1858.

Es curioso señalar cómo en un Informe que sobre esta región fue rendido al Excmo. D. Jacobo Ugarte de Loyola, teniente general y presidente de Guadalajara, apenas se hace alusión a Chimaltitán.

El informe corresponde a la exploración que por estos rumbos hizo en los años de 1792-93, el Dr. D. José Méndez Valdés y que se publicó en la obra "Noticias Varias de la Nueva Galicia". El enfoque que el enviado oficial quiso dar especialmente a las posibilidades de explotación minera de la zona, hizo recalcar más bien algunas rancherías y centros indígenas de inferior importancia a Chimaltitán que no tiene minas.

No es por demás repasar algunos de los datos que se ofrecen en el importante documento.

"S. FRANCISCO COCOAXO, al sur seis y media leguas, con 63 indios, 120 españoles y 75 de castas, entretenidos en pescar, hacer carbón y cortar madera".

"S. GASPAR CHILACATITAN, al norte, media legua, con 60 españoles, 40 indios, 80 mestizos y 54 de castas. Todos estos pueblos como ya se ha dicho, son flecheros y según la tradición que se conserva entre ellos, aseguran que desde el tiempo del excelentísimo señor virrey se mandaron trescientas familias de tlaxcaltecas para poblar a Colotlán, Chalchihuites y sus inmediaciones que se veían perseguidos por indios tobosos y nayaritas, por cuyo motivo están exentos de tributos".

"CHIMALTITAN. El número de vecinos que lo habitan es de 200 españoles, 129 indios y 210 mulatos".

—» o «—

Casi todas las casas de la población tienen portadas de piedra, con cornizones y labraduras que hablan del gusto español de quienes debieron edificarlas allá por los siglos XVII y XVIII. Al lado de estas fachadas de un señorío que, a pesar de todo quiere ser modesto, pueden verse las casas humildes de los indígenas y las sencillas y vulgares que se construyen actualmente.

La plaza es de enormes dimensiones y no ofrece otro atractivo que el de unos prados mal cuidados de betulias y claveles que, al vapor ardiente del cañón, embalsaman el aire de Chimaltitán.

Los empedrados de las calles nivelados a perfección con un esmerado aseo en todas ellas, pero apenas puede encontrarse un alma, apenas puede verse a una persona en las calles.... Nadie, sino al peso asfixiante del sol de medio día, unos hombres sentados en el pavimento, a la sombra de los portales que tiene por un lado la plaza de la población.

Al aspecto exterior de Chimaltitán, un tanto deprimente, corresponden sin embargo, datos muy positivos en lo que se refiere a la moralidad de las costumbres y espíritu dinámico y trabajador de estas gentes.

Creemos que de todos los pueblos situados a las riberas del río de Bolaños, Chimaltitán es el único que ha sabido aprovechar los caudales en regadíos y huertas muy atractivas que se localizan en un punto llamado Agua Caliente, a corta distancia de la población.

Tuvieron que unirse los vecinos para costear entre todos un bordo de desviación del agua, que luego llevan por varios kilómetros en canales bien construidos. Este empeño y el afán de hacer fructificar los planos de buena tierra, unió a estas gentes en una especie de cooperativa que regula la distribución del agua y conservación de las instalaciones.

Chimaltitán se ha acercado un paso a la civilización. Ya por lo menos hay una mala brecha que hace posible en tiempo de secas el servicio de un camión que desde Guadalajara llega a aquel lugar a las nueve o diez de la noche.

Aquella noche que pasamos en este pueblo y mientras esperábamos que en la única fondita que existe nos prepararan una frugalísima cena, llegaron también los choferes que conducen el camión. El indeciso temblor de la flama de petróleo que iluminaba el cuarto, nos dejó ver sus rostros sudorosos y llenos de tierra. Buscaron el aguamanil para lavarse las manos, pero no había agua.

—Queremos cenar, "Doña". ¿Qué nos va a dar?

—Frijoles, ya saben. Aquí no tenemos de otra.

Intervino entonces un parroquiano que saboreaba lo suyo a sopas de tortilla.

—Parece que no saben: así vivimos aquí. Estamos en el olvido. Este pueblo ni siquiera figura en el mapa.

Los choferes se veían el uno al otro sin saber qué responder. El hombre aquél siguió las lamentaciones por su cuenta:

—Yo he estado en Guadalajara y cuando se ha ofrecido que nombre uno este pueblo, la gente se pone a rascarse la cabeza como queriendo acordarse: "Chimaltitán... Chimaltitán... Ah, sí, es un puntito que queda por allá entre los huicholes".

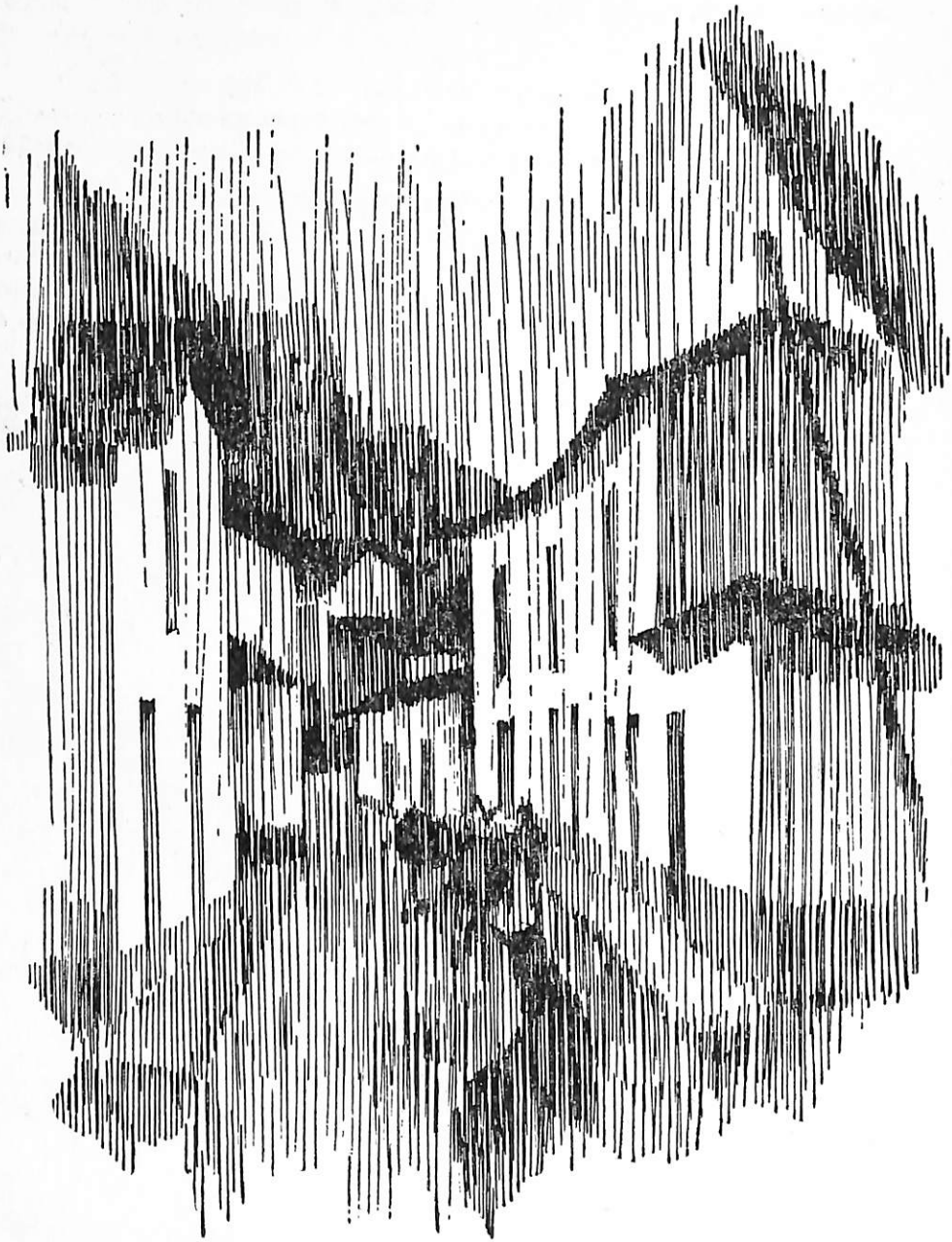
Eso dice la gente, pero nosotros no somos huicholes: éstos quedan más allá. Si acaso podían decir que nosotros vivimos "ahuicholados". Así nos tienen...

Al día siguiente continuamos el viaje. Nos dijeron que andaba por allí un camión repartidor de refrescos: tal vez estos señores quisieran llevarnos más adelante.

El sol de las tres de la tarde estallaba en los blancos encalados de las casas y bruñía de fuego vivo los empedrados de las calles.... Unas calles solitarias, ahogándose ellas mismas en el calor de la hora.

Unos hombres estaban sombreándose al amor de un portal que ve a la plaza del pueblo. No tenían nada que decirse. Pensativos, abrumados por el peso del sol, dejaban ir los ojos más allá.... No mucho más allá, porque la vista viene a golpearse contra el peñón encendido a cuyo pie se asienta Chimaltitán.

Y el río a un lado. Y más allá las huertas del Agua Caliente: testimonio vivo de la laboriosidad de estos vecinos que hicieron resplandecer aquel vergel entre las peñas y las espinas del cerro.



SAN SEBASTIAN

Para llegar a San Sebastián hay que subir al cielo, escalar una cadena de montañas, salvar abismos, atravesar ríos caudalosos; ascender más y más, una cumbre y luego otra, bordear por despeñaderos de escalofrío, y luego explayar el alma y tender la vista emocionada, por encima de horizontes que quedaron abajo y sobre los cuales va a apoyarse el gozo incomparable de quien pudo triunfar en esta épica ascensión.

Tomamos rumbo e iniciamos la aventura por la nueva carretera de Autlán. Hicimos alto en la vieja Hacienda de San Clemente, de noble y recia construcción, ya hoy despedazada y pisoteada por el afán utilitarista de nuestro siglo. Torcimos allí y nos detuvimos a almorzar en una de esas pintorescas fondas del pueblo, en la población de Ayutla.

Aquí, el intercambio abierto y franco, con gentes que no tienen arruga ni doblez en la conversación, choferes, hombres de a caballo, personas que vienen o van de uno a otro de los pueblos que siembran de muros blancos y tejados rojos, esta exhuberante región.

Aquí mismo y en el curso de la conversación, la advertencia sentenciosa, cordial y al mismo tiempo enérgica:

—Nosotros sabemos lo que les decimos: aquí deténganse, el camino está destrozado por las lluvias, es imposible que puedan seguir en un vehículo así. Y luego los arroyos caudalosos que bajan de la sierra; el río de Malpaso, por ejemplo; estamos seguros que allí van a detenerse.

Con esto, más espolearon la sed de aventura; mayores impulsos dieron a nuestra hazaña. Queríamos medir por nosotros mismos el avisado riesgo.

Y seguimos adelante. Un par de horas y salió a nuestro encuentro el pueblo legendario de Cuautla. Eso nos pareció Cuautla, un

pueblo que ha escrito en sus muros ennegrecidos por la lluvia y el tiempo, la historia de sus días de sus años, de sus siglos.

Bien nos hubiéramos quedado en Cuautla; pero seguimos adelante. Otra vez entre bosques cerrados, visión de valles esplendorosos, extensiones inmensas en plenitud de verdor que nos hicieron pensar en la feraz riqueza de Jalisco. Los arroyos y los ríos a nuestro paso, y nosotros salvándolos aunque con el Jesús en la boca.

El Cerro de la Campana con sus historias; nuevos atolladeros y la necesidad de desplazar el barrizal con palas y a pie descalzo, hasta llegar a la cumbre desde donde se columbra Mascota.

Nos sorprendió por cierto la población de Mascota, con su aire señorial, sus calles anchísimas, sus edificios levantados en noble dignidad, el trato cordial de sus moradores. Aquí hicimos un alto: apenas el tiempo necesario para revisar el vehículo y proveernos de gasolina. Ya era cerca del medio día y era preciso apresurar la marcha antes de que aquellos nubarrones que se revolvían en las cumbres de la sierra, fueran a soltarse en un aguacero que dificultara todavía más el tránsito.

Luego de un largo tramo en la planicie tendida hasta el pie de las montañas, empezó el ascenso. Fue un subir de horas y horas. El camino se angosta en gargantas cerradas de vegetación. Abajo, la profundidad brumosa del precipicio: arriba, las nubes retorcidas en hervor amenazante. Hay partes del camino casi cerradas por derrumbes causados por el huracán, y ahí, el paso se vuelve todavía más peligroso, pues hay que tantear a vuelta de rueda la consistencia del terreno, apoyado al vacío sobre unos troncos de árbol.

A distancia de un cerro y después de otro, no faltan pequeñas rancherías. Las gentes viven allí como en un paraíso. El verdor de los pinos, la pureza del aire, la fecundidad de la tierra; huertas y frutales al alcance del deseo.

Pasábamos y salían los vecinos a la novedad de unos viajeros que se habían atrevido por tan solitarias veredas, unos caminantes, que no los ordinarios fleteros, en camiones de redila, que bajan a tumbos, en transportación de madera y productos naturales de la región.

Desde Mascota hasta encumbrar a San Sebastián se hacen unas tres horas de camino; esto, si no hay algún tropiezo que impida el paso regular. Los riesgos se encadenan, más allá del corte hacia Talpa, y

todavía más adelante de la desviación a Puerto Vallarta, uno con el otro; pero también se encadenan en maravillosa y variada repetición, los paisajes de la sierra, la visión de unas cumbres perdidas en el oleaje de nubes, o un salto de agua despeñándose entre rocas verdecidas de tierno musgo y bajo cortinajes de lianas.

Pero con todos los hallazgos del camino, ninguno puede compararse al hallazgo mismo de San Sebastián, en aquellas últimas cumbres de la sierra, mal asentado sobre unos riscos y en desniveles donde brincan y suenan los arroyos.

—» o «—

Y nos pusimos a remover el silencio de un pueblo que lleva siglos aquí, guardando la grandeza de otros días, cuando llegó a figurar entre los centros mineros más importantes de la Nueva España.

De aquella grandeza, perdida al trastumbar de nuestro siglo, se dice que San Sebastián llegó a contar con 20,000 habitantes, mientras hoy tiene apenas unos 500 moradores. Sabiéndolo ya no nos asombró el desparramado caserío por todas las faldas de la cañada; y ni siquiera el darnos cuenta de que la mayoría de las viviendas se encuentran solas, aunque ninguna con aspecto ruinoso.

Un documento del año de 1600, cuando San Sebastián ya figuraba en los mapas de la Nueva España, dice del Real de Hostotipac, uno de los yacimientos más ricos de la zona: "Hállase este Rial en la sima del cerro que tiene una Bufa muy alta y encumbrada, sumamente frígido su temperamento y muy nebulosa; muchos afirman que es el cerro más alto que tiene el Reyno de la Nueva Galicia, tal que los marineros de la Gran China le llaman María. I es una de las señas que siguen para seguir el camino que lleva para Acapulco..."

En el mismo documento y en los viejos libros de caja de la compañía minera, así como en los restos que pueden contemplarse todavía de lo que fueron aquellas enormes casas para beneficio del metal, se colige cuánta en efecto fue la producción de plata y oro de estas minas, tanta que en tiempos en que la población general de México andaba a niveles muy inferiores a los de hoy, llegó a reunir aquí tan elevado número de habitantes.

Pero todo eso fue hasta hace cien años. Hoy no queda nada de San Sebastián. Nada sino las huellas de su grandeza, nada sino el

hermoso caserío denotando todas las comodidades que podían disfrutarse en aquellos tiempos; todo eso y los suspiros de los ancianos que alcanzaron a ver todavía en su juventud, los resplandores de tanta prosperidad.

San Sebastián es eso ahora, un pueblo donde rondan los recuerdos como ánimas en pena; un pueblo que se quedó sólo y en su soledad sigue diciendo lo que fue; lo sigue diciendo al viajero extrañado que se anima a subir hasta sus cumbres: lo dice con palabras entrecortadas, con el balbuceo trabajoso de los hombres casi centenarios que moran bajo aquellas ruinas, bajo aquellos tejados ennegrecidos por el tiempo y la humedad de la sierra.

—» o «—

Uno de estos ancianos venerables es el propio párroco que cuenta 88 años de edad y relata interesantes escenas de otros tiempos.

Erguido todavía y con asombrosa vitalidad, el párroco de San Sebastián se pasa los días enteros tras la vidriera verdosa de su ventana; tras de una de aquellas ventanas donde se pueden palpar los años, por los hierros oxidados, las maderas carcomidas y los vidrios mismos de color apenas azul y con burbujas de aire... Allí decimos que pasa los días el señor cura releyendo sus viejos tomos de teología, en apacible embeleso, con quieta dulcedumbre.

A nuestra presencia se remueve toda la vitalidad del viejecito en cascabeles festivos; nos guiña los ojos, se sonríe, nos cuenta lo que ha vivido, lo que ha visto...

Sí, hoy no queda nada de San Sebastián, nada sino sus casas solas; ya no existen aquí fuentes de trabajo; la gente que queda, vive apenas explotando el pedacito de tierra que se detuvo entre unos riscos, cultivando sus huertas, unas huertas prodigiosas donde se dan, en asombrosa conjunción, lo mismo frutas de tierra caliente que de tierra fría.

Preguntando en una y en otra parte, tenemos noticia de don Feliciano Dueñas y vamos a visitarlo. Lo encontramos en una espaciosa estancia donde estuvo instalada la tienda de raya de los trabajadores. Todavía, en la penumbrosa anchura de aquella sala, adivinamos los entrepaños y casilleros donde se colocaba la mercancía, y aún, apolillado y derruído, el viejo mostrador con cubierta claveteada de lámina.

Nos ponemos a platicar con don Feliciano. También él tiene fresca y ágil la memoria; nos cuenta así, que nació en 1883 y que trabajó en su juventud como operario de las minas. Hasta nos dice que daba su servicio en jornadas de seis a seis, ganando un centavo por hora; que también se trabajaba el turno de la noche y que lo hacían alumbrándose con unas velas de sebo de que los proveía generosamente la empresa.

Queremos decirle si a pesar de lo exiguo del salario no considera que aquellos fueron tiempos mejores que éstos; si no acaso se vivía entonces en mayor tranquilidad y desahogo. Había dicho el poeta que todo tiempo pasado fue mejor y nosotros quisimos constatarlo con el testimonio vivo de este señor.

Pero don Feliciano no está de acuerdo en los desplantes románticos de los poetas; él recuerda aquellas jornadas agobiadoras durante las cuales tenía que permanecer las doce horas con el agua arriba de la rodilla, dentro de un charco de agua helada, llenando a botes, unas bombas que no se llenaban nunca... No, aquello no pudo ser mejor; si los doce centavos de su jornal le bastaban para vivir, también dice que aquella vida estaba muy llena de limitaciones, y que hoy, el más infeliz leñador que se mantiene acarreando cargas de leña del cerro, tiene para comprarse sus zapatos, su pantalón y darse una vida más holgada.

Dejamos a don Feliciano con sus ojos empañados y fríos, como uno de aquellos charcos de agua donde pasó su juventud; lo dejamos mientras nos dice que espera su muerte y la recibirá con gusto, que ya nada le queda por hacer en la vida.

Este buen hombre piensa que nada le resta ya, pero don Román Saldaña, a quien fuimos a saludar después, con sus 101 años de vida y su conversación trabajosa porque a veces se le enredan las palabras, piensa que no ha acabado todavía; así lo manifiesta hablándonos de su inquietud por unas tierras que le anda escamoteando un cierto individuo.

También don Román trabajó en las minas; él como fletero de la compañía; dice que al principio trabajaba en las minas de El Porvenir y El Parián, con sus mulas, dando maíz a los trabajadores; pero que de aquí, "los mismos gringos" lo contrataron para transportar en atajo de 8 o 9 mulas, hasta Ameca, otras tantas cargas de "polvillo".

Recuerda sus jornadas en incansable ir y venir por caminos casi intransitados y nos refiere el caso de una vez que, a inmediaciones de El Cimarrón, fue asaltado por Pablo González, quien, sin más, ni más, le robó sus recuas.

Todas estas historias y vuelve la preocupación que lo desvela: aquel pedazo de tierra, el potrero de El Tronchado que por malas mañas le quiere arrebatar un influyente; como que también sube hasta aquí la acción de éstos; nosotros mismos lo pudimos comprobar en los letrerones que anunciaban la visita de un candidato a diputado.

Pero si los mayores tienen consigo mil recuerdos de los años de grandeza que vivió este pueblo, los vecinos en general, dan testimonio de bondad y cordial sencillez. Así, pudimos compartir con personas como don Salvador Curiel, doña Chole, doña Josefina y sus hijas, don Francisco Sánchez y su familia, vueltos toda atención y gentileza hacia el visitante.

Grata conversación en los tendajones, en los portales abiertos a la calle mientras la lluvia se descuelga de los picos de la sierra, o un huracán de neblina, al mediodía y por la tarde viene a encajonarse en turbonada silenciosa y luego empieza a hacer gotear los tejados y a cubrir de perlitas de agua el musgo y los helechos silvestres que recubren los muros y cercados.

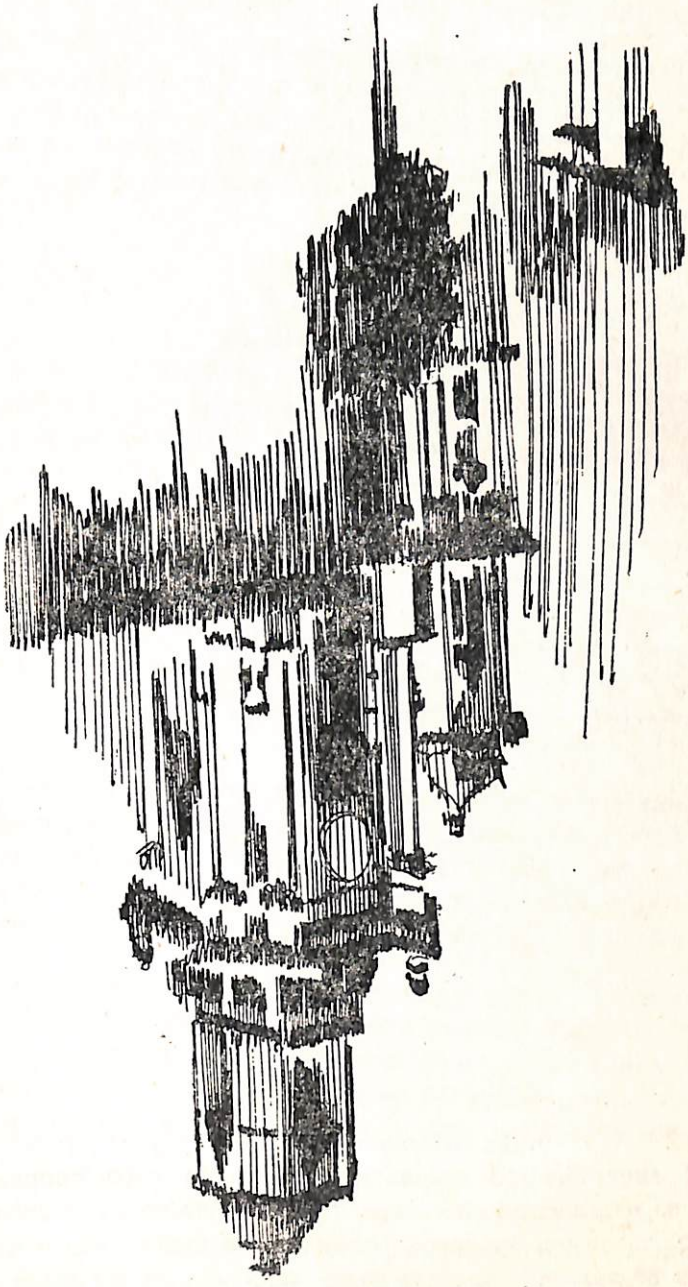
La charla y una taza de café cultivado aquí mismo y ya puede uno pasarse la tarde en la forma más agradable. Las cumbres de la sierra se hallan envueltas en las nubes; ya hoy no saldrá el sol y al oscurecer, continuará la charla a la luz de un mechero de petróleo o de una vela, pues en San Sebastián ya no hay luz eléctrica.

—» o «—

Su aire de primitiva inocencia, la impresión desoladora de un pueblo fantasma que se quedó sólo. La construcción bellísima de tejados y aleros en tan buen gusto planeados, el desnivel del terreno que acentúa más la intención estética del caserío; todo eso, y el cerco majestuoso de las cumbres que circundan a San Sebastián...

Hay que conocer a San Sebastián, pero hay que hacerlo con la delicadeza y respeto que merece; porque no vaya a suceder que una

mayor afluencia de visitantes, turbe escandalosamente su silencio y empañe su transparencia primitiva, su entrañable inocencia. Si así ha de ser, mejor que siga en su olvido, mejor que permanezca en la pureza de su abandono, como un remanso defendido por montañas y alejado en su altura, del ruidoso alboroto de nuestro siglo.



SAN GABRIEL

San Gabriel, un nombre y una ciudad que se antojan pertenecientes a otro mundo. Se diría que todo allí tienen un orden superior: el nivel de altura en que se sitúa la ciudad, los recuerdos de una aristocracia que todavía se advierte en las arcadas que se levantan por todos lados, la educación y gentileza de sus habitantes....

Fuimos a la antigua ciudad de San Gabriel rebautizada no hace muchos años con un nombre que los gabrielenses repudian, no porque tengan nada contra Venustiano Carranza, sino porque piensan que "el rey viejo" nada tuvo que ver con esta noble población.

En aquel aire claro de las cumbres, en la fragancia de la sierra que huele a pureza, en el dibujo de paisajes que se engrandecen con el perfil majestuoso del Nevado, por entre caseríos, hondonadas, saltos y montañas, va serpenteando el camino que parte de Sayula y en vueltas y peligrosas revueltas, llega a la suavidad de una llanada donde se asienta San Gabriel.

El viajero no conoce nada de esta población. No lleva antecedentes que le prevengan en una u otra forma. Va a conocer a San Gabriel y esta disposición lo mismo le dejará recibir una impresión grata que una desagradable impresión.

El camino fue áspero y difícil. De Sayula y por unos 20 kilómetros las cosas pintaban de un modo halagador. Esto es perita en almíbar. Así se llegó a considerar la aventura. Una aventura magnífica con albores de anunciación, con fragancia de pinos, con celajes luminosos como todo aquello que debió servir de marco al Arcángel San Gabriel en el hecho bíblico de su intervención. Subíamos a las cumbres de una nueva anunciación.

Pero a poco las condiciones del camino se tornaron sumamente difíciles. Se está trabajando en la pavimentación de la carretera que llega a la población. Pero de momento, cuántas dificultades, cuántas esperas al lado de la brecha mientras pasan las máquinas; y aquel polvo

liviano, sutil y penetrante que lo invade todo, que ciega el horizonte, levanta fantasmas amenazadores. Y luego aquel tramo por donde el vehículo en aventura fakiresca va atravesando por cuchillos de piedra.

Así avanza el viajero que va al encuentro de esta anunciación en las alturas de la sierra de Tapalpa. El anuncio de cordialidad, de sencillez, de una refinada educación en aquellas gentes que viven al fulgor de una grandeza que puede advertirse todavía en San Gabriel.

El viajero no tenía antecedentes. La torre parroquial a distancia pareció diminuta y ordinaria. El callejón de entrada defiende unas huertas donde abotonan las flores de durazno, enredándose en las ramas secas como pequeñas mariposas endurecidas aún por la fuerza de la helada.

Así se llega a San Gabriel y el viajero que esperaba una población común, otra como las incontables poblaciones jaliscienses, con un estilo, un aire, una imagen, delineados en el espíritu que da carácter a esta entidad, se sorprende al hallazgo de una población distinta.

Aquellos portales que rodean las dos plazas de San Gabriel, con una reiterada insistencia ojival. Y si uno se asoma a las casas, a cualquier casa, pues todas tienen un perfil de interesante nobleza, en todas encuentra aquellos enormes corredores, otra vez con la inesperada ojiva de sus arcos en jugueteos de las más diversas formas.

Pero no es sólo el gótico afán de San Gabriel lo que sorprende y cautiva desde el primer encuentro; es la anchura de sus calles, el trazo de sus plazas, la arquitectura de sus iglesias; todo eso, y la sonrisa gentil, el trato cordial de sus gentes.

Un arriero acaba de llegar de quién sabe qué caminos distantes que se quedaron perdidos allá en el umbroso murmullo de los pinos. Ha entregado los productos campesinos que trajo y ha dejado sus burros a la sombra de un arbolillo que se esfuerza en lucir retoños nuevos en una esquina de la plaza.

Aquellos niños juegan canicas en el pavimento lustroso al desgaste de los años, de uno de los portales de la plaza. A ellos preguntamos por el señor Oscar Villa Fregoso y ellos nos conducen hasta la casa de venerable y holgada antigüedad que se localiza en una esquina del portal.

La historia de San Gabriel. Cuántas cosas hay que decir acerca del pasado de este pueblo. No la transcripción de documentos de enredada

grafía, no los infolios amarillentos y perforados por la polilla, sino la relación viva y emocionada de las gentes que conocen y hablan del pasado glorioso de la que fuera importante ciudad en toda esta región.

Aquí encontramos de nuevo el dato religioso, arranque señero que determina el nacimiento de casi todos nuestros pueblos. Por eso resulta absurdo y fuera de lógica el empeño de liberalizar, aunque en el nombre, nuestras poblaciones. Si se les pudiera quitar de su misma entraña histórica la base religiosa donde se sostienen, no quedaría nada de ellos.

Así en la historia de San Gabriel, así en los datos que refieren los vecinos, así en la respuesta pronta con que relatan al viajero cómo se formó esta población... Una historia con perfumes de leyenda y trashendida de un sentimiento piadoso de gratitud al hecho que consideran definitivo en el trazo histórico que están presentándonos.

El relato parece envaguecido en la bruma que tienen todos los acontecimientos verificados en nuestro suelo antes de los españoles.... Luces indecisas, nombres, sucesos que se entretejen en la niebla de una atmósfera llena de poesía, pero sin la exactitud concreta de un hecho comprobable.

La historia de San Gabriel comienza en un cierto lugar situado en la falda de los volcanes, al que se daba el nombre de Amole, según ello por honrar la memoria de un viejo cacique, "tan valiente y esforzado que cuando se enojaba echaba espuma por la boca", igual que esa raíz campesina cuya espuma se usa rudimentariamente para lavar.

Hacia el año de 1525 los indios de Amole recibieron al conquistador Francisco Cortés que recorría estos rumbos. No hubo rechazo de parte de los sojuzgados, "los indios le rindieron vasallaje y construyeron una gran casa para él y sus soldados".

En el año 1576 "reventó el volcán y fue tanto el ruido de las piedras que despidió, que muchos murieron de espanto" quedando Amole destruido, a grado tal que sus moradores prefirieron abandonar aquello e ir a vivir a otros pueblos.

Iban los indios en peregrinación buscando el sitio mejor para edificar su pueblo. Llevaban consigo la imagen de un Santo Cristo que debió dejarles Fray Juan de Padilla cuando en 1533 anduvo evangelizando esta región. A la sombra de aquel crucifijo se aquietaba la tristeza de haber perdido sus chozas; él mismo les inspiraba confianza en el

recorrido de valles y de montes en busca del lugar donde habían de establecer su morada.

Parece que aquellos indígenas tenían el propósito de llegar hasta Jiquilpan, un antiquísimo poblado puesto en las estribaciones de la Sierra de Tapalpa; poblado cuyo nombre aparece ya en las crónicas más antiguas con el nombre de San Juan Xoquilpan.

La ultima jornada antes de llegar a Jiquilpan correspondió a un llano conocido entonces con el nombre de San Gabriel. La tarde venteaba con fragancias de sierra. Un sol ardoroso enrojecía los rostros de aquellos indios fatigados en la andanza y en el peso del crucifijo. Aquel arroyito ofrecía el refrigerio de las aguas azules que bajaban de las cumbres.

Dijeron los indios: nos quedamos aquí. Vamos descansando esta tarde y esta noche; ya llegaremos mañana. Unos se habían encorvado a beber el agua del arroyo, los otros buscaban la sombra de un arbolillo para tender su fatiga.

Y el Santo Cristo.... Para el Santo Cristo se reservó un sitio mejor. Allí estaba un mezquite enorme a cuyo tronco recargaron la preciosa imagen apenas envuelta en sábanas y trapos de lo más limpio y fino que podían tener en su pobreza.

Así transcurrió aquella tarde. Los vientos de abril entonaban salmos de alabanza al crucifijo, y las golondrinas llegaban a rodear un vuelo de adoración en torno de aquel bulto misterioso que contenía la imagen... Pero los indios apenas tomaban atención de estas cosas: ellos se habían tirado en la tierra limpia a reponer sus fuerzas. Unos se habían dormido y roncaban con libre entonación...

Así la tarde y también la noche. Todavía estaba alto el lucero cuando hablaron de reiniciar la marcha. Era preferible madrugar para anticiparse al sol. Que las mujeres tomaran por delante; los hombres iban a organizar sus turnos para cargar aquella bendita imagen de su Cristo. Todo igual a los días que llevaban en esa peregrinación....

Ya iban buen tramo adelante las mujeres con los niños de brazos o con el chiquillo remolón cogido de la mano que decía que la noche estaba muy oscura todavía. Ya iba en la loma un numeroso grupo de indios cuando los que debían cargar el Santo Cristo en el primer tramo empezaron a mirarse asombrados unos a otros: seguro estaban muy dé-

biles, seguro amanecieron enfermos, seguro les había afectado mucho la caminata de los días anteriores: qué casualidad que por más esfuerzos que hacían, no podían levantar siquiera la imagen.

Y llamaron a los de la segunda jornada; que adelantaran de una vez su turno, a ver si saliendo el sol, recobraban ellos la fuerza necesaria. Pero tampoco los otros pudieron ni siquiera mover el milagroso Cristo...

Se juntaron 40 o 45 hombres. Cada uno impulsaba con todo su vigor y el crucifijo como si fuera una mole inmensa enraizada en el suelo, seguía firme en el mismo sitio donde quedó la tarde anterior.

Que sí, que no, que era aquello un prodigio. Que no, que era una cosa del demonio que quería arrebatarles su Santo Cristo. Y se juntó la multitud. Unos lloraban y otros rezaban con todo el amor de sus almas. Se arremolinaban los indios en torno a la imagen, y el Cristo seguía igual. Su peso misterioso era más grande que la fuerza de todos los devotos.

Pensaron que lo mejor sería entonces ir hasta Tapalpa. Que viniera el Sr. Cura para que conjurara a los demonios, o él sabría lo que mejor podría hacerse, que para algo disponía de poderes que los hombres juntos no pueden alcanzar jamás.

El enviado llegó al atardecer de ese mismo día. Venía acezando con la dificultad y el ahogo que le significó la caminata emprendida a toda carrera.

Decía el Sr. Cura de Tapalpa que dejaran la imagen en su sitio, que esto podía ser una señal providencial para que allí mismo fundaran su pueblo. Que eso era lo que debían hacer.

Los indios recibieron sumisos la orden eclesiástica y desde luego empezaron a levantar sus chozas alrededor del mezquite donde estaba todavía recargada la imagen del Crucifijo. Después formaron una improvisada capilla de zacate para proteger la imagen del viento y las lluvias... Allí quedó la imagen, allí está todavía, pues aseguran que el tronco del mezquite está justamente bajo el altar del templo que el viejero ha conocido... Todo quedó allí. Allí está la antigua ciudad de San Gabriel cubriendo lo que fue aquel antiguo potrero de San Gabriel...

Anda por ahí una reproducción del decreto número 658 del Congreso del Estado, estampada en seda y con adorno de flores bordadas en azul que trata de la promulgación por la cual "Se concede a la Villa

de San Gabriel (9o. Cantón) el título de Ciudad". Suscribe este documento Luis G. Curiel, Gobernador Constitucional Sustituto del Estado Libre y Soberano de Jalisco; y firman en Guadalajara, a 10 de abril de 1894, los diputados Camilo Servín de la Mora, M. Mendoza López y Jacinto Montaño.

Pero la importancia que tuvo San Gabriel todavía en los comienzos de este siglo no fue cosa de un decreto; el renombre que esta ciudad llegó a alcanzar en el ámbito nacional no provino de un documento ya desleído y borrado por el tiempo...

Ahí están las cifras de su población, de su florecida economía, ahí los hombres y nombres cuya significación política y cultural llegó a ser reconocida nacionalmente.

Hay un dato que explica por sí mismo el alto nivel de importancia de San Gabriel y luego el estrépito con que se desplomó todo aquello a los primeros estampidos de la Revolución...

La bondad del clima, la feracidad de sus tierras, la belleza natural de sus paisajes, hizo de estos lugares un sitio adecuado para la instalación y próspero funcionamiento de un buen número de haciendas.

Los vecinos de hoy todavía recuerdan una docena de los nombres que correspondían a estas haciendas. La agricultura alcanzó por ellas niveles de rendimiento nunca más obtenidos. De esta bonanza del campo se derivó luego el empeño por instalar diversas industrias; las hubo en operación de mucha importancia y con ingresos que consolidaban cada día mejor la prosperidad económica de San Gabriel.

No había gente desocupada. No había familia que no tuviera la ayuda de un buen trabajo en el campo o en las fábricas dependientes de los señores hacendados. Y San Gabriel se presentaba orondo, henchido de su abundancia, lleno de comodidades, ufano en el clima de prosperidad, de entendimiento pacífico y cordial con que todos los vecinos se llevaban entre sí.

Allí estaba todo. El desahogo económico trajo la facilidad para el cultivo de las artes y las letras en quienes tenían disposición para ello. La holgura del vecindario estableció la competencia para ver quién levantaba la casa más bonita, con los portales más elaborados que parece construyó un canterero de Sayula, dando a todos de este modo y por el mismo afán de emulación que surgió entre las familias, un trazo igual en las líneas del gótico.

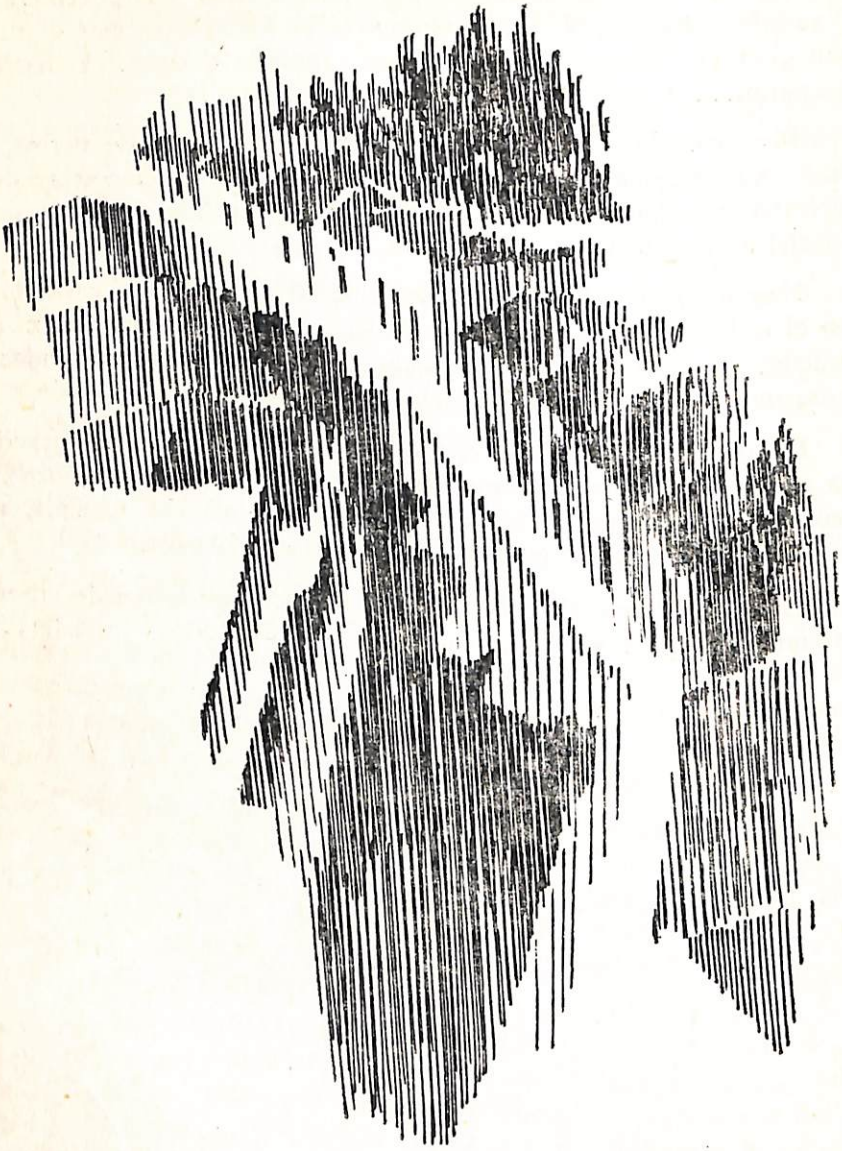
La vida de San Gabriel marchaba sobre ruedas. Todo hablaba de bonanza. Nadie tenía de qué quejarse porque ni el más pobre era como lo es hoy el menos pobre... Esto nos dicen los señores más grandes de San Gabriel. Ellos vivieron parte de aquellos tiempos. Y recuerdan, comparan...

Pero vino la Revolución. Se estableció el reparto de tierras. Empezó a disgregarse el poderío económico centrado en el nombre de una hacienda y la importancia y la grandeza y la sólida economía de San Gabriel se derrumbó en un instante.

Hoy no queda de aquellos días sino el recuerdo. Las casas todavía con el sello de la época de abundancia, pero sin el mobiliario, sin el carácter, sin el ambiente distinguido de entonces. Las haciendas son ahora un montón de ruinas...

Dejamos a San Gabriel con el recuerdo de sus viejas grandezas, con el mortecino fulgor de sus días mejores, sus arquerías góticas, y el amor y devoción profundos a la imagen del Señor de Amula, mejor conocido hoy como Señor de la Misericordia de Amula.

San Gabriel: un aire claro en la cumbre; anunciación de misericordias que plasmaron en una ciudad de mucho señorío y carácter...



PIHUAMO

Todos sabemos que entre los municipios de Jalisco más esplendorosamente adornados por la naturaleza, ha de ponerse el de Pihuamo. Su ubicación, su altura, el cerco, la visión magnífica de los volcanes, su fertilidad, su clima, la bondad y sencillez de sus moradores, todo esto hacen que la población pueda decirse y sentirse, casi el paraiso.

Por todo ello, el Dr. Atl, aquel hombre enamorado de las cumbres, obsesionado de la claridad transparente de las montañas, soñó una vez en edificar en Pihuamo, en los cerritos próximos a la población lo que quería que fuera la Ciudad Universal de la Cultura.

Pensó este singular ermitaño, amigo de todos los rincones más bellos de México, morador en largas temporadas de las más importantes cumbres de nuestra orografía, que ningún otro sitio alcanzaba la espléndida belleza de Pihuamo, que aquí estaba el centro de las más hermosas manifestaciones naturales, aquí se situaba el corazón de todos los encantos que el mundo podía ofrecer a artistas, literatos, hombres de ciencias de todas las partes de la tierra.

Y no exageró el visionario. Quien va a Pihuamo una vez, se queda prendado y prendido de aquella luz, de aquel lujurioso verdor, del viento claro de aquellas cumbres, del perfume embriagante de estas sierras, de la transparencia de las gentes que viven aquí.

Nos extasiábamos contemplando los más diversos panoramas hasta que pudimos entrar en conversación con gentes que amablemente quisieron hablarnos de su pueblo.

Un señor nos dijo:

"Francamente no sabría decirle con seguridad de dónde vino el nombre de Pihuamo ni la fecha de la fundación de este pueblo. Sé decirle, sin embargo, que no fue aquí el asiento definitivo del pueblo. Que hace cientos de años la población estuvo colocada en la orilla del río, en una ranchería vieja y carcomida por el tiempo, que existe todavía y,

que recibe el nombre de Pueblo Viejo. Vaya, vaya a ese lugar, quizá usted encontrará rastros de lo que fue Pihuamo; seguro que poniendo atención, fijando el oído, podrá escuchar en el aire los ecos de lo que fue aquella vida, alguna sombra errando en el espacio..."

El señor, nuestro amigo desde hace media hora, se ha entusiasmado en su explicación. Sin proponérselo, ha venido a trashender el tiempo y sueña, imagina, ve...

—¿Y en cuanto al nombre? ¿Qué nos dice del nombre de Pihuamo?

—He oído decir que hace muchos años, cuando esto era parte de la Hacienda de Belén, en época de la colonia, vivía aquí el dueño de todas estas extensiones que se abarcan con la mirada. Era un hombre muy rico y de entrañas misericordiosas. Se llamaba o le decían por nombre Pío. A él acudían necesariamente todos los que moraban en las rugosidades de esas montañas, en las honduras y recodos donde hay sitios laborables. Venían a recibir el pago de su trabajo, a tratar asuntos relacionados con el cultivo de las tierras. Era el amo de todos. Y viniendo a él, se decían unos a otros: Vamos con Pío-amo; necesito hablar con Pío-amo; esta mañana fuí a ver a Pío-amo....

Pasaron los años y el vocable se fue madurando como se madura una fruta hasta dulcificarse. Así se volvió dulce la palabra y quedó, después del pulimento de muchos labios en muchos años el nombre de Pihuamo.

Hemos preguntado o más bien tenido detalles curiosos que dejan traslucir la sencillez de las gentes de este pueblo.

Nos detenemos en una casa que queda a una esquina del mercado. Apenas vamos a llamar y ya está una señora frente a nosotros.

—¿Usted es doña Aurora? Nos dijeron que usted podía decirnos cosas muy interesante de Pihuamo y por eso hemos venido.

—Pásense, pásense, me da mucho gusto poderles ofrecer mi casa.

—Queríamos que nos hablara acerca de la vida de la población.

—¿Mis recuerdos y eso?

—Por ejemplo. Nos gustaría que refiriera algún recuerdo de su infancia en Pihuamo.

—Pues nada, que nos tenían aburridas a mí y a mi hermana llevándonos a barrer nidos de hormigas.

La señora con quien conversamos es toda amabilidad y gentileza. Sin que mediara ningún antecedente, nada que nos hiciera merecer su benevolencia, está aquí llena de atenciones y dispuesta a contestar todas nuestras curiosidades.

La señora Aurora es un ejemplo típico de la llaneza y cordialidad de las gentes de Pihuamo.

Tiene la señora Aurora un modo de reír tan agradable; que uno también siente confianza desde el primer momento. Es sencilla, amistosa y con un estilo de conversación de lo más atrayente.

Ahora que nos dice que sus recuerdos de la infancia comienzan en esa diaria faena que tenía que desarrollar barriendo hormigueros, nos ha dejado desconcertados. Y le hemos pedido que nos explique las cosas; tal vez en ello vengamos a saber de alguna costumbre particular, una tradición, algo que caracterice particularmente al pueblo de Pihuamo.

La señora prende en su rostro una de sus mejores sonrisas. También prende un cigarrillo y ya está con ello dando a la charla un sabor más informal, más franco.

—¿No ña preguntado de las famosas "cuatas" de Pihuamo?

—Es que no teníamos antecedentes. Usted diganos, señora.

—Somos mi hermana y yo. Le aseguro que en nuestros tiempos hicimos época en Pihuamo. Todo mundo conocía a las "cuatitas".

—¿Y esto tiene alguna relación con las hormigas?

—Bueno, es que aquí ha existido la creencia de que para combatir un hormiguero, nada hay más efectivo.

—Perdónenos, señora; pero aún no entendemos nada.

Eso le hemos dicho a la señora que ha puesto en sus ojos una chispa de malicia. Diríamos que ella ha querido enredarnos en un curioso acertijo y que se goza de nuestra turbación. Se goza de ella mientras en el rostro le rebullen unas risas tan festivas que ya no puede contener.

Nosotros pensamos en lo que podrían ser los hormigueros entre aquellas gentes. Lo que pueden ser para todo agricultor o dueño de una de las huertas de Pihuamo, cuando en marabunta incontenible lle-

gan los animalejos y destruyen, talan, arrancan lo más tierno de los árboles y los sembradíos.

Creemos que por estos rumbos deben andar las creencias de que nos habla la señora Aurora y sus recuerdos de infancia. Ella ha adivinado nuestros pensamientos porque luego ha desenlazado la cuestión:

—Sí, eso; los hormigueros son una calamidad, lo han sido siempre. Hoy existen muchos modos de combatirlos, pero en aquellos tiempos se tenía por cosa segura que barriendo el hilo de hormigas por mano de unas cuatas, desaparecía la plaga.

—Interesantísimo. Pero, oiga, ¿desaparecían los bichos efectivamente?

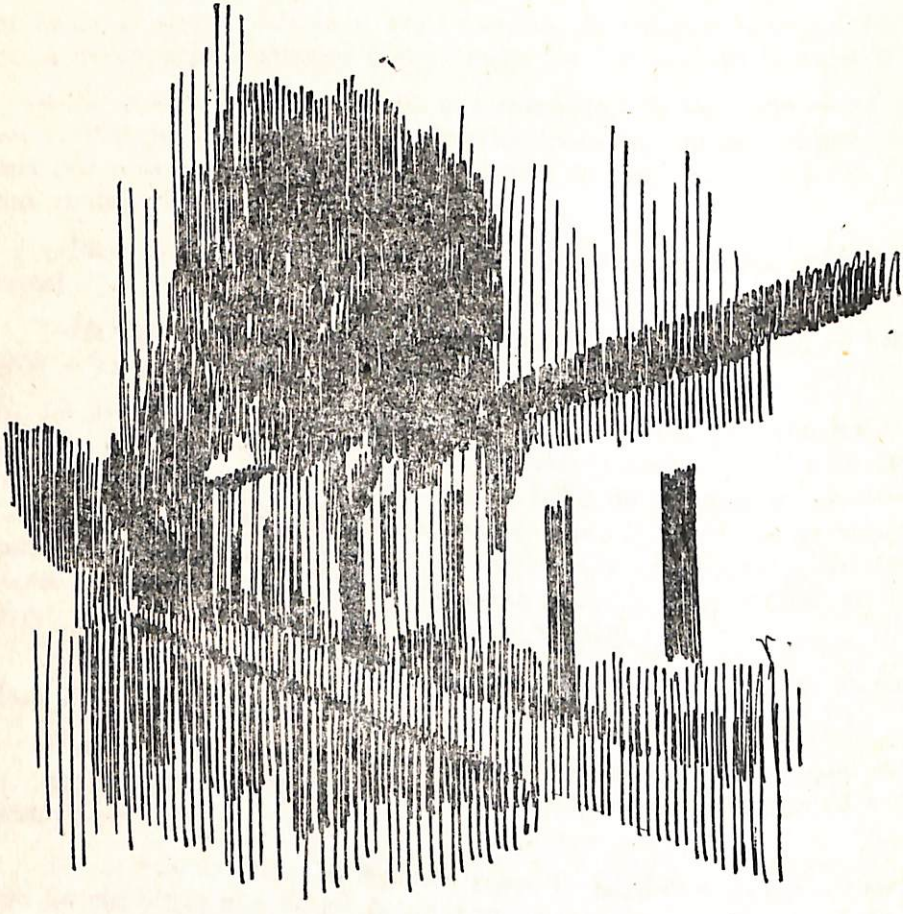
—La verdad, no me acuerdo; lo único que sé decirle es que mi hermana y yo andábamos de casa en casa y de huerta en huerta....

La belleza de Pihuamo está relacionada particularmente con los accidentes de su geografía. Es un municipio montañoso; hacia el lado que uno vuelva la vista no se ve sino subir y bajar de cumbres y hondonadas: aquéllas van sobreponiéndose unas a otras; las primeras en verdor radiante, las segundas difundiéndose suavemente en la lejanía; las terceras, las cuartas, esfumándose cada vez más hasta recortarse en un tierno verde-azul, sobre el azul intenso del espacio.

También las profundidades van insinuándose a la distancia abriéndose allá, más allá, como gargantas de una profundidad insondable.

Cada una de las rinconadas que constituyen dentro de aquel suelo montañoso el municipio de Pihuamo, es un vergel de feracidad y de hermosura.

Quien nos ha dado pormenores sobre la fertilidad de estas tierras nos ha dicho que uno de los factores que intervienen en ello es el de la abundancia de lluvias; que en ningún otro lugar llueve tanto como en Pihumo. Y lo explica haciéndonos ver cómo los vientos calientes que vienen del valle de Colima, cargados de vapor de agua, chocan contra el clima frío de estas tierras, antes de brincar la sierra se deshacen aquí en un eterno llover de días y noches.



CUAUTLA

—Pasen, señores; esta es su casa.

El viejecito apenas interrumpió el movimiento de sus manos y apenas volvió la vista hacia nosotros para acompañar con un gesto amable, la invitación que nos ha hecho.

Son estas tardes de invierno. El aire se enfila dolorosamente y hiende su rigor en la cara y en las manos. La luz es tan deleznable pero al mismo tiempo tan precisa, tan dura, que da a las cosas una categórica desnudez de verdad. Esto sólo un instante, porque ya luego empieza a aletear la mancha amarilla de sol sobre los pobres muros de la calleja.... Así, y ya estará la noche.

Hemos llegado a este pueblo, temprano en la tarde. Vinimos caminando a pie para no perder uno solo de los rasgos que en estas tardes de invierno y en un pueblo como éste, hacen sentir la íntima emoción de lo primitivo, de lo estable, de lo esencial, que sólo puede encontrarse en aldehuelas como la que visitamos ahora.

Un gallo canta en estridente garbo y hace temblar por un momento la triste soledad de la calleja. En una ventana entreabierta aparece de pronto el rostro de una mujer. Nos ve con ojos impasibles y se pierde en la oscuridad de aquel cuarto.

Allá viene un hombre a caballo. El repiquetear de herraduras en el empedrado tiene una musicalidad que sube de volumen cada vez, que se agita y acelera en el modo de un frenesí incontenible. Pasa al lado de nosotros y el señor tiene la gentileza de levantarse el sombrero a tiempo que nos desea... "buenas tardes tengan sus mercedes"... Luego va apagándose poco a poco en la distancia del callejón la música de aquel trote.

Nosotros vamos palpando cada movimiento, vamos tanteando en gozo interior las luces, la sencillez de este pueblo, la tranquilidad de este aire.

Y hemos llegado al frente de un portalillo. Techo de teja ennegrecida y ruinoso; una división de adobes desmoronados lo separa de la calle. Sobre este muro hay macetas de alcatraces y vegonias, tan desmedradas y caídas las matas que pensamos han antecedido unas heladas muy duras.

En la penumbra de este portalillo hemos adivinado casi la figura de un hombre. Parece la estampa de un patriarca, la figura de un anciano venido de la lejanía de varios siglos. Nos detenemos y él vuelve la vista en un giro rapidísimo, pues no quiere desatender la tarea que está realizando.

Una visión fugaz de aquel rostro endurecido, con las marcas acordonadas de muchas arrugas que se encuentran y tejen de una parte a otra. Eso y la particularidad de un ojo apagado, un ojo sin luz, un ojo empequeñecido lastimosamente. Ahí están, por el lagrimal y la mejilla, las huellas blancuzcas de un llorar continuo.

Así y todo, con la primera impresión dolorosa, la voz amable, la expresión gentil de este buen señor que nos invita a pasar.

Está hilando en una máquina rudimentaria que consta apenas de una rueda de madera y un cordel, las esponjadas madejas de lana que tiene a su lado y que va enredando una con la otra, al girar de aquella rueda, en el ovillo ventrudo que se engruesa más, a cada movimiento, sobre el eje.

Ya dentro del portalillo: —La tierra suelta, unos aperos de montar tirados en una esquina, allá unas calabazas, pobreza y abandono en todos lados—, nos quedamos admirando la destreza de este hombre.

Hace girar la rueda con una sola mano, mientras la otra va llevando a su sitio exacto la continuación de aquella hebra que se retuerce y adelgaza antes de enredarse en el ovillo.

Pensamos que en el anciano hay un gesto de complacencia; que le satisface nuestra curiosidad, le engríe nuestra atención. Creemos advertir en el mismo ojo seco y comprimido una sutilísima luz, un brillo gozoso.... Quién sabe, quién sabe si sea nada más la fulguración de aquel constante lagrimear que le humedece el párpado marchito.

Luego comienza la conversación. Una charla vivaz, comedida, llena de datos importantes sobre la vida de este pueblo.

El señor tiene ganas de platicar. Las horas que lleva encorvado sobre la rueda sin despegar los labios, lo hacen responder ahora con abundancia de palabras y con la sal y el color de sus recuerdos personales, todas nuestras preguntas.

Afuera va cayendo la luz. Un viento helado sacude las ramas desnudas de los tabachines. Con el viento llega la fragancia de los pinares que resplandecen al último sol de este invierno, a muy poca distancia de la población.

—» o «—

—¿Con que vinieron a conocer este pueblo?

—Así es, señor. Habíamos oído el nombre muchas veces y ahora que andábamos por el rumbo quisimos llegar hasta acá.

—¿Se imaginaron una ciudad muy importante? Qué dijeron: Cuautla debe ser una maravilla.

—En verdad es un pueblo con muchos atractivos: la vegetación que lo rodea, aquel perfil de montañas, el trazo de sus calles, el clima...

—Bueno, el clima; eso sí. Viera que tenemos una temperatura muy buena. Se resiente el frío, pero no mucho que digamos.

—Y las gentes, oiga....

—Favor que nos hace, señor. Aunque no crea que somos tan buenos. Somos pobres y no tenemos grandes cosas que ofrecer, pero eso sí, amistad y buena voluntad, de eso sí puede estar seguro.

—¿Y de su pueblo mismo qué nos dice?

—Ahí lo tiene usted....

—Sí, claro, pero nosotros preguntamos acerca de sus costumbres, de sus tradiciones, de su forma de vida....

—La mera verdad yo no puedo decirle nada de eso; no entiendo lo que me pregunta.

—Es muy sencillo. Que nos dé sus recuerdos más antiguos, lo que conserve desde su infancia, lo que vio, lo que le gustó más en aquellos tiempos.

El señor se ha quedado un rato pensativo. Parece que ha llevado la rueda de hilar que está trabajando aquí con destreza extraordinaria, hasta los campos recónditos de su cerebro y que allá a puesto a funcionar esta máquina.

Mientras pierde su memoria en los años lejanos, ha hecho una mueca como de una íntima y dolorosa desesperanza.... No, aquello no lo va a volver a vivir. Tal vez sea este pensamiento el que le hace entrecerrar los ojos y apurar todavía más la amargura apagada del ojo que se quedó sin luz.

Luego ha comenzado al fin una enumeración de hechos que recogemos y ordenamos por nosotros mismos, seleccionando entre aquella pródiga relación, los puntos que pensamos valen como una semblanza de Cuautla, Jal.

—» o «—

"No crean ustedes que toda la vida ha estado Cuautla donde está actualmente. Yo me acuerdo todavía, cuando estaba chiquillo, de los cimientos de piedra maciza, de los tramos de pared que sobresalían entre el hierbajal. Todo esto quedaba en un punto que se llama Tetitán. Aquello era el pueblo.

"Yo oí decir que desde lo más antiguo estaba este pueblo de Tetitán que le digo, pero, un año, se vino una enfermedad muy fuerte. Mire, que las gentes caían así redonditas; nomás un suspiro, nomás se estremecían, y allá van a dar al suelo. Sabe qué clase de enfermedad tan rara sería esa, pero lo cierto es que la gente se acabó casi por derecho.

"Los pocos habitantes que quedaron con vida, le tuvieron miedo a aquel sitio; no, aquí está infestado, vámonos a otro lado. Si seguimos aquí nos va a tocar la misma que a nuestros padres, que a nuestros hermanos....

"Sucede que así dijeron los que vivían allá donde estuvo el primer pueblo de Cuautla, ese lugar que le digo que se llamaba Tetitán. Y nomás agarraron su sombrero y su cobija, y las mujeres su puro rebozo y aquí vienen por el cerro buscando un lugar. De aquello que quedaba allá no se preocuparon, señor. Dicen que dejaron las puertas abiertas, las chimeneas humeando, los santitos en las paredes, las camas puestas.... Se salieron como quien va a volver por la tarde y ya nunca volvieron.

"Y por este lugar, a los lados del camino fue agrupándose la gente. Usted sabe que aquí se pasa para ir a Talpa. Los peregrinos de todos los rumbos de la tierra tienen que venir por este camino. A voy y voy, en la pasadera de cientos de peregrinos que han recorrido este camino, se han hecho los surcos hondos, se ha pintado en la piedra viva, el paso de las caravanas.

"Y eso sucedió: que las gentes se quedaron sin casa y andaban viendo un lugar para establecerse; empezaron a buscar el calorcito de los peregrinos que pasaban la noche a lo largo del camino, y fueron levantando sus jacalitos, primero para pedir un taco de frijoles a los que venían aquí a visitar el Santuario de la Virgen de Talpa, y ya con el tiempo para ofrecer a los peregrinos un lugar donde pasar la noche, una taza de café caliente, algo de comida.

"Ya le digo a usted, así nació Cuautla. Nuestro pueblo es como un resplandor de Talpa. Como un punto de reposo, como un descanso en la sierra, antes de encumbrar más a aquellas hermosuras de Nuestra Señora. Nació en el calor de muchos corazones devotos. Y se arrulló como un niño con los cantos y alabanzas piadosas que retumban por aquí. Entretuvo el tiempo con los cuentos, las historias que se ponen a contar los caminantes. Ya sabe usted cómo es eso: se ponen a sestear, se quedan a dormir y se divierten mientras les llega el sueño y a veces toda la noche, contando cada uno su historia.

"Ha de estar pensando que todo esto que le digo son puras invenciones mías. No, señor; le aseguro que Cuautla está hilvanada a la historia de las peregrinaciones que han pasado desde hace muchos siglos. Mire, para que no diga: fíjese en aquellas casas que se divisan desde aquí. Las verá enfiladas una al lado de la otra. Se van dando la mano una en seguida de la otra. Resulta que precisamente por allí pasaba el camino viejo de Talpa. Por eso le digo que así nació Cuautla...."

El señor, nuestro amigo, se ha detenido como para tomar aire. Su charla parece que ha llegado a fatigarlo. Detuvo el girar de la rueca.... pero no puede detener la rueca del tiempo que sigue devanando pausa a pausa la luz de la tarde. Ya se borronean las distancias con las manchas enrojecidas del último sol. Un viento helado mueve y hace estremecer con ásperas resequedades el maizal que se asoma todavía al otro lado de la cerca. Un cerdo pasa despaciosamente por la calleja solitaria.

Nosotros queremos atar el hilo de la conversación. Queremos que esta rueca amorosa que va enredando días, recuerdos, emociones vivi-

das en el ovillo sin fin de la memoria, vuelva a anudarse otra vez en los labios de este anciano.

Y pedimos y estimulamos a este buen señor; le rogamos que nos hable más de aquello que sepa acerca del primitivo pueblo, que nos hable de los tiempos en que Cuautla era Tetitán....

"No amigo, eso ya se acabó. Le dije que aquello había sido en lo más antiguo de los tiempos más antiguos. Le dije que apenas me acuerdo como en un sueño de los cimientos así de altos y de piedra maciza; fue allá cuando era yo un chiquillo sin juicio....

"Pero ya ni eso queda, mi amigo; ya ni eso. Mire que uno por acá en los pueblos es muy dado a ventoleras de esas: que un tesoro; que un entierro así de grande en puras monedas de oro; que los bandidos que pasaban y descargaron aquí veinte mulas encorvándose con el peso de tanto dinero; que en los tiempos de la guerra de Rojas o más allá.... Eso sucedió: que empezó el run run de la gente y ahí andan los hombres removiendo y sacando los cimientos desde lo más hondo... Estará por este lado, o más bien en la esquina de aquel rumbo.... que sí, que no; que si el altar de la capilla quedaba allá.... De este modo haciendo tanteos y trabajando con ganas de hallar lo que creían un entierro nunca visto, vino a convertirse aquello en un montón de piedras. Vaya usted y ya no encontrará trazas de nada.

"No está lejos este punto. Ahora verá, le voy a decir dónde mero queda el lugar.... Véngase de este lado.... No, no se puede notar bien el flio de la loma, como ya está pardeando el día, no se alcanzan a distinguir las cosas con la misma claridad..."

Y el señor que dejó su trabajo por mostrarnos la ubicación de Tetitán, aprieta los ojos, entrecierra la pupila tratando de precisar el sitio, y luego se vuelve desconsolado hacia nosotros. La pupila apagada le está lagrimeando en un hilillo de agua que baja lentamente por la mejilla rugosa y llena de pelos.

—» o «—

De Cuautla actual podemos decir que es un pueblo que, en su sencillez, guarda rasgos muy característicos; así el del desnivel de sus calles que suben y bajan al rumor de un arroyo que pasa casi exactamente por el centro de la población; así el del estilo de sus casas, en lo general

provistas de un portalillo exterior que sin duda es utilizado para recibir y dar sombra a los peregrinos que pasan a Talpa; así el de la gentileza de sus habitantes, todos prontos a entregar un saludo efusivo.... Y los hombres de a caballo que en aquella tarde del domingo regresaban ya a la ranchería de donde vinieron, pero todavía antes de marchar fueron a beber el último trago de "raicilla" —el licor típico de la región—, y así encandilados los ímpetus bravíos que llevan en la sangre, "rayan" el caballo, lo paran de manos, hacen piruetas en las cuales sólo de milagro y por la pericia que tienen, no dan de lleno en el empedrado.

Del templo mismo o de algún rasgo arquitectónico de interés en las casas mejores de la población, apenas hay nada que decir. Es un pueblo con el estilo peculiar que conocemos en las poblaciones de nuestras serranías: los adobes rojos, los techos inclinados, de teja y con su consabido alero sobre la calle, las puertas bajas, las ventanas muy discretas.... eso es todo.

Antes de llegar a Cuautla y por el camino que siguen los romeros de Talpa, hay una capilla rodeada de encinos y palos colorados: uno de los puntos donde se detienen invariablemente las peregrinaciones. De ella nos habló el mismo señor que trabaja la lana.

Es una capilla levantada como homenaje de veneración a una piedra.... Suena esto muy extraño, pero así es. De hecho, al penetrar en esta ermita no puede uno menos que sorprenderse al ver que un peñasco enorme llena casi todo su interior, como que los muros se levantaron expresamente para cubrir aquella mole inmensa.

Hacia el lado principal ofrece la piedra una mal formada cavidad y allí, una pintura muy antigua de la Virgen de Talpa. Aluzando la imagen en la penumbra interior hay varias veladoras encendidas que este mismo día de nuestra visita, como todos los días sin duda alguna, dejaron los peregrinos a su paso.

Y luego los muros llenos de inscripciones, fechas, recuerdos de las romerías que al detenerse allí quisieron dejar constancia de sí mismas. Hay nombres que podían identificarse entre las familias conocidas de Guadalajara o de las poblaciones vecinas. Está ahí hasta un "recuerdo de los seminaristas de 1968". Y con las inscripciones, una cantidad incalculable de estandartes que, al regreso dejaron los peregrinos como ofrenda piadosa, como ex-voto ferviente. Estandartes de todos tamaños y figuras; unos ya polvorientos y descoloridos, otros bordados en hilo

de seda, con arabescos y figuras de algún mérito.... Los más, de trazo tan sencillo, tan ingenuo, que por ello mismo valen como un testimonio auténtico de arte y devoción populares.

El viejito que teje la lana nos contó la historia de esta capilla. Nos dijo que hace muchos años se presentó un señor pidiendo permiso de levantar esta pequeña iglesia, suplicando que se le diera autorización de recoger el donativo voluntario de los peregrinos que pasan por ahí. El quería a toda costa levantar esta capilla para resguardar y rendir homenaje a aquel peñasco en el cual veía configurada la imagen de la Virgen de Talpa. Que sí, que allí estaba el dibujo de la celestial Señora clarito y bien delineado; los incrédulos podían decir que no, pero las almas sencillas y buenas, ellas sí podían confirmar la singularidad de esta piedra donde "se había aparecido" la Virgen.

Nuestro amigo no precisa ante quién fue solicitado el permiso de la recolección de donativos, pero dice que en poco tiempo fue levantada esta capilla que ha sido centro de mucha devoción a lo largo de años y al paso constante de incontables caravanas que se han detenido aquí a dejar la inscripción que testifica su paso por el lugar, rezar una oración, prender una veladora y dejar una limosna en el cepo incrustado en la misma roca y por cierto protegido de alguna mano larga, tras fuertes barrotes de hierro.

—» o «—

Era tiempo de regresar. El bondadoso señor que nos recibió en el portalillo donde trabaja, ha encendido un cigarro. La brasa enrojece e ilumina el rostro de este anciano cada vez que él apura con deleitosa morosidad el sabor del tabaco. Brilla en su rostro la lumbre del cigarro, pero entonces más se apaga y empequeñece el puño de lágrimas en que se le oprime un ojo.

En la conversación de este buen hombre pasaron imágenes, pasaron épocas, pasaron momentos importantes de la vida de Cuautla. Fue un subir y bajar por los mundos del recuerdo trayendo aquellos acontecimientos que pedíamos.

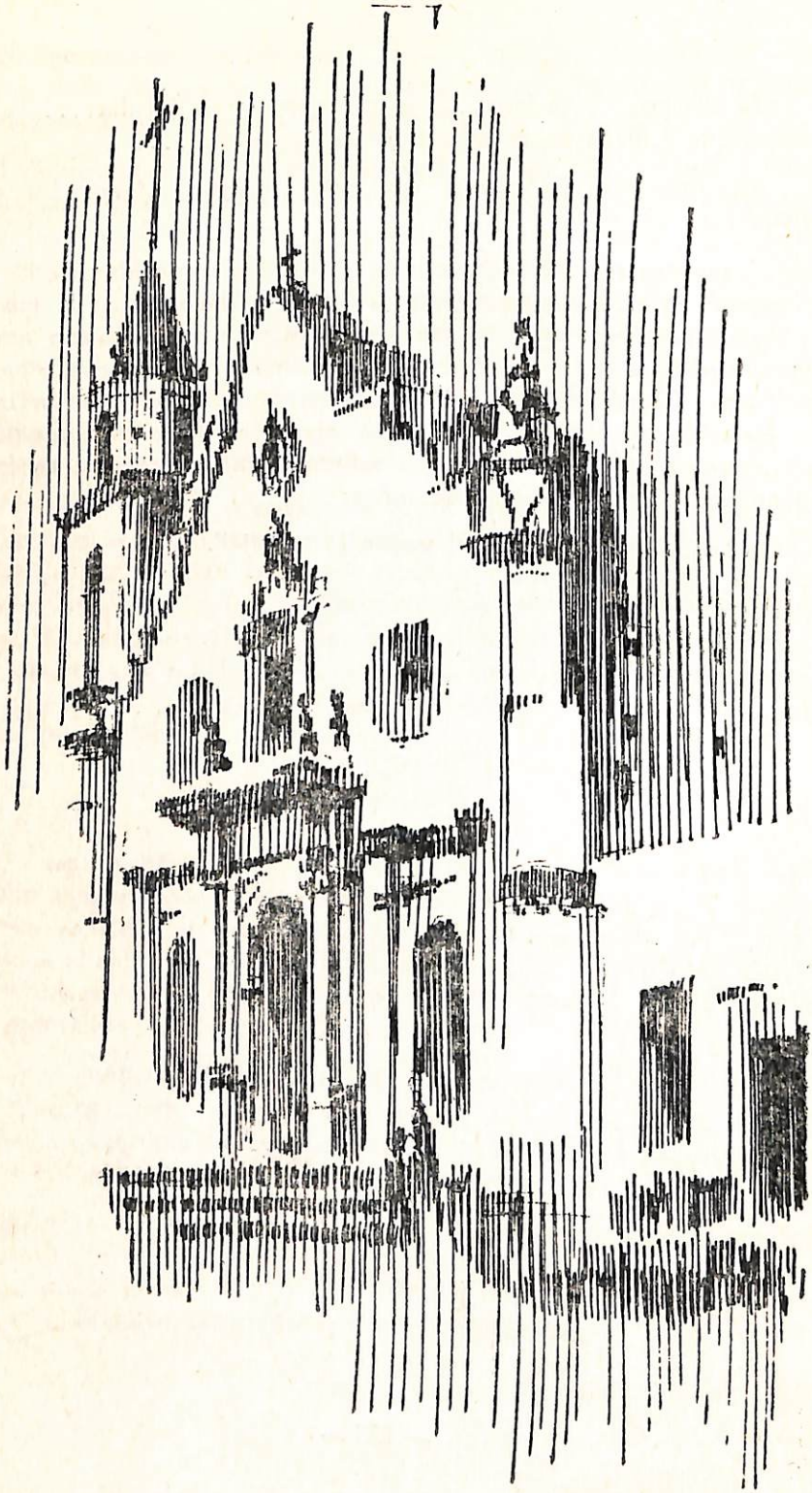
Un subir y bajar como el de la lana que en guedejas suavemente devanadas.... los *cadejos* de nuestro lenguaje popular, iban entrando y enredándose en la hebra que, a impulsos del movimiento giratorio, ya subían, ya bajaban en rítmico, prolongado impulso.

El tiempo.... la lana.... el claror apagado del día.... la última chispa que brillaba en el cigarro de aquel hombre....

Nosotros nos despedimos con toda cortesía y dimos las gracias cumplidas.

A nuestro regreso, sintiendo la incontenible fugacidad de las cosas, pensando en el movimiento perpetuo de los filósofos, en la misteriosa fluencia del tiempo que no puede detenerse, que no puede atarse ni siquiera al nombre de un pueblo como Cuautla, que no puede quedarse tampoco en la relación con que ha querido atraparlo por un instante el relato de este señor.... Al pensamiento de todo esto, no pudimos hacer otra cosa que resumir esta sensación tan misteriosa, en la vieja adivinanza que aprendimos de niños:

"Lana sube, lana baja, el viejito la trabaja".



BOLAÑOS

Ya sólo las huellas de su antigua grandeza. Hoy todo ha quedado en ruinas. A veces unos muros enormes, húmedos, ennegrecidos por el tiempo, que parecen balancearse a punto de inminente caída. En otras ocasiones, ya solamente unos montones de piedras, labraduras en fracción, ángeles mutilados, dragones, guirnaldas de piedra, todo lo que llegó a ser artístico ornamento de un palacio o de una iglesia.

En eso ha venido a convertirse el pueblo de Bolaños, en un montón de ruinas, en un pestilente aire de murciélagos, en ruinas que pertenecieron a un grandioso edificio o a una magnífica iglesia.... Y la soledad, y el aire de misterio, y el soplo cálido de la barranca, y un tejido de leyendas increíbles.

Ahora es más fácil llegar a Bolaños. La reanudación de los trabajos de minería trajo la necesaria construcción de una brecha. Se advierte alguna animación entre los moradores de estas ruinas; y sin embargo, todavía es Bolaños un pueblo en el misterio de otros tiempos, de otras características, de otra luz.

Llegar a Bolaños es llegar a un mundo desconocido. La rebeldía de las barrancas que se encabritan en resplandores metálicos. La indolencia del río que se cuelga entre aquellos peñascales. El umbroso escalofrío de los palacios en ruinas. Un pueblo entre las peñas, iglesias y palacios trepados en este y en aquel arrecife. Y muchas leyendas, historia de aparecidos, rumor de tesoros fabulosos, cuentos y relatos acerca de aquella casa, de aquel palacio derrumbado, de las naves inmensas de aquella iglesia que se quedó sin terminar.

Escritores y poetas que han venido a Bolaños, se pusieron a leer este aire siniestro y dejaron párrafos y estrofas que configuran la fisonomía de un pueblo que parece traído de otro mundo.

El Padre Alfredo R. Plasencia que ejerció su ministerio sacerdotal en Bolaños durante algún tiempo, llegó a dolerse hondamente de su cielo estrecho, de su horizonte ahogado entre peñascos....

"Llegué a pensar que en tu horizonte,
brillan menos estrellas que en el cielo mío...."

Así dijo el Padre Plasencia en un poema que dedicó a Bolaños. Agustín Yáñez parece que situó en este pueblo, o por lo menos en esta región, la historia trágica de "Isolda o la muerte".

De manera muy arbitraria, sin ajustarse a su ubicación o relación de distancias, menciona el novelista varios pueblos de este rumbo y todo indica que Malpaís, Lirlanda y Bolaños son en su relato una misma cosa.

Así expresa su impresión a la vista de este sitio:

"Estábamos en la puerta —casi celestial— de la temerosa región que ha sido el otro mundo para las gentes de nuestras comarcas. Mundo de sombrías abusiones. Mundo trágico. Yo mismo, en tantas correrías apartadas, no había llegado a divisar siquiera sus cresterías, que vistas desde aquella cumbre, parecen una alfombra arrugada....".

Y al penetrar al pueblo y a vista de la protagonista de su historia, dice Agustín Yáñez:

"Yo estaba en Bolaños lavando tierritas de la mina.... escondí unas bolitas de oro recién fundidas y me fuí a la curiosidad.... Junto a las ruinas de lo que iba a ser la Catedral, se sentó, y era como un cuento de las historias sagradas que ponen en el catecismo....".

—» o «—

Apenas podrá señalarse un dato cierto sobre la antigüedad del pueblo de Bolaños. Es ciertamente posterior a Chimaltitán donde se acunó la obra evangelizadora de los frailes en 1616. Sin embargo, a la vista de tantas ruinas, parece que Bolaños es mucho más antiguo.

En 1793 ya este pueblo figuraba en relieves de importancia por sus explotaciones, y ya tenía iglesias y construcciones levantadas en pura piedra y con un exquisito trabajo arquitectónico.

Del 8 al 26 de febrero de 1793 estuvo en Bolaños el Dr. D. José Méndez Valdés, Visitador de la Nueva Galicia. De sus informaciones oficiales:

"Jurisdicción del Real de Bolaños.—Distante de Guadalajara cincuenta leguas al norte, un cuarto al noroeste y de la de México ciento

sesenta al noroeste, en suelo muy montuoso y a las márgenes del río que corre, con el nombre del partido, norte-sur, por lo que casi todos los años este real se ve en muchas congojas con las crecientes que toma, ocupando las calles y plazas en gran perjuicio y a veces con pérdida de los vecinos. El temperamento es caliente y seco y no produce más que plata, alacranes, cucarachas y variedad de animales ponzoñosos. El comercio que tiene es del todo pasivo, pues necesita que de fuera le introduzcan los alimentos de primera necesidad y cuanto es útil al regalo y lujo, hallándose sobradamente abastecido de todo, pues aun de los parajes más remotos le tributan su fruto, llevándose en cambio la plata....".

Y párrafos adelante, en este mismo Informe, datos acerca de la población y condiciones económicas de Bolaños en los finales del siglo XVIII:

"Real de Bolaños.—Cabeza de partido con 100 europeos, 2,277 españoles, 420 indios y 830 castas: tiene un cura que es vicario y juez eclesiástico, un sacristán mayor, dos ministros y dos beneficiados, un corregidor, caja real con ministros, tesorero contador, oficial mayor y primero y segundo portero.

"Hay también real ensaye, aduana, estanco de tabaco, de mezcales, diputación de minería y asiento de gallos. Hay buenas casas reales, cárcel de hombres y de mujeres y el corregidor es don Pedro Tréyez de Villa de Moro, con sueldo de 2,000 pesos; 1,000 de cajas reales y 1,000 de lugares de esta intendencia y en el último año de 792 rindió.... 5,545 pesos....

"Tepec, Barrio del Real al norte, un cuarto de legua, principio del descubrimiento de las minas y paraje donde hay muchas haciendas de beneficio de metales; españoles y mulatos, juntamente con los indios, cuyo número está incluso en los vecinos empadronados en el real.

"Barrio de la Playa, al sur de Bolaños un cuarto de legua, situado en una rinconada que forma el río, en donde vivirían con más comodidad los vecinos de Bolaños, si desde su fundación hubieran atendido los pobladores más a la conservación de la salud que a la adquisición de la plata: por eso se ven perseguidos de tercianas y otras enfermedades que causan los aires sofocados del real....".

Por datos que nos proporcionó el Padre Nicolás Valdés, conocedor autorizado de esta región, y de las constancias históricas que que-

dan en los archivos parroquiales, dado que el riquísimo archivo de las minas fue quemado públicamente en la plaza, por los revolucionarios de 1914, sabemos que luego que los franciscanos dejaron la atención espiritual de Bolaños, fue creada la parroquia de este nombre bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, con sede en el magnífico templo que se levanta en el punto denominado La Playa.

Esta iglesia es de una magnificencia arquitectónica realmente admirable. Dicen los vecinos que la construyó como petición y súplica un comerciante español de nombre Juan de Echazarreta que había llegado a explotar una de las minas de Bolaños. Los trabajos debieron ser dirigidos por un arquitecto europeo; así lo insinúa el estilo y perfección armónica del interior y exterior de este templo, así la maravillosa acústica con resonancias fidelísimas desde cualquier ángulo interior....

A la fecha, la iglesia de La Playa se encuentra casi en perfectas condiciones, como un testimonio aparte en una explanada rodeada de ruinas, sin vecinos ni feligreses, como a distancia de un cuarto de hora a pie, desde Bolaños. Todavía su altar principal deja ver la rica talla, en cedro, de su retablo de oro marchito y sucio. En uno de los cruceros, un montón de madera con labraduras muy artísticas que debieron pertenecer al altar de esta parte, del cual sólo queda un óleo grande, oscurecido por los años, pero que deja ver con mucha dignidad, la figura del Señor San José actual patrono de Bolaños.

Sólo dos años estuvo establecido en esta iglesia el gobierno parroquial de la población, pues en 1752 pasó a la vieja parroquia de Bolaños, hoy en ruinas. De aquí, en 1793 pasó al Santuario Guadalupano de este pueblo, habilitado desde entonces a la fecha como sede parroquial.

Aparte de estas tres iglesias mencionadas, construidas con gran magnificencia, existe en Bolaños una grandiosa construcción a medio terminar, y a la que los vecinos llaman el convento. Se tiene por cierto que no hubo en este lugar casa de religiosos y así no se sabe de dónde pudo venir este nombre.

La preciosa sillería de los muros levantados en solera, las arcadas con trabajo en cantera de mucho primor, con ángeles que se descuelgan de las piedras, florones y guirnaldas que se entretejen por las aristas en una blandura sacada de la misma piedra, las claraboyas diseñadas en caprichosa línea, todo hace pensar en las pretensiones arquitectóni-

cas de un templo verdaderamente grandioso.... Y dicen que esto que queda actualmente, hoy por cierto convertido en una inmunda cocina de "paracaidistas", iba a ser apenas la sacristía del templo.... que las dimensiones de él abarcaban toda la terraza que da a la plazuela en cuyos contornos se levanta la actual Presidencia Municipal y la que llaman Casa de Moneda.

Los vecinos de Bolaños están orgullosos de las ruinas de esta iglesia a la que llaman todavía la Catedral, asegurando que aquí iba a establecerse la ciudad de Guadalajara; que es tan cierto esto que, en los proyectos de la legendaria fundación se trabajaba ya en la edificación de una catedral.

Hay otro templo de singular belleza, labrado en cantera rosa, con un frontispicio barroco de moderada transparencia. También éste, localizado hacia el rumbo de Tepec, quedó sin terminar, pero en su sacristía utilizada hoy como capilla, puede verse una pintura muy original de Señor San José.

Entre los que podían considerarse como edificios civiles, está la actual Presidencia Municipal, que fue una de las casas consistoriales de grandes dimensiones, dos plantas, fachada limpia y austera de un sello colonial muy agradable.

La Casa de Moneda es un edificio imponente en su grandeza. Su interior muestra unas arquerías interminables, en primera y segunda planta, patios, escaleras, y nuevas series de pasillos, corredores y arquerías que comunican entre sí las numerosas dependencias de este palacio.

Llaman a este edificio la Casa de Moneda y aseguran que aquí se acuñaban las monedas de la Nueva Galicia en oro. Lo cierto es que se trata de la Caja Real, especie de Oficina Federal de Hacienda, que recogía los impuestos y, como dependencia del Reino, aún presenta en su clave principal el emblema del águila bicápite. Todo lo que es edificación de piedra se conserva aún en pie, pero los techos se han desplomado casi en su totalidad, pues no queda sino algún cobertizo o alero que sirve de morada al cuerpo de policía rural.

Está también la que llaman Casa del Encomendero, nombre que acaso se conserve por cierto recuerdo desagradable del comercio de esclavos que existió y del cual aún pueden presentarse interesantes documentos.

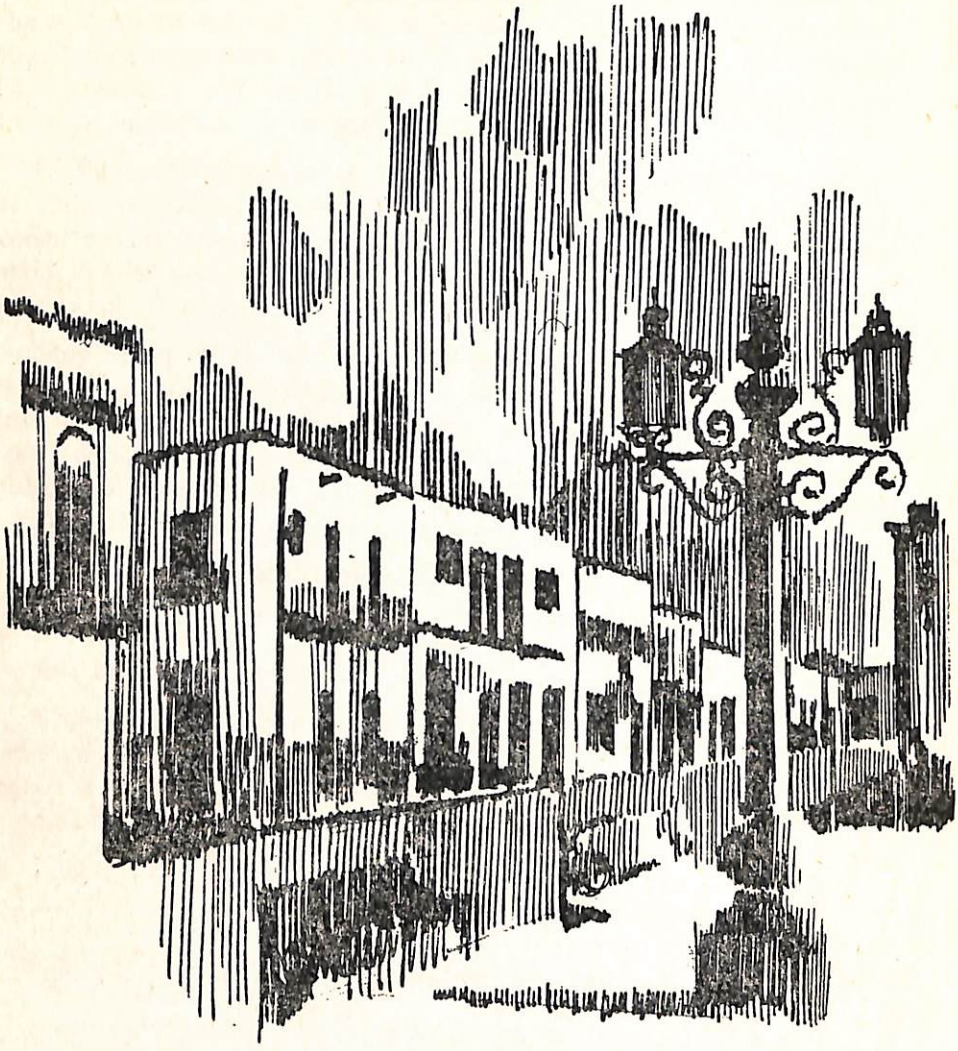
En medio de este montón de ruinas, existe apenas un mínimo interés por conservar lo que aún queda.... y no ciertamente por parte de las autoridades que no han hecho nada en este sentido; así pudimos ver cómo a la luz de todo el mundo se ha metido piqueta a algunas edificaciones importantes para aprovechar la piedra en cercas y casuchillas de vulgar aspecto.... Y un día y otro, y Bolaños está desmoronando cada vez la magnificencia de sus históricas edificaciones.

El Padre Nicolás Valdés a quien mencionamos arriba, durante los diez años que permaneció en este lugar, tomó gran empeño en catalogar y tomar noticia de las ruinas arquitectónicas más valiosas. De su peculio mandó limpiar portadas, restaurar capiteles y cornizas de edificios públicos ni siquiera pertenecientes a la Parroquia.

Muy digna de reconocimiento es también la obra de un norteamericano, el Sr. Harold Wagner quien asomándose una vez a Bolaños, quedó prendado para siempre de la extraordinaria riqueza arquitectónica de sus edificios y ruinas; compró una casa y la ha ido reconstruyendo, con un amor, con un cariño y con un celo por la fidalidad de su estilo original que verdaderamente son dignos de imitarse.

Este norteamericano, arquitecto de profesión, muy reconocido en San Francisco, Calif., ha invertido mucho dinero en esta obra y muestra ya a los visitantes, con esa sencilla cordialidad de los norteamericanos, una casa y un mobiliario de genuino sabor colonial.

Y así, Bolaños sigue siendo un pueblo en ruinas, un pueblo en abandono. Y un aire de misterio, un soplo de murciélagos, la oscura humedad de unas ruinas como testigos de otro mundo, de viejos tiempos de grandeza.



NOCHISTLAN

El hallazgo de una población revestida de su señorío y de un trazo arquitectónico que ya muy pocos lugares pueden mostrar. Nuestra sorpresa ante el hallazgo de una población que fuimos a encontrar más allá de unas lomas, desde la lejanía de donde se alcanza a divisar, al otro lado de un pequeño río.... Esta población es Nochistlán.

Lo dijimos, expresamos nuestra emoción por el hallazgo, quisimos comunicar lo que Nochistlán.... y una voz airada nos rectificó:

—No, señor; no se dice Nochistlán a secas. Esta es la virreinal ciudad de Nochistlán....

Ello y los datos más o menos generales que teníamos sobre lo que significa Nochistlán en la historia de Guadalajara, nos hizo dar vuelo a la imaginación para urdir a nuestro modo las características que habría tenido la capital jalisciense, de haberse quedado asentada en este sitio.

Por aquel lomerío, en aquellas extensiones estremecidas hoy en la plenitud henchida del otoño, por aquellos maizales en sazón, entre las nopaleras y arbustos que trascienden las mieles floridas de la estación, se tenderían las calles y avenidas de la ciudad de este siglo.

Guadalajara pudo quedarse allí. Las dificultades surgidas de modo inesperado, el descontento, la agresividad incontenida de los indios, los sesudos razonamientos que los oidores pusieron a consideración de Su Majestad, todo eso, y Guadalajara, todavía en pañales, una niña graciosa y risueña, pero todavía frágil y necesitada de cuidados, fue traída a Tonalá.

Poco más de un año estuvo nuestra ciudad en aquel sitio. La brevedad del tiempo no dio lugar a las construcciones sólidas que hubieran dejado marca del sitio exacto que ocupó la ciudad; tal voz sólo casas de lodo y barro que se pensó hacer después con cal y canto.... Un después que se quedó suspendido en el tiempo y que ha venido a dar

quehacer a los historiadores que tratan de determinar el lugar exacto donde estuvo establecida la ciudad; un después que ha sido punto de discusión entre los que dicen que el Nochistlán indio correspondió exactamente a lo que fue la ciudad de Guadalajara y queda ahora dentro de lo que es la población actual; y los que aseguran que no, que en aquella parte, hacia aquel rumbo fue delimitado el efímero asiento de la primera Guadalajara.

No hace muchos años, exactamente el 23 de enero de 1960, el Ayuntamiento de Guadalajara comisionó a unos ilustres varones para que en viaje especial, hicieran un reconocimiento de la región y aplicaran las referencias de los antiguos historiadores hasta determinar en lo posible la exactitud del lugar que ocupó aquella Guadalajara.

Formaron esta comisión de estudios, don José Ramírez Flores, don Benito Torres González, don Luis Páez Brotchie. Hay un curioso informe rendido por estos señores, con el santo y seña de lo que vieron, lo que hicieron, lo que concluyeron.

Bien provistos de documentos y de las relaciones que se hacen del tiempo de la conquista, los historiadores invitaron a algunos de los vecinos más caracterizados y emprendieron camino hacia el sur, resudando y fatigándose en la ascensión de la conocida Mesa de San Juan, desde la cual se domina todo el valle.

Allí se calaron sus anteojos y se pusieron a leer los documentos y referencias concernientes a la fundación y cambio de la primera Guadalajara. Ellos leyendo el enredado y minucioso relato de los cronistas, y los vecinos conocedores del lugar, localizando y situando en tal punto exacto de la topografía, las menciones de los historiadores.

Se leyó a Nuño de Guzmán, a Cristóbal de Oñate; se trajeron a cuento las interpretaciones de modernos historiadores como el Prof. Rodríguez Lozano, autor de un libro que se editó en Aguascalientes en 1956; a la señorita Cleotilde Evelia Quirarte en su "Monografía Histórica de Nochistlán"; al historiador don Elías Amador....

Analizando todo lo escrito y tomando en primera línea la relación del Padre Tello acerca de la forma en que fueron otorgadas las tierras de la ciudad, con la determinación exacta que a este respecto hace de mesetas, arroyos, lomas y accidentes geográficos en general, pudieron aquellos doctos varones establecer la identificación de cada sitio y así fijar como el lugar donde se fundó la ciudad, la parte sur de la meseta

de Nochistlán, en el emplazamiento del viejo Nochistlán. Los sostuvo y afianzó más la última afirmación del Padre Tello: "Por cuanto esta villa está asentada en el pueblo de Nochistlán".

Así, de una buena vez, y no en la Mesa de San Juan, como quieren algunos; porque ésta es inhóspita, pedregosa, estéril, sin agua. Tampoco en el Llano Grande, ni en el Alto de los Medrano, cuyas ruinas existentes no pueden corresponder a las menguadas edificaciones que pudieron hacerse en los meses que permaneció allí la ciudad.

El Ayuntamiento de Guadalajara, atenido a los razonamientos de los historiadores comisionados para este estudio, quiso levantar un monumento, especie de arco sencillo, de líneas severas y elegantes, en la parte sur de la actual plaza municipal. Y una placa con los datos precisos que señalan el tiempo en que estuvo ahí Guadalajara, o sea, del 5 de enero de 1532 a los últimos días de Julio de 1533.

Este monumento nada más, como testimonio de aquel hecho histórico confirmado a una voz por los historiadores de la época, aún cuando no exista huella, ni construcción primitiva que verifique el hecho, pues la moderna Nochistlán se extendió, creció, pisó y borró sin miramientos los rastros que la primera Guadalajara pudo dejar de su estancia en este sitio.

—» o «—

Se puede pisar una huella externa, pero no se llega nunca a borrar la fisonomía íntima de una persona, de una institución o de un pueblo que nació con vocación a la grandeza.

Y Nochistlán nació para ser una gran ciudad. Los meses que figuró como centro político y religioso de la Nueva Galicia, le imprimieron un carácter —como el del bautismo— que la había de señalar en la historia con su sello de nobleza, con su alcurnia señorial, plasmados en las piedras, en los severos cornizones de sus palacios, en los hierros de sus balcones y ventanas, en las chorreaduras que pintó la lluvia y ennegreció el tiempo.

Alcurnia y nobleza que se ajustan al ritmo de la sangre de los nochistlenses: atentos y comedidos con el visitante, más siempre cuidadosos de los linderos hasta donde deben darse, precavidos en la afirmación, circunspectos en la actitud, vigilantes en la palabra y compostura que nunca llega a desbordar más allá de la línea de la dignidad.

Una vocación y una disposición para las cosas del espíritu; así los nombres de esclarecidos literatos, de profesionistas reconocidos en su valía, el empeño de los padres por dar a sus hijos una carrera noble... Ciudad donde hay seminarios de estudios, conferencias, exposiciones artísticas, círculos de capacitación en esta o aquella disciplina; promovido todo ello por las autoridades y por una Corresponsalía del Seminario de Cultura que agrupa a los jóvenes del lugar, bajo el dinamismo y sapiencia de personas distinguidas.

Tiénese en Nochistlán, como timbre enaltecedor, el recuerdo de dos grandes poetas jaliscienses, el P. Alfredo R. Plascencia y el Cango. Amando J. de Alba, que en esta luz, bajo este clima, vivieron años de fecunda inspiración. "Mire, en aquella casa vivió D. Amando... La casa del P. Plascencia viene a quedar a la vuelta de esa esquina". Recuerdan los vecinos con ufanosa precisión.

Dignas de un detenido estudio son las tradiciones de Nochistlán donde se hermanan los ritos y celebraciones todavía de sabor pagano, como la fiesta de San Sebastián de los indios de este barrio, con la algarabía, el color de la lucida feria provinciana que celebran allí desde hace muchos años con la denominación de "Fiestas de Octubre".

A estos aires de fiesta se refirió Agustín Yáñez en una serie de relatos que bajo el título común de "Abusiones" publicó hace muchos años en aquella vieja Bandera de Provincia. El escritor tiene en este pueblo raíces ancestrales y no es extraño hallar en sus mejores páginas, el sabor, la transparencia y una noble calidad pueblerina, vivida y bebida en Nochistlán.

"Yo he querido vivir allí. Para estar en la boda de los indios el día de San Sebastián, el güerito, nuestro excelso patrón. Para que un año el gremio fuese en mi casa, aunque tuviera que vender mi solar como mi compadre Tadeo, y con eso comprar los veintiocho, los treinta menudos que se necesitan; las doce o quince fanegas de maíz para el tejuino y las tortillas, mientras los otros amigos costean la música de viento; los fuegos, pero buenos, siquiera de a mil pesos; la cera del altar, la harina del papaqui y la compostura del barrio con todo y las candilejas de la torre . Y haría que el cura mismo, en lugar de quitarnos nuestra fiesta, se empujara su "rosita" de tejuino, sin ir dejando sobras, porque el que las deja se atiricia para toda la vida.

"He querido vivir en Nochistlán para hacer la novena de los Santos Varones y embriagarme en la fiesta del poderoso Señor del Bautis-

terio; para curar mis males tirándome en una esquina por donde entre el Señor de Apulco, el día que con gran pompa se reciben sus cofrades; para ir a dejar a la Virgen de Toyahua cuando vuelve a su rancho y se espera "bueno" el topacio, la fiesta: "¿No va usted?".

"Y en octubre que vienen gentes hasta de México, en la iglesia sería el acólito del incensario o el cantor de los "solos" erizados de "gallos". En la tarde, en los toros, me enronquecería de cocorear y aún bajaría al ruedo por lucirme con las lindas fuereñas, y en la noche cantaría las loterias; en la partida gastaría diez fortunas, y en los bailes fumaría en billetes —no "infalsificables"—, y sería el más galante pueblerino, daría serenatas todas las noches y escándalos todas las madrugadas por alguna cantadora, también ¡luciéndome! Estas fiestas de octubre ¡famosas!".

Así escribió Yáñez sobre las fiestas más resonantes del lugar; la magistral estampa nos deja conocer hasta lo más hondo de esa trama que signa con peculiares caracteres la tradición y el embeleso —fiel a su espejo diario— en que ha transcurrido por los siglos el ser de Nochistlán.

Con lo que ya tenía en su misma entraña, con la marca señorial de su arquitectura, con la ligazón histórica en los acontecimientos más importantes de la vida de México: la Conquista, el sitio determinante de Nochistlán en las luchas de la Reforma, su ingerencia en tal y cual episodio de la Revolución; con todos estos títulos de honor, Nochistlán, sin embargo, no dejaba de ser una población desmoronándose en su grandeza, perdiéndose en sus mismas ruinas y en el retraso material de sus pobrezas.

Pero vino en momento oportuno el impulso formidable que dio a Nochistlán el Lic. José Minero Roque, nativo de aquí y que fue gobernador de Zacatecas. Construyó escuelas, levantó un auditorio que es una joya renacentista de cantera rosa, remozó bellamente la plaza municipal, dignificó las arquerías de lo que es mercado, abrió el drenaje y dotó de energía eléctrica la población, poniendo en cada esquina severas farolas de hierro forjado que armonizan con el carácter colonial de las casas; construyó una presa... fue admirable en toda esta obra el tino y adecuada conformación de las mejoras con la fisonomía señorial de Nochistlán.

Dentro de su marco arquitectónico, en el encuadre de sus tradiciones, en medio de panoramas abiertos al cielo azul y a las llanadas y lomeríos, quisimos buscar el signo humano, lo que en este momento dicen y quieren para su pueblo las gentes de Nochistlán.

Un señor, grueso él, de conversación fluida y ademanes expresivos nos invitó a pasar a su casa y se puso a hablarnos de su pueblo.

Que ésta es una región árida en términos generales, más no lo es tanto como la de Los Altos, pues aquí se produce en cantidad y variedad la pera, el durazno, el membrillo y la manzana, que significan alguna fuente de riqueza. Sólo hay una diferencia con respecto de Los Altos, que allá la gente es muy trabajadora y aquí más bien indolente y tarda.

Que hubo industrias; las hubo en otro tiempo. Se fabricaban suéteres; hubo una industria de cerillos, telares de lana donde se hacían frazadas. Nada llegó a prosperar. Hoy si acaso, cuenta con la industria de huaraches y de la pólvora, ésta especialmente en el barrio indígena de San Sebastián, cuyos moradores son verdaderos maestros en el arte de la pirotecnia, tanto que frecuentemente son contratados para la fabricación de castillos en diversas partes del Estado de Jalisco y de la región en general.

El Sr. Cura del lugar, un discreto y moderado eclesiástico que vive en la penumbra de su curato viejo, lleno el patio conventual de naranjeros y limones exultantes de fruta, nos da informes, nos cuenta anécdotas, nos proporciona datos.

—Esa campana, Sr. cura; qué extraño es el sonido de esa campana; parece el rudo golpear de artillería...

—Pues sí, mire, es una campana de las mas antiguas. Debe ser ésta del siglo XVII. Es posible que haya alguna de tiempo más antiguo, pero ésta es la más grande...

—¿Y piensa que el sonido tiene relación con su antigüedad?

—Bueno, es que el uso hizo que se rajara. Quise refundirla, pero encontré oposición; se le quiere conservar como reliquia histórica. La mandé soldar y sonó bien durante un tiempo, pero ya volvió a abrirse.

—Debe haber en la iglesia objetos valiosos por su antigüedad?

—Todo depende de la estimación con que se vean. Entre lo que se dice que hubo aquí de especial mérito figura una imagen de la Virgen del Rosario que presidió la fundación de Guadalajara. Esta imagen, me contaba el P. Laris, fue construida por un aventurero italiano quien tomó los rasgos de la imagen que aparecía en un medallón que portaba al pecho Hernán Cortés... Dicen que este medallón lo conserva actualmente una familia de Teziutlán, Pue.

—¿Y la imagen... ¿Se conserva todavía esa Virgen del Rosario?

—Desgraciadamente no. Esta que tenemos ahora fue hecha por Don Brígido Ibarra siguiendo los rasgos de aquélla. La primitiva se consumió en un incendio. Me decía el escultor que la cabecita no se había destruido totalmente y que a la fecha la guarda una familia de Guadalajara.

De aquí va el Sr. cura de Nochistlán dándonos pormenores históricos de los sucesivos cambios que experimentó la fundación de Guadalajara y cómo los historiadores han venido a poner en tela de duda la fundación de nuestra ciudad en Tlacotlán... Que él conoce las ruinas que existen en este lugar, así las que corresponden a la primitiva iglesia, como las que pertenecieron a la bodega o polvorín habilitado de templo en los siglos posteriores. Que en Tlacotlán no estuvo Guadalajara, después de Compostela, pero sí en el Cerro del Ajedrez... A este lugar corresponde la cuarta Guadalajara.

—» o «—

Dejamos a Nochistlán, una población revestida de su señorío y de un trazo arquitectónico que ya muy pocos lugares pueden mostrar dentro de la línea fiel de lo que fueron los pueblos en la colonia.

Dejamos a Nochistlán, una población de moderados recursos, de carencias naturales muy señaladas, pero que por ello mismo o contra ello, ha sabido poner en desquite las más altas realizaciones en el campo de la cultura, los más altos logros en la configuración arquitectónica de su estampa.

INDICE

	Página
LA CIUDAD DE LAGOS	11
ZAPOTLAN EL GRANDE	21
AUTLAN	29
LA BARCA	39
EL GRULLO	47
TEOCALTICHE	55
ARANDAS	63
ZACOALCO	73
CHIMALTITAN	85
SAN SEBASTIAN	93
SAN GABRIEL	101
PIHUAMO	109
CUAUTLA	115
BOLAÑOS	125
NOCHISTLAN	133

OBRAS PUBLICADAS POR EL
BANCO INDUSTRIAL DE JALISCO, S. A.

1945 LA CALLE DE SAN FRANCISCO
José Cornejo Franco

1946 HISTORIA DE MEXICO
José Bravo Ugarte

1947 ORIGEN DE LOS COLEGIOS APOSTOLICOS
José Ascencio

1948 LA CATEDRAL DE GUADALAJARA
Luis del R. de Palacio

1949 PAISAJE MEXICANO DE UN PINTOR INGLES
Manuel Romero de Terreros

1950 VIAJE A MEXICO
Ernesto de Vigneaux

1951 RETRATOS DE MONJAS
Josefina Muüel

1952 ROMANCES Y LEYENDAS
Aurelio Luis Gallargo

1953 MEMORIAS TAPATIAS
J. Ignacio Dávila Garibi

1954 CHAPALA
Antonio Alba Rodríguez

1955 CRISTOBAL DE OÑATE
José López Portillo y Wéber

1956 GUADALAJARA DE AYER
Arturo Chávez Hayhoe

1957 GUADALAJARA DE INDIAS
Luis Páez Brotchie

1958 FLOR DE JUEGOS ANTIGUOS
Agustín Yáñes

1959 JALISCO, DATOS Y NUMEROS

1960 GUADALAJARA DE ANTAÑO
Arturo Chávez Hayhoe

1961 CARTOGRAFIAS DE LA NUEVA GALICIA
Leopoldo I. Orendáin, Salvador Reynoso

1962 AL TOQUE DE QUEDA
Alfonso de Alba

1963 COMO ME LO CONTARON TE LO CUENTO
Ing. José R. Benítez

1964 GUADALAJARA
Joaquín Romo de Vivar y Torres

1965 POESIAS
Francisco González León

1966 DE MI LIBRO DE HORAS
VOCES DE ORGANO
Francisco González León

1967 GUADALAJARA (La Florencia Mexicana)
Eduardo A. Gibbón

1968 PANORAMA DE LA DELINCUENCIA JUVENIL
Guillermo Vergara Eumaña

1969 COSAS DE VIEJOS PAPELES
Leopoldo I. Orendáin

1970 ORIGENES DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA
Antonio Pompa y Pompa

Se terminó la impresión de este libro en Octubre de 1971 en los Talleres Linotipográficos "V e r a" Cuauhtémoc 431, y consta su edición de 3,000 ejemplares.

ceri
EAC-054992